

A
0
0
0
6
7
1
5
7
7
5



UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY

ISAJES DE ESPAÑA
ALICIA y NAVARRA



POR
FRANCISCO GRANDMONTAGNE
BUENOS AIRES

LIBRARY
UNIVERSITY OF
CALIFORNIA
SAN DIEGO

F. GRANDMONTAGNE

PAISAJES DE ESPAÑA
GALICIA Y NAVARRA

Prólogo del Dr. Mario Sáenz

(Decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires)



1922

BUENOS AIRES

ADVERTENCIA

Las crónicas aqu' reunidas fueron enviadas por su autor desde los lugares de Galicia y Navarra que describe, por habérselo así, especialmente, encomendado la dirección de "LA PRENSA", a cuya gentileza deben los editores la autorización requerida para su publicación.

Si bien las magistrales descripciones de Francisco Grandmontagne alcanzaron en su oportunidad la enorme difusión correlativa con la del diario en que aparecieron por vez primera, el justificado interés que entonces merecieron ha inducido a sus actuales editores a reproducirlas ordenadamente en este volumen, con la seguridad de satisfacer así los deseos expresados por muchísimos lectores que, a través de estas páginas, pudieron admirar las incomparables bellezas del solar hispano.

LOS EDITORES.

PRÓLOGO

Cuando algunos amigos — por cierto más afectuosos que acertados — me solicitaron este prólogo para el libro del Señor Grandmontagne, acepté de inmediato, gustosísimo, halagado por un honor que no hubiera sabido cómo declinar aunque lo estimara superior a mis fuerzas.

No dejé, sin embargo, de recordarme a mí mismo la escasa trascendencia que he atribuido siempre a esta clase de exordios, a menudo innecesarios, así sean concebidos y redactados por el propio autor del libro.

Tal razonamiento no era seguramente como para estimular mi voluntad.

Pero, comprometido y resuelto a la empresa, fúcil hubo de ser el convenirme, pues si no había necesidad de estas líneas, por lo menos ellas no serían en perjuicio de tercero, es decir del lector.

Esta reflexión bastaba para tranquilizarme.

En efecto: el lector que comparta mi escepticismo en materia de prólogos, no tiene más que sortcar este escollo puesto por mí a la entrada, para encontrarse de lleno, y felizmente, con la prosa abundante y rica de Grandmontagne, en sus páginas tan naturales, tan espontáneas, tan fluidas, donde con extraordinaria intensidad vital ha reproducido la línea, los colores y la luz de los paisajes, o las emociones íntimas en que suele florecer tiernamente su alma de varón, cuando evoca un recuerdo personal... Así al recorrer Galicia, que no es su tierra; así en Navarra, al cruzar por Vera, frente al salto del Bidasoa, donde su padre, obrero francés, procedente de las fraguas de Olorón, comenzó a labrar hierro español, en los días de su niñez...

¿Qué mejor ocasión para asociarme a una ofrenda de amor hacia la heroica tierra de Iberia, donde se hunden las raíces de la estirpe argentina?

Porque ha de tenerse presente que, para exaltar los méritos de esta obra, hállanse reunidas en el mismo escritor, a sus calidades de tal, ya bien acreditadas desde la publicación de "La Maldonada" y "Teodoro Foronda", las circunstancias de ser él un hijo de España, residente desde la adolescencia en la Argentina, donde conquistó sus primeros triunfos, como otros buenos emigrados, sólo merced a la fortaleza de su temple y a la claridad de sus talentos.

¿Quién, entonces, como él, para hablar a los argentinos y a los españoles que viven con nosotros, de la España verdadera y auténtica — no de la caduca y ruinosa, maltratada, a diario, con dos trazos caricaturescos por el prejuicio, la ignorancia o la pasión?

¡Ah, cómo presintió Cervantes esta injusticia! “Retráteme el que quisiere — dijo Don Quijote — pero no me maltrate, que muchas veces suele caerse la paciencia cuando la cargan de injurias”. (1).

En verdad, nuestro afán europeizante — y perdóneme la memoria del noble luchador Don Joaquín Costa, quién también quería europeizar a España — se reduce con harta omisión, al horizonte de París, y a veces al de Londres...

Y bajo el influjo de esta obsesionante orientación, no queda — fuera de aquellos centros — nada en el mundo para el snob americano...

Quién sabe qué serie de aberraciones ha engendrado este desconcepto de España; acaso la política, la mala política, como creen algunos. Sea como fuere, no es razonable involucrar en él ni la historia de esa raza esforzada y caballeresca, ni el hermoso solar, enriquecido por su genio a través de los siglos, paso a paso, todo entero, de monumentos maravillosos y de hazañas sobrehumanas, ni su pueblo laborioso, fuerte y honesto, como ninguno de la tierra...

Pero, medran ahora, por desgracia, otros valores más positivos que los que caracterizan a esa nación; y es lógica la moda que relega a la sombra prestigios tan inconsútiles como son los suyos. En cambio, quédale a España la gloria de parecerse a su ideal.

Ya lo decía Alonso Quijano, el bueno: — Inclinado de mi estrella, voy por la angosta senda de la caballería andante, por cuyo ejercicio desprecio la hacienda, pero no la honra!

Hoy el mundo no piensa lo que vos, noble caballero: la mayoría tiene por arquetipo al soldado del extremés, y se dedica, como él, con preferencia a hacer cuartos de sus ochavos...

Galicia y Navarra no podían haber encontrado pintor más sensible a sus bellezas que el Sr. Grandmontagne.

Notas de viajero, tomadas en el camino directamente, conservan en toda su frescura la visión del peregrino observador, y dan por eso una impresión muy viva de la realidad.

El Sr. Grandmontagne tiene el espíritu del buen juzgador: se acerca a las cosas con cariño, sin prevenciones. Es, además, un prolijo conocedor de la leyenda, de la historia, del idioma, de la literatura, hasta de los pequeños episodios regionales; sabe de las ciudades y de las campiñas, de sus medios de vida, de sus industrias, de sus estadísticas, de lo que se proyecta... Y todo lo forja en un estilo sencillo y sobrio, cuyo arte supremo consiste en reproducir gradualmente las propias sensaciones, de tal modo que, leyéndolo, nos imaginamos haber andado juntos el mismo itinerario.

Galicia, la vieja tierra hispánica, madre del idioma y cuna de sus primeros poetas, héroes y caballeros, le cautiva por su naturaleza paradisíaca y por el lirismo de sus gentes, a la vez sentimentales y robustas.

Los capítulos consagrados a describirla, alcanzan a veces el entusiasmo fervoroso del himno o la tristeza doliente de la nostalgia.

¡Que distinto concepto el que se tiene aquí de esa parte de España! Con-

(1) Parte II, cap. LIX.

Jieso que yo mismo escribo ahora abrumado por el recuerdo de un agrario, cuya inocente necedad espero borrar con mi sincera devoción:

Ca olhos de esa cara
Caros los comprarci,

como canto en el viejo romance gallego, *Guesto Ansures*, el caballero enamorado, libertador de las seis doncellas destinadas al harem del Emir-al-mumencin.

He aquí un romance que constituye uno de los documentos más antiguos en lengua gallega, coetáneo probablemente del Poema del Cid.

Sabido es, como lo recuerda Grandmontagne, que el antecedente inmediato del idioma castellano es el gallego. Harto más notoria aún es la preferencia de todos los escritores y poetas de la península por escribir en ese idioma, en los primeros siglos de la Reconquista, y cuyo dechado siguen siendo hasta hoy las *Cantigas del Rey Alfonso X*, el Sabio, hijo de Castilla, o *Pedro Amigo*, natural de Andalucía.

Don Iñigo López de Mendoza, marqués de Santillana, en su carta al Condestable de Portugal, recuerda esa explicable predilección: "non ha mucho qualquier decidores e trovadores de estas partes, agora fuesen castellanos, andaluces o de la Extremadura, todas sus obras componían en lengua gallega...".

Pero, ¿qué mucho que aquí se desconozca la belleza de esa tierra y el delicado sentir de sus habitantes, si los mismos escritores de Galicia son ignorados hasta cuando han escrito en Castellano, como sucede con algún libro de la genial poetisa *Rosalía de Castro*, por ejemplo?

El desconocimiento o el menosprecio lo encuentra Galicia en la misma España. Recuerdo, a este propósito, los versos del Marqués de Heredia, que aspiraba a ser sincero, a fuerza de prolijidad, y luego de enumerar menudamente los dones y virtudes de Galicia, y de ensalzar la gentileza y hermosura de sus mujeres, negaba a éstas el "imperio de la gracia", reservado, según él, a las hijas de Sevilla y de Granada...

A través del tiempo, persiste en el pueblo gallego su facultad de iniciativa original y creadora. No puedo insistir en demostrarlo, pero quisiera sólo, en cuanto se refiere a la poesía lírica contemporánea, recordar dos hechos, uno de ellos vinculado estrechamente a nuestro movimiento intelectual.

Cuando *Rubén Darío*, hace más de veinticinco años escribió su *Pórtico* para el libro de *Salvador Rueda*, levantóse en España grande polémica, llegando a afirmarse por algunos, como *Clarín*, que aquellos no eran versos. Contestó desde aquí, en un folleto henchido de minuciosa versación, el Sr. de la Barra, sosteniendo que el famoso *Pórtico* estaba escrito en versos endecasílabos dactílicos, nuevos en nuestra lengua. Pero, luego la erudición de *Don Marcelino Menéndez Pelayo*, puso fin a la controversia, probando que la novedad era ya de antiguo conocida, pues tratábase sencillamente del viejo endecasílabo denominado "de gaita gallega"...

Las innovaciones poéticas del verso libre y las combinaciones de diversos metros, que constituyen una de las más apreciables y duraderas conquistas de la escuela que iniciara *Paul Verlaine* en Francia, habían sido todas ellas realizadas por la poetisa gallega *Rosalía de Castro*, desde 1884, en su libro de versos "En las crillas del Sar", escrito en español.

El poeta *Díez Canedo*, ya en 1908, dilucidaba este punto en un nutrido estudio y daba al "ruiseñor de Galicia" el título eminente de precursora...

Un detalle más sobre la originalidad de este pueblo, cuyo alcance no procuro

encarecer: los poetas gallegos no traducen de otros idiomas, como si les faltara tiempo para cantar lo propio. Como comprobación de este aserto, el lector encontrará en los dos volúmenes de "Horacio en España" — y cito el poeta más atra-yente — una sola versión gallega, la del Señor Mosquera. Y ella es más que otra cosa, un ejercicio de profesor.

Nada diré yo de los capítulos sobre Navarra, como tampoco hubiera sido menester que me ocupara de Galicia a no influir imperiosamente mi desco de remediar el agrario aludido.

De amñas, da noticias el Sr. Grandmontagne con tan entrañable simpatía y en forma tan persuasiva y elocuente, que sólo me resta agradecerle aquí el deleite gustado en su lectura.

La idea generadora de este libro, encomendado a Grandmontagne por la Dirección de "La Prensa", en la que fueron periódicamente publicándose sus capítulos, ha sido ejecutada magníficamente.

He aquí, lector, un libro de cordial fraternidad, que ha de servir, por su generoso desinterés, para aumentar nuestra estimación por los pueblos de España.

MARIO SAENZ.

(Decano de la Facultad de Derecho
y Ciencias Sociales de Bs. Aires).

EL HOMENAJE a GRANDMONTAGNE EN ESPAÑA



HE aquí la cédula de invitación que sirvió para congrega a los intelectuales españoles en el homenaje a Grandmontagne, celebrado en la noche del 8 de Junio de 1921, en Madrid, fiesta original y castiza que tuvo lugar en el viejo mesón del Segoviano. Transcribimos la invitación por su belleza literaria y el puro ritmo clásico en que está concebida. Ofrecemos igualmente a nuestros lectores la composición con que Antonio Machado, considerado hoy en España como su gran poeta nacional, ofreció a Grandmontagne, en nombre de la intelectualidad española, la clásica cena.

CEDULA

P A R A E L C O N V I T E

CON QUE UN GRUPO DE ARTISTAS
INDEPENDIENTES AGASAJA A

FRANCISCO GRANDMONTAGNE

EMBAJADOR INTELECTUAL DE ESPAÑA EN LA ARGENTINA

EL DÍA 8 DE JUNIO DE 1921, A LAS NUEVE DE LA NOCHE, EN LA
POSADA DE SAN PEDRO, GOBERNADA POR SANTIAGO GONZÁLEZ, EL

SEGOVIANO; SE HALLA EN LA CAVA BAJA, NÚMERO 28

Que en la senda del vivir,
No yr adelante, es yr
Atrás, y el que arar empieza
No ha de bolber la cabeça
Sino arar y proseguir.

(ISIDRO: Poema castellano de Lope de Vega
Carpio, secretario del marqués de Sarriá.—
Madrid, 1599. Folio 118, vuelto.)

B IEN dice Frey Félix Lope, amigo dilecto: no ir adelante es ir atrás. Mas, para alcanzar postrimerías fuerza es arrancar de comienzos. Para lograr lo por venir no hay sino afianzar en lo pasado. Y asiréis lo lueñe y no presumido si afirmáis al pie en lo que fué y todavía es. Caminar de lo nuevo a lo viejo es como pasar de mocedad a senectud: carrera mortal. Trascender de lo viejo a lo nuevo es ir adelante. Por eso nos agrupamos en un mesón manchego que no parece sino que, sustraído a la vida popular del siglo XVII, a través de las mudanzas de los tiempos, se nos ofrece sin mudanza; raro lugar en donde, al modo de andariegos hidalgos o bachilleres de antaño, posemos y holguemos unas horas, entre labrantines, trajinantes, arrieros, mozas en cabellos, ataviadas con hábitos a usanza de Segovia; recios y copiosos mantenimientos, vino enjuto y con largueza. Nos honramos colocando de Anfictrión, en cabecera, a don Francisco Grandmontagne, nuestro Adelantado Mayor en las Indias. En él celebramos: ingenio felicísimo, que ha conducido el habla castellana a términos de afluencia, vigor, galanura y donaire, dificultosos de emular; espíritu deserto, que ha sabido elucidar los más contrapuestos negocios con doctrina suasoria y nada árida; inventiva y arte maestra en obras de imaginación; sutilidad y fino concepto en obras de costumbres; fecundidad, jamás fatigada ni fatigosa, del numer, desparramado en gacetas y hojas cotidianas; y, en fin, la edificación en la persona y el dechado en la trayectoria de tal vida, siempre adelante, desde el viejo al Nuevo Mundo, de añejos principios hacia principios aun no asentados; al hombre antiguo y juntamente venidero, ciudadano de su patria y de todas las patrias, esforzado sin alharaca, ardiente sin ofuscación, enterizo sin altivez, aplaudido tanto como el primero de su nación y no nada vanaglorioso ni afectado, leal para consigo mismo y para con los demás, rector con traza de cofrade, de quien, como de Hernando Cortés, cabe declarar que conquistó tierras conquistando voluntades y supo ganar amigos sin buscar agradecidos.

ENRIQUE DE MESA

AZORÍN

JERÓNIMO VILLALBA

RAMÓN PEREZ DE AYALA.

EN LA FIESTA DE GRANDMONTAGNE

I

Cuenta la historia que un día,
buscando mejor España,
Grandmontagne se partía.
se partía de una tierra de montaña,
de una tierra
de agría sierra . . .
¿Cuál? No sé. ¿La serranía
de Burgos? ¿El Pirineo?
¿Urbión donde Duero nace ?
Averiguadlo.

Yo veo
un prado en que el negro toro
reposa y la oveja pace
entre ginestas de oro;
y unos altos verdes pinos;
más arriba, peña y peña,
y un rubio mozo que sueña
con caminos,
en el aire, de cigüeña
entre montes, de merinos,
con rebaños trashumantes
y vapores de emigrantes
de pueblos ultramarinos.

Grandmontagne saludaba
a los suyos en la popa
de un barco que se alejaba
del triste rabo de Europa.
Tras de mucho devorar
caminos del mar profundo,
vió las estrellas brillar
sobre la panza del mundo.
Arribado a un ancho estuario
dió en la argentina Babel.
El llevaba un diccionario
y siempre leía en él.
Era su devocionario.
Y en la ciudad, no en el hampa,
y en la pampa,
hizo su propia conquista.
El cronista
de dos mundos, bajo el sol,
el duro pan se ganaba,
y, de noche, fabricaba
su magnífico español.
La faena trabajosa
y la mar y la llanura,
caminata y singladura,
siempre larga,
diéronle para su prosa
viento recio, sal amarga
y la amplia línea armoniosa
del horizonte lejano.
Llevó del monte dureza,
calma le dió el océano,
y grandeza;
y de un pueblo americano,
donde florece la hombría,
nos trae la fe y la alegría
que ha perdido el castellano.

III

En este remolino de España, rompeolas
de las cuarenta y nueve provincias españolas,
Madrid del cucañista, Madrid del pretendiente,
y en un mesón antiguo, y entre la poca gente,
¡tan poca sin librea! que sufre y que trabaja
y aun corta solamente su pan con su navaja,
por Grandmontagne alcemos la copa.

Al suelo indiano,
ungido de las letras embajador hispano,
“*ayant pour tout laquais votre ombre seulement*”,
os vais, buen caballero; que Dios os dé su mano,
que el mar y el cielo os sean propicios, capitán.

Antonio Machado.





GALICIA, PARAISO DE ESPAÑA

I

VIGO

SU BRIO PROGRESISTA



AYA el alba cuando el trasatlántico que de nuevo me trae a mi cara España sumerge sus anclas, con férrea trepidación, en el blando légamo de la honda y amplísima bahía de Vigo. Una cerrada cortina de menuda lluvia, como cernida desde el cielo invisible por tupido cendal, me oculta por todas partes la visión del horizonte. Tiene la llovizna diversos, muy plásticos y onomatopéyicos nombres: “garúa”, entre vosotros; “sirimi”, entre los vascos; “calabobos”, en Castilla. En lengua gallega, madre inmediata, (la latina es la abuela de la castellana y la portuguesa) se llama, con noble casticismo, “orballo”. Ciérrame, pues, el orballo, difuso y terco, la contemplación del paisaje. Mis ojos no penetran más allá de las propias pestañas. Sin duda la Providencia, descendiendo al arte tramoyista, quiere hacerme la gracia, por medio de un golpe de luz solar, de descorrer en forma súbita el telón pluvioso, para mostrar-

me repentinamente toda la soberana magnificencia, toda la sorprendente hermosura de Galicia.

Pero hora llegará de ensayar lo imposible, o sea transmitir, siquiera en pálida forma, la sensación experimentada ante una naturaleza que revela la divina diestra del Creador. Mucho temo que en el tránsito del espíritu a las cuartillas, la honda emoción sentida se convierta en frías líneas, sin poder revelador. Nadie podrá sorprenderse del fracaso seguro, pues siendo Galicia la obra maestra que el Arquitecto Máximo ejecutó en la tierra, huelga decir que ha de frustrarse todo empeño humano aplicado a la revelación. Agréguese, además, que esta pluma mía, corta en todo, no lo es tanto en la literatura conceptual o abstracta como en la expresión descriptiva y plástica.

La torpeza de mi retina no logra ver en la pintura más que la historia de la indumentaria de los siglos. Auditivo, más que visivo, como dicen los siquiátras, los museos me dejan tan insensible como la música a los sordos. Ello no quiere decir que un auditivo no tenga el sentimiento de la naturaleza, doblemente cuando ella, como ocurre en Galicia, es un alarde milagroso de hermosura en líneas y colores. Y así puede ocurrir que un auditivo, puesto a menester propio del visivo, como es la descripción plástica, logre salir de su empeño con algunos efectos originales, por lo mismo que se sirve de un órgano no correspondiente a la función. Previas estas declaraciones, que implican salvar el amor propio de una posible chafadura, intentaré, en correspondencias sucesivas, describir las rías gallegas, sus rientes riberas, sus pintorescas aldeas y caseríos, sus poéticos campos de esmeralda, sus parrales, que llegan desde las laderas, en suave declive, hasta besar las aguas de las tranquilas ensenadas; sus ciudades populosas, llenas de animación y alegría; el espíritu de sus habitantes, en que coinciden el lirismo y la reciedumbre de la voluntad; todo, en fin, cuanto puede dar una idea somera de la raza, entre soñadora y práctica, emigradora y añorante del jardín de Semíramis que tiene por morada colectiva.

No debo olvidar que escribo para lectores interesados, ante todo, en los progresos crecientes de España. Y nada más fuertemente hispánico que Galicia, circunstancia que me hace amar esta región con doble amor. Así, pues, las dos primeras correspondencias

versarán sobre Vigo, donde el afán progresista late por todas partes, dejando para después las bellezas de las playas y los campos. Ceda la estética la prioridad a la dinámica económica.

Entro en Vigo. Al rumor carenero del puerto únese el golpeo sobre la piedra granítica por todos los puntos de la ciudad. Es un picar constante sobre el bloque sillar. Interrogó. “Se están levantando muchas construcciones” — me dicen. El orballo, la cerrada neblina, bajo la cual percibo el rumor de múltiples actividades sobre el agua y la tierra, me produce la impresión de hallarme en una de esas ciudades marítimas de Inglaterra, envueltas en brumosa cerrazón, en que los hombres, dentro de las diurnas tinieblas, laboran sin cesar por la grandeza del imperio.

Poco a poco va levantando el día. La niebla se rasga, dando paso a vastos espacios de firmamento azul. Vigo se descubre a mi vista. Situado en un montículo semejante a un bonete pétreo, las calles que ascienden del puerto a la ciudad son empinadas, y en su ascenso pónense a prueba nuestros pulmones. El primer núcleo del caserío nació, siglos hace, en torno del castillo de Castro, fortaleza de la Edad Media, hoy en ruinas, que se encuentra en el cerro del mismo nombre. Allí se fué agrupando en épocas sucesivas la población, y aunque hoy se edifica mucho abajo, siguiendo las márgenes de la bahía, será ya difícil sacar el centro de la ciudad del altozano que hoy ocupa, pues allí se halla concentrado el comercio principal, los Bancos, las casas de consignación, las agencias de vapores, los escritorios de todo género de empresas, la municipalidad y demás oficinas públicas.

No he visto una ciudad más limpia, sana y aireada. El pronunciado declive de sus calles da rápido curso a las lluvias. A los diez minutos de haber caído un copioso aguacero, las calles aparecen enjutas, completamente secas y como si hubiesen sido lavadas por la acción de una ágil policía urbana. La edificación es magnífica, de labrada piedra sillar, que une a la solidez la belleza. Los gallegos, especialmente los hijos de Aguas Santas, Tonron y demás pueblos comarcanos, son verdaderos artistas en el pulimento del granito. Bien puede observarse en la edificación antigua y moderna de toda Galicia. Estos admirables obreros constituyeron en otro tiempo una poderosa asociación masónica; tenían un lenguaje propio, una jerga especial, que aun recuerdan algunos octogenarios. Y como los antiguos espade-

ros de Toledo trasmitían a sus hijos el secreto del temple y del brillo, los hábiles albañiles de Aguas Santas adiestraban a los suyos en el arte de tallar la piedra con singular primor. La actividad edificadora se nota en todas las calles. Me detengo en el punto en que se está levantando el teatro Rosalía de Castro, justo homenaje al genio lírico de la gran poetisa gallega. De los grandes bloques de piedra, los artistas pulidores (sería ofensa llamarlos canteros) van sacando las airosas columnatas y graciosas molduras que ha trazado Palacios, el primer arquitecto español de nuestros días, hijo de Galicia, y del cual hablaré algún día en "La Prensa" con el detenimiento que merece su sólida ciencia y su vuelo artístico.

Vigo es la única ciudad importante de España que no tiene plaza de toros. Es un detalle revelador de su espíritu. Gloríanse mucho de ello los vigueses, y al punto se lo hacen notar al turista, como signo, no digo de superioridad, pues son muy modestos en todas sus manifestaciones, pero sí como algo original dentro de la nación, donde, a pesar de todo género de progresos, la afición a los toros, lejos de extinguirse, va en aumento. Yo me río un poco en silencio de este colectivo alarde antitauromáquico, pues sé que a las corridas de Pontevedra y hasta de Santiago y La Coruña, suele caer buen golpe de vigueses. Pero, en fin, Vigo no tiene plaza de toros, ni quiere tenerla, habiendo sido infructuosas todas las tentativas de los diversos empresarios para levantar un circo taurino en la ciudad.

Otro detalle de orden espiritual merece también señalarse muy especialmente. La Constitución española (artículo 11, si no recuerdo mal), prohíbe los signos exteriores en templos que no pertenezcan a la comunión católica. En Vigo no se respeta esta prescripción arcaica, cuya abolición viene reclamando hace tiempo la opinión liberal en toda España. Los vigueses, contra el mandato textual de la ley, han permitido que el templo protestante ostente en su frontispicio este rótulo: "Capilla Evangélica". Esta tolerancia no podría implantarse en muchas ciudades españolas, aun en las que presumen de mayor progreso, sin que se promoviese al punto una batahola política y religiosa. En Vigo conviven los dos cultos en perfecta armonía, dando con ello una lección de tolerancia y de verdadero espíritu liberal.

De Vigo, de esta enérgica y culta ciudad, ha partido la expansión del protestantismo que hoy se va extendiendo por toda Galicia.

Su desarrollo se debe principalmente a los 150 empleados ingleses de las oficinas de los cables y, en un grado no inferior, a las visitas constantes de la escuadra inglesa y al intenso tráfico marítimo con los puertos de la Gran Bretaña. Los primeros adeptos reclútanse entre el pueblo, especialmente entre la población pescadora. El elemento rural, aunque en menor número, también ingresa en las huestes luteranas. He visto en la capilla evangélica muchos marineros gallegos cantando en español salmos y versículos bíblicos con verdadero fervor místico. Me dicen que en esta acción catequista tiene alguna influencia la generosidad de los propagandistas de la religión protestante. Ignoro el fundamento del aserto; pero lo que puedo asegurar es que los abjurantes demuestran verdadera unción y evidente recogimiento en el nuevo culto abrazado. Sea como fuere, en Vigo no existe la llamada cuestión religiosa que, en el resto de España, ha sido siempre objeto de tan apasionadas controversias y de tan agitadas campañas políticas. La región gallega, la más soñadora de España, admite, con amplio espíritu, todo género de ensueños ultraterrenos.

Corresponde a Vigo el haber iniciado en Galicia, y puede decirse en España, la industria conservera, que constituye hoy, aparte de la producción agraria, la riqueza principal del litoral marítimo de la región gallega. El año 1862 surgieron en Vigo las dos primeras fábricas. El desenvolvimiento fué lento, hasta que los métodos de pesca pasaron de los "xeitos" a las traineras, y de éstas a los vapores, en los cuales la pesca fué abundante y mucho más segura la vida del bravísimo pescador gallego. Las fábricas se multiplicaron. La conserva de sardina tuvo su origen en las costas francesas de Bretaña. Vigo posee un espíritu abierto a las ideas y a las iniciativas progresistas de toda Europa. Y así se explica que, al iniciar en grande su industria, trajera técnicos de Bretaña que difundieron los conocimientos de la preparación de la conserva. Hoy son los gallegos verdaderos maestros en la fabricación del producto.

Trabajan actualmente en la industria sardinera en las rías de Galicia no menos de veinticinco mil personas entre pescadores y obreros fabriles. La producción llegó a veinticuatro millones de kilogramos en 1917, cuyo valor (precio de guerra) pasó de setenta millones de pesetas. De peseta y media el kilogramo que se vendía an-

tes de la conflagración, ascendió a tres pesetas y media. De manera que la guerra ha beneficiado a Galicia extraordinariamente.

El mercado principal de la conserva gallega ha sido siempre Francia, no sólo por el consumo interno francés, sino porque desde allí se reexporta el producto. Gran parte de la conserva común que figura en los mercados exteriores con etiqueta francesa, procede de las fábricas de Galicia. El autor de estas líneas ha censurado tal costumbre en la prensa española, pues el verdadero porvenir de todo industrial está en poseer marcas propias. Cuenta, además, la conserva gallega con amplios mercados en la Argentina, Alemania, Inglaterra, Bélgica, Cuba, Estados Unidos, Filipinas, Italia y otros muchos países. El menor es España, pues el alto derecho de consumos que ha de pagar hace que el producto se halle fuera del alcance del pueblo. Todas las industrias, menos la conservera, gozan en España de los beneficios del ultraproteccionismo. Y así los conserveros, privados de las ventajas del mercado interno, han tenido que buscar los mercados extranjeros. Estos fabricantes, gallegos y vascos la mayoría, establecidos en el litoral cantábrico, son los verdaderos maestros en los negocios de exportación.

La industria es un poco aleatoria, pues, de pronto, se les ocurre a los bancos de sardinas correrse a las costas de Francia o de Portugal, abundando entonces allí la pesca, mientras en España escasea. En esta contingencia, los productos conserveros peninsulares han de sufrir en los mercados externos la concurrencia de aquellos países. Por regla general, la pesca es más abundante en las costas españolas que en las francesas y portuguesas.

No hay industria cuyos beneficios alcancen a mayor número de trabajadores. Y así se explica el bienestar y la alegría que se observan en las márgenes de las bellas rías de Galicia.

Durante la guerra, el movimiento del puerto de Vigo ha sufrido grandes oscilaciones. El año 1913 arribaban a su bahía 2.304 buques con cuatro millones de toneladas y 132.000 tripulantes; entraban 37.000 pasajeros; salían 45.000 y cruzaban, en tránsito, 146.000. En los años 1915 y 1916, estas cifras se reducían a proporciones mínimas. Hoy vuelve a recobrar el movimiento el nivel anterior a la guerra.

Subo a las ruinas de la fortaleza de Castro. El panorama es de

una belleza definitiva. Parécese un poco a la bahía de Río de Janeiro. Pero el paisaje de Río, por su misma grandiosidad resulta caótico: la vista naufraga en sus líneas colosales y en sus horizontes sin límites. El paisaje de Vigo, por el contrario, es suficientemente amplio para sugerirnos la idea de grandeza, y, a la vez, bastante recogido y aliñado para que nuestros ojos dominen todos sus hermosísimos accidentes. No es fácil decidir si su mayor belleza está en el mar, convertido en dilatado lago por el freno de las montañas, o en las suaves riberas que lo ciñen. A la izquierda, siguiendo la línea de Vigo, está Bayona, en mar abierto; siguen las poéticas playas de Ramallosa, Canido, Bao, Samil, Bouzas, Goya, veinte rincones más, sosegados y dulces, donde avanzados cabos y montículos, secundados por islotes que no los colocaría mejor el más hábil ingeniero hidráulico, van domeñando la furia oceánica, hasta que, vencido su empuje, se expande tranquilo el mar por toda la extensa bahía que termina en la ensenada de San Simón. A la derecha de la ciudad se halla la playa de Guixar y el bullicioso barrio de los pescadores. Enfrente de Vigo, en la otra banda de la bahía, Cangas, Domayo, Moaña y otros pueblecillos lindísimos, envueltos en guindos, cerezos, magnolias y palmeras, una vegetación en que se insinúa, junto al arbolado nórdico, la fronda tropical. Aparte de estos núcleos urbanos, el caserío se extiende disperso por la ribera, en toda la amplitud oblonga de la bahía. Todo cultivado, todo verde, todo risueño. Contemplo el estrecho de Rande, objeto de curiosas especulaciones. Allí fué hundida por los piratas (año de 1702) la escuadra de Velasco, que llegaba, según la tradición, cargada de tesoros de las Indias. En diversas ocasiones se han formado compañías para extraer las riquezas de los galeones hundidos. Alguien mostraba un poco de oro oxidado que decía haber encontrado en Rande. El descubridor reunía fondos; pero luego, comenzada la tarea por los buzos, no aparecían los galeones ni la codiciada materia aurífera. La especulación se ha repetido varias veces en diversas épocas. La incredulidad, fruto de tantas tentativas frustradas, es hoy absoluta.

No acierto a separar mi vista del soberbio panorama. Este paisaje y los que después he visto en mis excursiones a Pontevedra, Villagarcía, Santiago y Coruña, me revelan ciertos aspectos de la psicología gallega, pues sabido es la influencia que el medio geográ-

fico ejerce sobre el espíritu de la raza. El lirismo gallego es trasunto de este paisaje mimoso y tierno, de una dulzura y de una gracia incomparables.

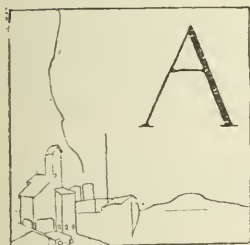
Desde el cerro de Castro mis excelentes acompañantes me describen el trazado del gran puerto futuro. Todo Vigo tiene concentrada su atención y su voluntad de esfuerzo en esta gran obra y en el ferrocarril directo a la frontera de Francia, que sería su complemento, uniendo rápidamente a Galicia con los centros europeos. Las autoridades marítimas y municipales de Vigo, con una gentileza que obliga mi gratitud, me han procurado todo género de datos y planos de la obra proyectada. El puerto de Vigo será, pues, el tema de la próxima correspondencia.





II

EL FUTURO PUERTO DE VIGO



MIGOS, no vigueses, me dicen que éstos presumen de cierto espíritu británico en el anhelo y la acción. Los hijos de Vigo sienten, efectivamente, notoria simpatía por Inglaterra, con la cual se hallan en contacto diario por el movimiento de la navegación. Pero su carácter, por lo demás profundamente hispánico (conozco pocas ciudades donde esté más arraigado el sentimiento de la unidad nacional) guarda hoy mayor semejanza, por sus anhelos de celeridad en la acción, con el espíritu norteamericano. Una circunstancia de actualidad palpitante influye poderosamente en esta inclinación de los vigueses. Entre Vigo y Lisboa existe gran competencia por preponderar en el tráfico marítimo y ejercer mayor atracción sobre las compañías navieras. En ambas ciudades se proyectan grandes puertos. Y, según parece, los capitalistas y constructores ingleses manifiestan interés por Lisboa, mientras los norteamericanos son decididos partidarios de Vigo, queriendo hacer de este punto cabecera de línea en la navegación trasatlántica entre Europa y los puertos de la Unión. No hace falta mayores explicaciones para comprender la adhesión americanista que se ha apoderado del espíritu de Vigo.

El entusiasmo por el futuro puerto es general en la activa y progresista ciudad gallega. No debería ser menor en el resto de España, pues no se trata de un interés exclusivamente local, sino de una obra

de gran conveniencia y trascendentes proyecciones para toda la nación. Ya Jovellanos (año 1793), en su famoso informe, siempre actual, sobre la Ley Agraria, se lamentaba de que el mejor puerto natural de España (del mundo, se puede agregar), “no tuviese camino alguno tratable a lo interior”. Un gran puerto español sobre el Atlántico y dos ferrocarriles rápidos, uno que le una, por la costa, con la frontera francesa, y otro que le ponga en comunicación fácil (hoy el rodeo es muy grande) con el interior de España, transformarían por completo nuestras relaciones con el mundo, acreciendo de un modo poderoso la economía nacional. El complemento sería la zona franca. La carga de los buques, por ejemplo, procedentes de Asia, parte de la cual fuese destinada a América o Africa, entraría en los depósitos francos de Vigo, para desde aquí, según las necesidades, ser enviada a dichos continentes. Por lo que toca a Norte América, Vigo es el puerto europeo más cercano. Su situación respecto a todas las rutas marítimas no puede ser mejor. Por el puerto de Vigo tendrían además fácil salida los productos de las minas de carbón, hierro y otras materias de Galicia y León, hoy sin explotar, o explotadas, algunas, de un modo rudimentario.

Ningún punto reúne las condiciones de Vigo para ser el puerto intercontinental de España. Sólo se trata de que el esfuerzo humano complete la maravillosa obra de la naturaleza. No se requiere cortar el mar abierto por medio de formidables escolleras, como ocurre en otras parte. Las islas Cies, rompeolas naturales, quebrantan con su pétrea y eterna resistencia el embate impetuoso del océano, que entra sosegado en una bahía cuya superficie abarca la enorme extensión de 5.500 hectáreas. La impresión que se sufre llegando de mar afuera no puede ser más grata. Como se sabe, el mar es bravísimo en las costas de Portugal y Galicia, sobre todo cuando reinan las galer-nas o vendavales del Noroeste. Los mayores trasatlánticos saltan entonces como nueces vacías. Las moles de hierro que forjó la industria del hombre dan la impresión de una fragilidad semejante a las jaulas de paja en que se encierra a los grillos. Este mar es un gran humilladero de todos los orgullos. Zarandeado entre las estrellas y las espumas, no hay volteriano que no sienta ganado su espíritu por una profundísima fe religiosa. El miedo no es zonzo... ni incrédulo. De pronto, cruzadas las islas Cies, el buque nos da nuevamente la

sensación de su férrea solidez y de su pesada contextura, volviéndonos el corazón al cuerpo y a la mente la idea de que los hombres ¡qué caray! hacen realmente cosas grandes. En este ¡caray! habéis de ver el retorno del orgullo, ha poco náufrago, acoquinado, muerto de espanto, ante el empuje y el bramido de aquellos Andes líquidos que tan pronto nos levantaban en sus crestas como nos hundían en los antípodas. La transición es rapidísima. De los bandazos más terribles se pasa al más dulce sosiego. Hemos entrado en la ría de Vigo.

Esta magnífica ría o bahía, pues de ambos modos se llama, constituye un puerto natural de abrigo y refugio, al que llegan de arribada forzosa todo género de barcos nacionales y extranjeros en días de temporal. Los que siguen rumbo a las playas lusitanas, vuélvense a Vigo ante la imposibilidad de salvar las barras de Lisboa y Oporto. En ese caso se ven con frecuencia los vapores que se dirigen a las Antillas y a Sud América. Los buques de cabotaje y las embarcaciones de pesca del litoral Cantábrico, la mayoría de cuyos puertos tienen entradas difíciles, acógense, cuando la galerna se desata furiosa, a esta tranquila y vasta ensenada. Antes de la navegación a vapor, la ría de Vigo se veía llena de velas heridas en su lucha épica con los ciclones. Los bravos y duros hombres de los bergantines, los trágicos proletarios del mar, refugiábanse en este oasis, esperando se aplacase la cólera de los elementos.

Vigo es hoy el segundo puerto español en movimiento de viajeros. El primero es el de La Luz, en Las Palmas, que abarca la doble circulación del Atlántico y del Mediterráneo. Pero el de La Luz no es, como el de Vigo, un puerto de embarque de emigración y de pasajeros de España y del continente. Por Las Palmas cruzan los viajeros y los emigrantes, pero no ascienden ni descienden allí; es puerto de tránsito. De manera que, en realidad, puede considerarse al de Vigo como el primer puerto español de pasaje. Su embarco y desembarco realízanse hoy penosamente en vaporcitos y lanchas, pues sólo existe un corto muelle con un calado de tres metros en bajamar equinoccional. Los días (frecuentemente ocurre) en que coincide la llegada de tres o cuatro trasatlánticos de Nueva York, Buenos Aires, Méjico y Cuba, prodúcese gran confusión, por falta de espacio, doblemente si a este movimiento se une el arribo de la escuadra in-

glesa o de divisiones navales de algún otro país. Al crecimiento constante del movimiento viajero hay que añadir el considerable aumento del tráfico pesquero y de cabotaje. Hace veinte años, sólo había 125 embarcaciones de pesca, la mayor parte lanchas y traineras. Hoy, entre vaporecitos, traineras, gamelas y botes, el número alcanza a 1.124, debiendo agregarse las 760 embarcaciones de Cangas, puertecillo de enfrente, comprendido también dentro de la bahía de Vigo. El movimiento de este puerto puede sintetizarse en estas cifras: arriban anualmente más de dos mil vapores de carga y de pasajeros; llegan, en viajes de instrucción, no menos de 70 buques de guerra; y existen, para el tráfico pesquero, alrededor de dos mil embarcaciones.

Todo este intenso movimiento requiere que no se demore por más tiempo la construcción de un gran puerto. Así lo ha comprendido el Estado español. El Senado aprobó hace poco una ley que autoriza un empréstito para realizar la obra, señalando el tipo de interés al capital a invertirse, que será de cien millones de pesetas. El asunto quedó pendiente de la aprobación de la Cámara de Diputados. La última crisis y el cierre inmediato de las Cortes impidieron la solución definitiva. La política... pero sigamos hablando de cosas útiles y gratas.

El anteproyecto del futuro puerto es obra de uno de nuestros primeros ingenieros, Don Eduardo Cabello y Ebreutz. No he de describir aquí en detalle su trazado. Como digo más arriba, no se trata de vencer el ímpetu del mar, ya dominado por los malecones naturales de las islas Cies. La obra se realizará dentro de las sosegadas aguas de la bahía. Abarcará el puerto una extensión de cinco kilómetros, desde punta de Bouzas hasta la playa de Guixar. El ingeniero Cabello, con excelente visión del porvenir, divide la obra en tres secciones: una destinada al tráfico comercial; otra a las embarcaciones pesqueras y a los veleros de cabotaje; y la tercera, que se halla en el centro, estará destinada a los grandes trasatlánticos y al movimiento de pasajeros. La bahía quedará cortada entre Bouzas y Guixar, en toda la línea del puerto, por un muro, desde el cual se adelantarán varios espigones que formarán magníficas y sosegadas dársenas. Según el proyecto, se ganarán al mar cerca de cien mil metros cuadrados de terreno, divididos en tres parcelas, cuyo valor

se calcula en cincuenta pesetas el metro. El costo de la obra disminuiría así en cinco millones.

Agreguemos algunas palabras sobre las magníficas condiciones del futuro puerto. Para ello me serviré de la memoria publicada por el señor Cabello y de algunas observaciones técnicas muy atinadas que me ofreció el ilustrado ingeniero señor Casto Méndez Núñez, primogénito del prócer, y subdirector, actualmente, de las obras del puerto.

Vigo será, por sus condiciones naturales, el puerto europeo de mayor calado, pues puede llegar fácilmente a 16 metros. El desarrollo enorme que la arquitectura naval ha dado a las dimensiones de los buques en el corto espacio de 20 años requiere, a su vez, una ampliación equivalente en el calado de los puertos, so pena de quedarse los grandes trasatlánticos en las radas exteriores. Según Mr. William H. White, presidente de la "Institución de ingenieros civiles de Londres", la causa principal de la insuficiencia de los puertos proviene de la falta absoluta de inteligencia y de colaboración entre los constructores de navíos y los constructores de puertos.

Las grandes unidades flotantes abaratan el flete, pues sabido es que dos buques de diez mil toneladas cada uno originan mayores gastos que uno de veinte mil; y, a su vez, dos de veinte mil consumen más que uno de cuarenta mil. Tal es el origen de la rápida ampliación de las dimensiones de los buques. Los tratadistas de la materia citan a este respecto el chasco que han sufrido las previsiones de Mr. Elmer C. Corthell, ingeniero naval norteamericano de reputación universal. En un estudio muy interesante señalaba la trayectoria seguida por la arquitectura naval desde 1848, indicando las dimensiones que tendrían los buques en 1903, en 1923 y en 1948. Parecieron excesivas las previsiones. Sin embargo, las dimensiones señaladas para 1923 eran superadas en 1910, y las previstas para 1948 han sido ya realizadas en los trasatlánticos "Mauritania", "Lusitania", "Titanic" y otros grandes buques ingleses y alemanes. El progreso de la navegación a vapor significa el esfuerzo más extraordinario que la industria humana ha realizado en el corto espacio de media centuria. Mr. Hersent ha trazado un gráfico ilustrativo que resume la historia moderna de la arquitectura naval. En este interesante gráfico podemos seguir la progresión de

las dimensiones, desde el "Great Western", el primer vapor de 1340 toneladas que hizo la travesía del Atlántico, de Bristol a Nueva York (año 1838), hasta los formidables trasatlánticos actuales, con desplazamientos de cuarenta mil toneladas. El "Great Western" empleaba quince días en el viaje. El "Lusitania" invertía en la travesía cuatro días y diez y nueve horas, y poco más invierten el "Mauritania", el "Deutschland" y otros buques del mismo tipo.

La orientación económica de la industria naval, en el sentido de un aumento creciente del tonelaje y de la velocidad, exige una ampliación paralela en el calado de los puertos. Así lo han comprendido los gobiernos y las compañías de puertos en todas las naciones. Antes de la guerra había iniciadas en diversos países grandes obras de ampliaciones portuarias. En el canal de Suez se trabajaba para profundizar el calado hasta diez metros, y según Mr. Alby será pronto necesaria una nueva ampliación hasta doce metros. En Génova se construía la dársena Víctor Manuel, con una profundidad igualmente de doce metros. En Kiel, poco después de inaugurado el canal, se emprendían grandes obras para llevar el calado de 9 a 12 metros, ampliando a la vez la solera y las esclusas para dar paso a las grandes naves modernas. En Amberes se proyectaban grandes obras para lograr mayor calado. Idéntico anhelo existía en Rotterdam. En Amsterdam se gastaban ingentes sumas para profundizar el canal del Norte. Según la memoria de Mr. George Lyster, desde el año 99 se han dragado más de cuarenta millones de metros cúbicos para ampliar el puerto de Liverpool. Se proyecta, además, una obra de conjunto en la que se invertirán crecidas sumas.

He aquí algunas cifras de lo que, en vísperas de la guerra, se pensaba gastar en diversas obras portuarias en proyecto o en curso de ejecución. La compañía "Port of London Authority" se disponía a invertir en el puerto de Londres 14.500.000 libras. En Liverpool 4.500.000 libras. En Kiel 221 millones de marcos (marcos anteriores a la guerra). En Génova 50 millones de liras. En el Havre 90 millones de francos. En Marsella: 45 millones. En Burdeos 100 millones. En los puertos belgas, holandeses y de otros puntos del Norte de Europa se preparaban igualmente para grandes inversiones con igual fin.

En su memoria "Navires et ports d'aujourd'hui" dice el inge-

niero naval Mr. Robert Hecker: “Lo que limita actualmente las dimensiones de los buques es la insuficiencia de los puertos. Se harían barcos mayores si los puertos pudiesen recibirlos. En el estado actual, ningún puerto, salvo acaso Southampton, presenta condiciones perfectas de acceso para los mayores buques que los frecuentan; ninguno, sobre todo, es suficiente para las necesidades del porvenir, si las actuales previsiones son justificadas. Un barco de 300 metros de longitud, 30 metros de ancho y 12 de calado no podría ser recibido en ningún puerto sin gran dificultad. Cuando los trabajos en ejecución o proyectados estén concluídos, la situación habrá mejorado sensiblemente”.

Según Mr. Hecker, la creciente progresión en las dimensiones de los buques débese principalmente a la influencia norteamericana. “Si no hubiera sido tan fácil — dice — hacer a Nueva York accesible a los grandes buques, es probable que los progresos de la arquitectura naval se hubiesen amortiguado y aun detenido. Nueva York ha provocado, con pocos gastos, el movimiento considerable a que asistimos hoy y que arrastra a nuestros puertos de Europa”.

El puerto de Vigo reúne todas las condiciones que anhela Mr. Hecker. Y así puede exclamar con razón el ingeniero señor Cabello, autor del trazado de las futuras obras: “Si como el puerto de Vigo hubiera otros ¡quién puede pensar a dónde llegarían los progresos de la arquitectura naval!”

Por estas condiciones naturales de abrigo, por la amplitud de su bahía, de aguas limpias, exentas de escollos y cieno; por su serena tranquilidad y hondo calado, Vigo será sin disputa el mejor puerto de Europa, una vez realizados los trabajos que completen la magnífica obra de la Naturaleza.

El proyecto del ingeniero Cabello da al puerto un calado de 13 metros, que ningún otro tiene actualmente; pero esta misma profundidad puede ser ampliada fácilmente a 16 metros y aún más, si futuras necesidades lo requiriesen.

Como advertí al principio, los norteamericanos demuestran vivo interés en este puerto. La “Fondation Company”, que ha sido la constructora del puerto de Burdeos durante la guerra, se ha ofrecido a ejecutar las obras empleando para ello todo el “outillage” y diversos materiales que aún tiene en Francia. Se compromete, además, a

cubrir el 30 por ciento del empréstito que se levante para la ejecución de las obras. De manera que, al convertirse en la principal accionista del puerto la misma compañía constructora, indica con ello la fe que tiene en el porvenir de Vigo.

Parece, según me han informado los hombres de negocios de Vigo, que los norteamericanos desean tener en Europa un puerto "suyo", entendiéndose, claro está, que este pronombre posesivo sólo indica la natural influencia comercial derivada de ser los constructores y primeros accionistas. Como en la ejecución de la obra no hay que luchar con el mar abierto para sujetarlo, pues el puerto está naturalmente formado, la "Fondation Company" afirma que en dos años estarían acabados los trabajos.

Termino. Mis impresiones personales me permiten anunciar a los numerosos hijos de Vigo y, en general, a los gallegos radicados en la Argentina, que pronto esta Arcadia que se llama Galicia podrá ofrecer a los peregrinos de la belleza que la visiten un puerto tan amplio, sosegado y hermoso como los campos que le rodean y ciñen...





III

EL ORIGEN DE LA MORRIÑA



NO conociendo este paisaje, en que la tierra y el mar se han concertado en un alarde de suprema hermosura, es posible explicarse esa profunda melancolía nostálgica que en el destierro se apodera del espíritu gallego, aflicción desoladora que tiene ya nombre universal: morriña.

La morriña la sienten no sólo los gallegos, sino cuantos hayan cruzado una vez la campiña de Galicia, pues el espíritu humano queda siempre vinculado en alguna forma, más o menos intensa, a los lugares en que la inspiración del Creador—ante la cual queda abatido todo el arte de los hombres—acumuló su máximo poder de belleza. Todas las criaturas añoran el lugar en que al mundo vinieron, así sea él tan hórrido como el más árido berrocal. Pero es indudable que en este sentimiento de atracción, la tiranía del paraíso debe ser mayor que la del infierno. He aquí, a mi entender, la explicación psicológica de la morriña. No es sólo el sentimiento patriótico; a él se enlaza, en crisis de abrumadora tristeza, la evocación de la belleza definitiva de la tierra natal. La morriña es un sentimiento mixto de patriotismo y de emoción estética. Y es quizá esta última lo que tiene, en tan honda aflicción de ausencia, predominio mayor. Pero esta idea requiere para su cabal expresión la forma lírica de aquella Rosalía en cuyo espíritu, tierno y sonoro, adquirió la morriña acentos inefables.

GALICIA, PARAISO DE ESPAÑA

Airiños, airiños, aires,
Airiños da miña terra,
Airiños, airiños, aires,
Airiños, levaime a ela.

.....
Sin ela vivir non podo,
Non podo vivir contenta,
Qu'adonde queira que vaya
Tróbeme un-ha sombra espesa.

.....
Doces galleguiños aires,
Quitadoriños de penas
Encantadores d'as anguas,
Amantes d'as arboredas,
Música d'as verdes canas,
Do millo d'as nosas veigas
Alegres compañeiriños
Rum, rum de toda'as festas,
Levaime nas rosas alas
Com'un-ha follina seca.
Non permitas qu'aquí morra,
Airiños da miña terra,
Qu'ainda penso que de morta
Ei de sospirar por ela.
Ainda penso, airiños aires,
Que dispois que morta sea,
E aló pó lo camposanto
Dond'enterrada me teñan,
Pasés na calada noite
Runxindo antr'a folla seca,
Ou murmurando medrosos
Antras brancas calaveras;
Inda dimpois de mortuña,
Airiños da miña terra,
Eivos de berrar: ¡airiños
Airiños, leváime a ela!...

Así expresó la morriña el dulcísimo estro de Rosalía; así la sienten todos los gallegos. Y si la emoción estética del paisaje penetra de manera tan profunda en el espíritu de una raza, hasta el extremo de producir la melancolía nostálgica el aplanamiento del ánimo, bien puede decirse, sin incurrir en exageración, que no hay pueblo que iguale al gallego en la comprensión de la belleza y en la aptitud espiritual para sentirla en su grado máximo.

¡Las rías de Galicia! Impotentes serán siempre la pluma y el pincel para revelar su extraordinaria hermosura. Ya lo advertí en mi primera correspondencia de Vigo. Frente a este paisaje, el éxtasis gana al punto nuestro ánimo; y esta enajenación, este arrobaamiento del alma, prívamos de toda facultad expresiva, porque el éxtasis, al suspender nuestras voliciones, nos conduce a la mudez; ni el pintor hallará la línea y el color correspondientes al múltiple cuadro natural, ni el escritor la palabra reveladora de tal maravilla. Conténtate, pues, lector, con unos conceptos que, en su tránsito del espíritu al papel, tórnanse devaídos, incoloros y fríos.

Las rías gallegas son grandes lagos sujetos al influjo y reflujo de las mareas. Las islas Cies, formidables diques naturales opuestos al embate del océano, forman estas dársenas, bahías y ensenadas, denominadas con el nombre común de rías; la de Vigo, la de Pontevedra, la de Marín, la divina Arosa y otra serie de grandes y pequeños brazos de mar que se abren paso por las hendiduras de los cerros, siguiendo los ondulados accidentes del terreno para colmar valles y hondonadas, que parecen, por la serena quietud de las aguas azules, trozos de firmamento desprendidos del cielo y posados dulcemente entre las montañas.

La naturaleza gallega ofrece una paradoja curiosa, pues ha invertido los términos de relación entre el océano y las arterias fluviales. En todas partes los ríos van a buscar al mar; en Galicia, por el contrario, es el mar el que va a buscar a los ríos. Los cuatro principales de Galicia, el Ulla, el Umia, el Lérez y el Miño, sobre todo los tres primeros, tienen que realizar muy poco esfuerzo para llegar al océano, pues éste les sale al paso casi en sus mismas fuentes, realizándose la conjunción sin ruido, sosegadamente, en cualquier rinconcito arcádico digno de la musa de Virgilio. Al contemplar esta paradoja de las corrientes he pensado en la influencia que

ella puede ejercer en ciertas formas sutiles que caracterizan el pensamiento gallego, singularmente apto para la polémica y el alegato. Los mejores jurisconsultos y abogados son en España gallegos. En ciertos modos de razonamiento, en eso que se llama "salidas", ¿no influirá este original trastrueque del mar buscando a los ríos en vez de buscar los ríos al mar?...

Sigamos. Alguien ha comparado los "fiords" de Noruega con las rías de Galicia. Ignoro si hay paridad; pero, desde luego, el paisaje abrupto, áspero y frío del país nórdico no puede compararse con el gallego, tan dulce, tan suave, tan mimoso, donde aparecen mezcladas las formas vegetales del Mediodía, casi tropicales, con las seculares encinas y los duros robles del Norte.

Según viejas crónicas, los fenicios explotaban las islas Cies, extrayendo de ellas el estaño y otros metales. Hoy, aparte de su función creadora de las bellas rías, sólo sirven de nidal de gaviotas, que parten desde allí, en raudo vuelo, para seguir la estela de los trasatlánticos y devorar los despojos que van dejando. Tienen además otro recurso. Las Cies se ven rodeadas de lanchas pescadoras de sardina. Y las aves dilectas de los poetas se nutren de carnadas desprendidas y de los pescados inconsumibles caídos en las redes y lanzados muertos de las lanchas por los marinos.

Camino de Pontevedra, el hechizo del paisaje encanta mis ojos y pone mi espíritu en suspensión de arrobamiento. El estado atmosférico ha querido añadir una nueva y esplendorosa seducción. Tras de una ligera llovizna se ha levantado un Iris luminoso; se apoya uno de sus extremos en las verdes riberas que descienden, en suave declive, a la playa de Guixar; cruza el arco lumínico el estrecho de Rande, reflejando sus siete colores sobre la ría azul, y húndese la otra punta del meteoro en Tiran, cerca de Cangas, entre un bosque de magnolias y camelias arborescentes, de naranjos, limoneros y granados. A los resplandores del arco, al aire encendido en septenario luciente, únese el múltiple color de la vegetación, todos los matices del verde, desde la clara esmeralda representada en los castaños y los fresnos, hasta el oscuro de los enebros y de los pinos; el blanquecino de los cuadros de lino en punto de madurez, el verdinegro de los maizales y todos los tonos de multitud de plantas forrajeras que forman la soberbia pradería de Galicia.

EL ORIGEN DE LA MORRIÑA

Pasamos varios pueblos sumidos en la dulzura de una paz laboriosa; vemos otros encaramados en colinas y collados; el caserío disperso por las faldas los une, pudiéndose decir que las carreteras vienen a ser las calles de un poblado continuo. La densidad humana es enorme (105 habitantes por kilómetro cuadrado). Con ser tan copiosa la emigración, no se merma la densidad, pues la abundante procreación de esta raza sana y fuerte suple con creces el número de ausentes. El problema agrario no es aquí el latifundio, sino el minifundio, o falta de propiedad suficiente, exceso, en fin, de subdivisión territorial. He ahí el secreto de estos cultivos tan intensos y aliñados. No hay un palmo de tierra susceptible de ser labrado que se halle baldío. La arcadia, aunque muy fértil, no puede sustentar a tantos moradores. Para ser por completo Galicia un paraíso sería necesario que, a semejanza del celeste, no se conocieran los problemas económicos, perturbadores de los aplacientes goces de la poesía.

Pero no son absolutamente perdidas para Galicia las energías desplazadas rumbo a las Américas. Por todas partes, en medio del caserío vetusto, levántase, ya la casita moderna, con huerto florido, ya el "chalet", con jardín, según el grado de prosperidad del indiano. Por los gustos revelados en jardines y huertos deduzco la procedencia americana del dueño. Los de la Argentina superan a los de Méjico y Cuba en la comprensión del "comfort" y en ciertos detalles de rumbosidad. Distínguense también por un sentido más universal de la vida y por una mayor amplitud de juicio. No es frecuente el retorno y nuevo arraigo de los hombres de gran fortuna. Estos, debido a la respetabilidad y prestigio que les da su abundante caudal, concluyen por vincularse definitivamente a la sociedad americana entre la cual desarrollaron su acción. Su nombre, unido al desarrollo económico de las Repúblicas, alcanza ya significación histórica en las villas y pueblos surgidos por virtud de su esfuerzo tenaz en el suelo de las Pampas. Retornan y arraigan de nuevo en el viejo solar los de fortuna limitada. Otros, sin haber vuelto aún, giran la suma que requiere la compra del predio en que, antes de emigrar, trabajaran. La satisfacción de estos indianos, los más humildes, es inmensa; y hay aquí viejecitas, redimidas de la estre-

chez por sus buenos hijos, que se enjugan los ojos a la sola mención del nombre de los queridos ausentes.

Bien recibidos son los que vuelven, pero a condición de no humillar a nadie con la plata. En Santiago, sobre todo, ciudad cultísima, donde es general un fino sentido crítico, está perdido el indiano que carezca de discreción. A la menor fanfarronada se verá más solo que un hongo, porque todo el mundo le volverá la espalda.

Llegamos a Redondela, donde todo es bello, empezando por el nombre armonioso del pueblo. Contemplo el soberbio viaducto Sampedro, bajo cuyos arcos queda una parte de la villa: el valle es precioso; hasta él llegan las aguas de la ría de Vigo, que después del estrecho de Rande, donde parece terminar, expándose nuevamente en la bahía de San Simón y se introduce por valles y barrancos, formando una inmensa araña azul, al final de cuyos tentáculos ácueos se asienta el caserío, verdean las parras y florecen los productos hortenses.

Por todas partes vemos numerosas proles. Los chicos, ágiles y fuertes, triscan y juegan por los caminos. Las asociaciones agrícolas, interviniendo en la enseñanza, van acabando con el analfabetismo. Se habla poco la lengua regional, a pesar de ser Galicia, entre todas las regiones, la que tiene más abundante y mejor literatura propia, sobre todo poesía lírica. En ello debe influir el copioso movimiento migratorio, que induce a la adopción del castellano como instrumento lingüístico para andar por el mundo. El fuerte sentimiento local, el amor a la tierra, no le impide al gallego ser un buen español, lleno de ardiente patriotismo.

La actividad agraria es incesante. Vemos garridas mozas con el bieldo en las manos, recogiendo en haces el heno y las olorosas gramíneas de las praderas. En todas las regiones se exalta la hermosura de sus mujeres. No quiero, en este punto delicado, establecer parangones peligrosos. Sólo diré que he visto muchachas que justifican por su rozagante belleza este terceto de Martelo Pauman:

“Rapazas hay como estrelas,
Xuventú nos peitos fortes
¡Quén pensa en penas entr’elas!...

No ha de olvidar nuestra retina la visión de Redondela con sus

dos viaductos y su caserío que va, desde la orilla del mar, escalonándose por las colinas, en medio de un arbolado mixto, silvestre y de cultivo, donde conviven el áspero roble y el cerezo gentil. La naturaleza cruda y la obra del hombre andan siempre confundidas en Galicia, y quizá estribe en esto la principal belleza del panorama.

Alcanzamos Pontevedra a hora propicia, cuando la pleamar, suave y tranquila, sirve de nítido espejo a las colinas en que la ciudad se asienta. Excelentes atalayas existen para contemplar su hermosura; pero mejor aun que la de Castrelo, Bao o la Caleira, es el cerro Figueirido. El panorama marítimo y terrestre que desde aquí se domina es sencillamente maravilloso. Nuestra vista abarca los más caprichosos serpenteos del mar entre los montes y las más variadas formas de vegetación ciñendo las aguas. Dijérase que el océano, cansado de su tráfigo tormentoso, se ha retirado, como un indiano, a descansar entre estas montañas. Y aquí está, sumido en quietud absoluta, mudo, rota toda cohesión con el trágico y máximo caudal que ruge y cubre la mayor parte del planeta. Es un mar que se ha divorciado del mar, una parte del elemento que rompe su unidad con el todo, como diciendo: “yo no continúo nuestra vida de crímenes, tragándonos trasatlánticos, viajeros inermes, pobres pescadores, intrépidos marineros, soñadores emigrantes; no quiero llevar en mi seno horribles cetáceos, antropófagos acuáticos...; yo me retiro, me voy con las dulces deidades de las aguas, con las ondinas, las sirenas y las nereidas, a vivir en paz en los valles gallegos, entre cerezas y pámpanos, guapas rapazas, sonoros gaiteros, alboradas y “alalás”, panderos, bailes, holgorios y jocundas romerías”. Así debió despedirse el recluso en Galicia al “separarse” del gran monstruo, camino y calvario de los hombres en sus peregrinaciones continentales.

No he de hablaros aquí de la vieja Lambriaca, nombre romano de Pontevedra, ni de sus templos y antiguos monumentos. Quede este punto para cuando lleguemos a Santiago, el Toledo de Galicia, donde las exaltaciones de la fe cristiana han dejado su huella impecedera en un bosque de torres, de bóvedas augustas y magnos relicarios de piedra. Tampoco he de hablaros de las disputas históricas sobre el origen de la raza y el orden de las invasiones; sobre si los primitivos pobladores fueron o no fueron celtas; sobre si es o no es

vasco-ibérico el núcleo fundador de la estirpe; sobre si los fenicios vinieron antes o después de los griegos a esta bella Ofiusa, como llamaron los helenos a Galicia. Nada nuevo puede agregar mi voto a la controversia de historiógrafos, etnógrafos, arqueólogos y etimologistas, ciencias que tienen entre los gallegos muchos y excelentes cultores.

En la brillantísima historia de la marina española corresponde a Pontevedra la mejor página, la página inicial. Conocida es la influencia de Gelmírez, el gran arzobispo de Compostela, en el desarrollo de las construcciones navales en las rías bajas de Galicia. Según Fernández Duro, Gelmírez es el verdadero fundador de la marina de Castilla. Ya en el siglo XIII se construían galeras en Pontevedra y Marín, puerto inmediato. Del desarrollo que adquirieron aquellos primitivos astilleros dan idea las quejas del rey de Inglaterra al de Castilla, en el siglo XIV, sobre la preponderancia de las flotas gallegas. Esta actividad industrial estaba regida por cofradías, la de San Juan Bautista, la de San Nicolás (obreros siderúrgicos), la de San Miguel y la de mareantes llamada Corpo de Deus, que se extendía a toda la región. Eran instituciones que se gobernaban por los métodos característicos de los gremios de la Edad Media, métodos que, entre paréntesis, quieren restaurar no pocos sociólogos contemporáneos, ingleses, especialmente, como un medio para resolver los problemas sociales que tan agitado traen al mundo.

La ciencia de la navegación recibió de Pontevedra singular impulso en aquellos remotos tiempos. Había aquí notables cartógrafos, como Gonzalo Velasco; se fabricaban brújulas y otros instrumentos náuticos. Y, según Celso de la Riega, corresponde, en fin, a estos primitivos astilleros de la ría de Pontevedra la gloria de haber construido la nave en que Colón llevó a efecto su descubrimiento. Sobre madera de estos robles gallegos fueron el verbo y el espíritu de Castilla a expandirse por un nuevo Continente.

Contemplo el puerto de Marín con sus aguas transparentes y su limpio fondo, como un cristal. Allí entra el río Lérez, después de recorrer pintorescos valles. Por Poyo y Combarro, pueblos preciosos, sigo a la ría de Arosa. Me detengo en Padrón, donde visito la casa en que vivió y murió, después de soñar tanto y tan armoniosamente, aquella divina Rosalía, cuyo delicado estro no tiene rival en

la poesía lírica; no lo tiene en castellano, ni en ninguna otra lengua regional. Sólo conociendo Galicia puede comprenderse el genio adorable de la poetisa.

Llegamos a Carril y Villagarcía. He ahí la ría Arosa. El camino recorrido desde Vigo, relativamente largo, por empinadas carreteras, me produce la sensación de que el mar, por un movimiento misterioso, ha escalado esta altiplanicie. En las vueltas y revueltas del viaje he perdido la noción de los niveles. El océano Atlántico está muy lejos; aquí sólo está el océano doméstico, sin relación alguna aparente con el piélago infinito, que no se ve, ni se percibe su bronco rumor. El río Ulla, padre de la ría, entra suavemente en ella. ¡Oh, Arosa incomparable, dulce como tu nombre! ¿Quién acertará a describirte? ¿Qué palabras tendrán la eficacia de diseñar tus curvas graciosas? A poca distancia de Carril, levántase la isla de Cortegada, campamento, en remota época, de los aventureros normandos. Esta isla fué ofrecida al rey, que cuenta con mucha adhesión en las playas. Allá está el monte Lobeira, en cuya cumbre solía, en tiempos aciagos, refugiarse doña Urraca. Todo es maravilloso en esta región sin par: el río, el mar, la tierra. Como si poseyera diversos climas, la producción frutícola escalona en el tiempo su madurez, según asciende el terreno de laderas, montes y ribazos. Abajo, junto al mar, las cerezas rojean en abril, y, sucesivamente, montaña arriba, siguen dándose hasta septiembre. Y así las fresas, los jazmines y las rosas.

La línea divisoria entre el agua y la tierra no está formada, como en las costas, por ásperos arrecifes, acantilados y cangrejales. Es una línea suave constituída por el césped de las praderas, el seto vivo de los huertos y jardines, los árboles frutales y, sobre todo, altas viñas, que forman largas galerías de follajes y racimos, por donde se cuele mansamente el agua de la Arosa, empujada con dulce lentitud por el ascenso de la marea. En muros y tejados de casas y "chalets" florecen, alzados por las trepaderas, los alelíos, las primulas y campánulas, mil florecillas silvestres que dan a cada edificio el aspecto de un gran tiesto. En los remansos, la flor del agua y la flor del aire, mantenida por sostén invisible. Al goce de los ojos se añade el del olfato, producido por la variedad de yerbas olorosas, el torvisco, la genciana, el ajeno, la ruda, el orégano, la

malva, la verbena y otras muchas, a las cuales la tradición popular atribuye diversas virtudes y maleficios para aplacar o exaltar las pasiones, para llevarnos a la desventura o alcanzar éxito en nuestras andanzas. Con relación al amor, alguna de estas yerbas obra milagros, disponiendo en nuestro favor el ánimo de la dama, mientras otras, ¡oh, desdicha!, concitan sobre nosotros todos sus desdenes. No hay en todo esto más que la acción afrodisiaca o antiafrodisiaca de las plantas; pero el gallego del pueblo, soñador ingénito, atribuye a un espíritu misterioso los más elementales fenómenos de la Naturaleza.

En el espacio vuelan en familia las palomas y las gaviotas, domesticadas ya éstas por su larga convivencia con la fauna adicta a los hogares humanos. Juntas en bandada cordial, cruzan las serenas enseñadas; y cuando las aves marinas, dando estridente chillidos, descienden como exhalaciones tras de los peces que viven, cual en artísticos acuarios en aquellas rías, las blancas torcaces ganan con vuelo lento y armonioso los aleros de los “chalets”, lanzando desde allí las notas suaves de sus arrullos de amor.

Mientras dure mi vida, ¡oh Arosa incomparable!, llevaré en mi retina tus formas graciosas y perdurará en mi espíritu la emoción que me produjeron los encantos que te prestaron, en competencia estética, el mar y la tierra. ¡Divina Arosa!; ya comprendo la morriña...





IV

CARACTER DE LA RAZA — EL ESPIRITU LIRICO



EN mi paso por Santiago y Coruña — ciudades que han de ocupar en esta serie de crónicas galaicas su lugar correspondiente — presencié un espectáculo profundamente ilustrativo. Ningún tratado de psicología colectiva, relativo a este pueblo, podría revelarme de una manera tan rápida y con tal fuerza de evidencia, la contextura de su carácter y la simpática modalidad de su espíritu.

Primero en la vetusta Compostela y luego en el teatro “Rosalia de Castro”, de Coruña, ví una compañía de “varietés” en que figuraban diversas cupletistas y danzarinas, un caricaturista al minuto y — el número sensacional — un poeta. En los carteles anunciadores del espectáculo, fijados en calles y plazas, el nombre que aparecía con mayúsculas enormes no era el de la “cantaora” dolorida, ni el de la bailarina lúbrica, ni el del caricaturista, sino el del poeta Xavier Bóveda, un joven vate orensano, muy popular hoy en toda Galicia.

Con un ligero tedio escuché los “jondísimos” cantos y contemplé el bailoteo. No podían aquellas voces de quejumbre desafinado seducir al órgano auditivo, ni tampoco la continuación del tobillo ofrecía a los ojos placentero aliciente estético. Lo mismo que a mí ocurría al resto de los espectadores que llenaba el teatro por completo. No había, en palcos y plateas, una sola localidad libre. Arriba,

“última camada en la estiba de la gente”, como llama “Anastasio el Pollo” al paraíso, el público estaba apiñadísimo. Todo el auditorio esperaba con igual ansiedad el último número del programa a cargo del poeta, consistente en la lectura de unos madrigales dedicados a varias señoritas de la localidad.

Y salió Xavier Bóveda. Un aplauso cerrado, largo, entusiasta, saludó la presencia del poeta. Es un muchacho que, a pesar de su juventud, ha publicado ya muchos versos, algunos de los cuales han de ocupar un día puesto distinguido en las antologías. Se adelanta a las candilejas, un poco cohibido, porque no hay en el gentil y romántico escritor asomo alguno de histrionismo teatral. El público le alienta con nuevos aplausos. Los madrigales, como toda su obra poética, están escritos en castellano, en un castellano puro, limpio y sonoro. Comienza la lectura. “A la señorita Fulanita de Tal”... Todas las miradas se vuelven al palco que ocupa la pollita. Bóveda hace la apología de sus dones físicos y de sus condiciones morales. Todo poeta es un poco exagerado, un poco amplificador. Don Xavier no excluye esta regla general. Y así atribuye a la damita unos hechizos trastornadores y una intensidad de sentimientos que no cabe en el frágil vaso de la naturaleza humana. El ritmo es fácil y bellas las metáforas.

Pero lo que más llama la atención en este interesante y cultísimo espectáculo es la fina sensibilidad del público. Cada imagen feliz encuentra inmediato y rápido eco en el espíritu del auditorio, que muestra con aplausos o signos aprobatorios la complacencia o la emoción que produce la poesía. No pierde un solo rasgo de ingenio del poeta, una novedad constructiva en la rima, una frase de exaltación lírica.

En cualquier otro punto de España no sería posible un espectáculo de esta naturaleza, que recuerda los tiempos de la gaya ciencia y de los trovadores. El espíritu un poco rígido de la mayoría del país no se aviene con una fiesta de este carácter, en que un poeta, desde el escenario, describe en bellos madrigales los hechizos de las señoritas que ocupan los palcos. Sólo en Galicia existe un público propicio a una velada de este género. Bóveda recorre toda la región gallega de triunfo en triunfo.

El espectáculo, ingenuo en apariencia, hace reflexionar un poco.

Un pueblo con tal aptitud general para comprender, sentir y gozar la poesía, es necesariamente un pueblo bueno, dulce, cordial, efusivo. Y así veréis que esta condición espiritual del gallego trasciende a las demás esferas de la vida, al hogar y la familia, donde imperan la bondad y la ternura; a la amistad, que se mantiene por la mutua y constante actitud leal; a todas las relaciones humanas, en fin, pues el sentimiento poético de la vida abarca todos los elementos morales y afectivos del hombre.

Todos los poetas, así los antiguos como los modernos, tanto los que escriben en castellano como aquellos que cultivan la lengua regional, son popularísimos en Galicia. Desde las clases más cultas del país hasta las más inferiores en instrucción, saturado se halla su espíritu de poesía. A los mismos analfabetos oiréis recitar versos de Curros y de Rosalía, aprendidos de otros labios por repetición verbal. No existe en Galicia una sola criatura que no sepa decir un verso con entonación apropiada. Y es que todo invita al goce poético, desde el paisaje bellissimo, hasta las tradiciones y costumbres, tan típicas, tan originales; las leyendas, las graciosas supersticiones, el espíritu soñador de la raza, sus transiciones de la melancolía y el pesimismo a los ruidosos jolgorios de las romerías. El ánimo gallego pasa repentinamente, como el de los niños, del abatimiento, de la tristeza, a la más exaltada alegría. Este aspecto de su carácter debe ser un reflejo del medio geográfico, del paisaje. Andando por estas carreteras y sus collados y altozanos, tropezáis con un rincón triste, melancólico, silencioso; y, a los pocos pasos, otra atalaya os pone frente a un panorama risueño, florido, de una alegría exultante. Así es también el carácter de los moradores de esta tierra.

Y aquí quiero salir al paso de una leyenda absurda, nacida en el centro y el Sur de España y transmitida a América. Me refiero a eso de la humildad del gallego. ¡Qué error psicológico! El gallego es naturalmente reflexivo y tiene un concepto muy claro de la economía en el esfuerzo. Y por ello sólo se rebela y revuelve cuando está seguro de contar con la fuerza necesaria para el triunfo en su empeño. Lo que en él parece humildad es preparación para la victoria. Cumple aquel axioma popular de los gauchos argentinos: "en la agachada está el alivio". El castellano, por ejemplo, pueda o no pueda, es soberbio. El gallego no incurre nunca en este error.

Sólo es aquello que puede ser. Pero una vez que el gallego ha logrado atrincherarse en la riqueza, en la jerarquía o en el mando, tratad de humillarle, y ya veréis cómo al punto monta su orgullo en los mismos cuernos de la luna. Es hombre que condiciona su actitud espiritual con la situación que ocupa en cada grado de la evolución de su vida. Un gallego cochero, por ejemplo, es dócil y aparentemente humilde (la procesión anda por dentro) con aquel a quien conduce y le paga; pero no con otro cochero, a quien sacudirá un trallazo a la menor tomadura de pelo. Un gallego rico, frente a otro rico de cualquier otra parte, levantará su cresta al mismo nivel, si no más arriba, que la cresta contraria. Lo que no hará nunca el gallego es confundir las situaciones y adoptar actitudes que no pueda sostener. Y esto no es humildad, sino lógica y reflexiva consideración de la fuerza propia. Creo que esta definición del carácter gallego es la que más se ajusta a la verdad.

Pero hemos abandonado el tema poético por el psicológico. Tornemos al punto inicial. Los poetas que cultivaron la lengua regional son los más populares. Débese a que han llegado más profundamente al espíritu de la raza que aquellos que se expresan en castellano. El pueblo honra en diversas formas a sus escritores. Curros Enríquez tiene su estatua en Vigo, frente a la de Méndez Núñez; Rosalía de Castro, además de llevar su nombre dos o tres teatros, tiene la suya en Santiago; en la Coruña se levantan las de Concepción Arenal y Emilia Pardo Bazán. Como se puede observar, la intelectualidad femenina española tiene su más alta representación en Galicia.

La estatua de Rosalía es una obra admirable de sentimiento y de líneas. Y en ella se alude a América. De un lado está la admirable poetisa, en dulcísima actitud. Del otro, dos figuras que representan la despedida del emigrante. Los versos que se leen al pie pertenecen a una de las composiciones más populares de la inspirada escritora.

¡Adios gloria, adios contento!
 Deixo a casa onde nacín,
 Deixo a aldea que conozo
 Por un mundo que non vín.

.....

¡Adios, adios que me vou,
 Herviñas d'a camposanto,
 Donde me pai s'enterrou;
 Herviñas que riguei tanto,
 Terriña que me criou.,

.....

¡Adios tamen queridiña,
 Adios por sempre quizáis!
 Digoch'este adios chorando
 Desd'a veiriña d'o mar.
 Non m'olvides queridiño
 Si morro de soidais.
 ¡Tantas legoas mar adentro,
 Miña casiña! ¡Meu lar!...

En Galicia se discute mucho entre filólogos y hablistas la sintaxis y aun la ortografía de Rosalía de Castro. Lo que no admite discusión es la ternura y la delicadeza de su alma, su inspirado lirismo. Por otra parte, existen ciertas diferencias de pronunciación de unas comarcas a otras. Según autoridades en la materia, es la región de Noya donde con más pureza se habla el gallego. En muchos modos de expresión es evidente la influencia del francés. Arranea esta influencia de los tiempos de la Edad Media, en que fué Francia la que más fomentó las peregrinaciones a Compostela. Las abadías de Cluny y Claraval popularizaron en toda Europa el sepulcro en que reposa el apóstol. Débese al obispo Gelmírez, padrino y tutor de Alfonso VII, rey de Castilla, la atracción inicial de las instituciones religiosas de Francia, en cuyos centros de enseñanza se había educado el gran religioso gallego (aunque francés de nacimiento). Los franceses dieron el nombre de "Camino de Santiago" a la Vía láctea, y el de "Vía franca" al camino que a través del Cantábrico conducía a Compostela. A favor de las peregrinaciones, que fueron colosales en aquellos tiempos, se desenvolvió un gran tráfico entre Francia y Galicia y fueron constantes las relaciones intelectuales y literarias, fomentadas por los trovadores y los abades. Un distinguido filólogo señala múltiples ejemplos que revelan la intrusión de vocablos franceses en la lengua gallega.

Venerada debe ser por los cien millones de criaturas que hoy hablan la española, ya que fué ella, hasta los comienzos del siglo XVI, el verbo de Castilla, Portugal y de casi todos los pueblos que integran la antigua Iberia. Y en ella, en lengua gallega, están escritas las cánticas de Alfonso el Sabio. Los mejores trovadores españoles expresaron en gallego sus cuitas y sus exaltaciones amorosas, sus endechas y plañidos. El diccionario de Cuveiro enriqueció la lengua, y Saco y Arce trazó su primera gramática. Otros antiguos cultores del idioma gallego, el P. Sarmiento, Neira, Torrado, Feijóo y Bermúdez Aspáy, lo fueron perfeccionando con sus numerosas producciones. En el siglo último adquiere la literatura regional todo su esplendor con poetas tan inspirados como Pondal, Pintos, Añón, Losada, Rosalía, Curros Enríquez, Ribalta, Murciais, Martelo Pauman y otros muchos.

Curros Enríquez es quizá el más fuerte de todos ellos. Con motivo de su muerte, el autor de estas líneas trazó aquí mismo, en *La Prensa*, una semblanza del hombre y un estudio de su obra poética.

El gran escritor gallego dió a su producción cierto trascendentalismo que no es común en los poetas gallegos, cultores casi todos de la poesía lírica, en la que son verdaderos maestros. Curros combatió las supersticiones, especialmente en su poesía "Tangaraños", dedicada a Castelar, poesía que es una verdadera maravilla de concepto, de observación y de técnica:

San Benito de Coba de Lobo
 Ten no cume un penedo furado
 De tan rara virtude ortopédeca
 Que é o asombro do mundo cristiano.

Cando nace un miniño tolleito
 Seus parentes oferceno ó santo,
 E mitido n-un queipo de vimio
 Alá o levan, a festa en chegando.

Y-aos dous lados da boca da pena,
 Que ilo colle d'un lado á outro lado,
 Din a hay y-a madriña do renco
 Pol-a gorxa de pedra pasando-o!

—Ten conta, santiño,
Do meu tangaraño;
Doente oh' o deixo
Devólveme sano.

Y-ésto dito tres veces a reo,
Sin refolgo tomar nin descanso,
O coitado do entangarañado
Queda xa desentangarañado.

.....

—Señor San Benito,
Meus fillos vos trayo;
Doentel-os deixo,
Volvédemos sanos.

Por tres veces chorosa roguéivolo;
Todas tres sin me dar resultado,
Y-os meus nenos entangarañidos,
Morren todos entangarañados.

.....

En la poesía descriptiva, Añon es quizá el más sintético. He aquí, en cuatro líneas, el paisaje entre las orillas del Miño y los campos del Sar:

“D'o caudaloso Miño a deliciosa orela
Everdexando en viñas, que e un regalo ver,
As colosales torres d'a augusta Compostela
Y os riñosos campos d'o Sar e d'o Sorela,
Teatro, en outros tempos, de amor y de placer”.

Pero el tono general de la poesía gallega, así en los cantos populares como en las composiciones de los poetas, es la evocación constante de la belleza de la tierra natal. Oíd las primeras estrofas del canto a “Bergantiños” de Eduardo Pondal:

Ou terra de Bergantiños,
Roxa'ó arar, nobre e testa;
Doce a vista desde lonxe,
Donde vin a lus primeira.

GALICIA, PARAISO DE ESPAÑA

Cand' era rapaza nova,
Casáronme en terra alléa:
(Ainda meu pai n' acabara.
Ben catorce sementeiras).

Cando de tí me levano,
Tomei unha boa pena:
Fún chorando p' l-o camiño,
D' unha terraxe estranxeira.

Se non te vexo c' os ollos,
Bergantiños, boa terra,
C' os ollos do corazón,
Vexo as tuas doces veigas.

Y Salvador Golpe, con su forma sencillísima de versificación, refleja en "Meus Amores" el profundo sentimiento de la tierra y de la familia. Nada en el mundo le seduce fuera de su propio medio social y de los risueños paisajes de Galicia. Ved cómo expresa el poeta sus dos amores:

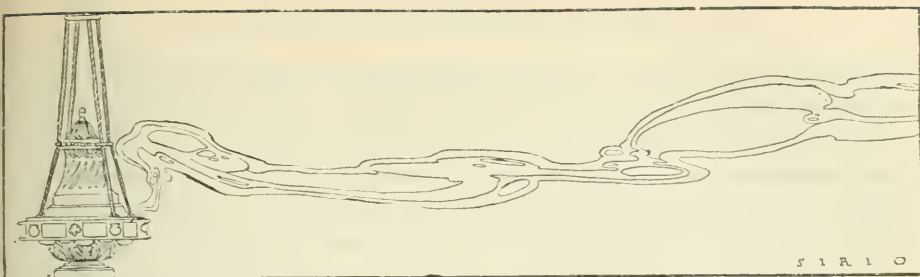
Dous amores a vida
Gardar me fan,
A patria y-ó qu' adoro
No meu fogar.
A familia y-a terra
Onde nacín...
¡Sin eses dous amores
Non sei vivir!
Cando xa no meu peito
Non sinta amor;
Cando da miña terra
Non vexa o sol...
Ven morte, ven axiña
Cabo de mín...
¡Que sin amor nin patria
Non sei vivir!

La poesía picaresca cuenta con producciones muy notables. Pero aquí entramos en un terreno resbaladizo que la prudencia nos

obliga a eludir. Y es lástima, porque algunas coplas, aunque en forma un poco chocarrera y cruda, que es como el pueblo suele expresarse en todas partes, encierran verdaderas lecciones de filosofía. El gallego sabe como nadie cultivar el sarcasmo, que viene a ser la forma de dar escape a sus pesimismos. Y así sus tristezas, resueltas con un epigrama picante y acedo, suelen acabar en una gran carcajada.

Fruto de la rica sensibilidad gallega son estas bruscas transiciones de su temperamento y de su espíritu, que pasa repentinamente de la melancolía al holgorio; sutil a veces; ingénuo, otras; paradójal en su doble condición de forense y lírico; ahora tierno y dulce, luego resuelto y enérgico; y siempre leal, veraz (cuando no pleitea) y fundamentalmente bueno.





V

COMPOSTELA — LA LEYENDA DE SANTIAGO



LEGO a Compostela cerrada la noche y bajo un tiempo infernal. La ciudad del Hijo del Trueno me recibe con estentóreos estampidos celestes. ¡Santiago y cierra España! Se impone la evocación del clásico grito de guerra ante la formidable tronada que parece proceder de un cielo convertido en baterías de artillería. Ascendemos a la ciudad por la pendiente que a ella conduce desde la estación. El coche del hotel Suizo que nos lleva recuerda las antiguas diligencias. Voy en la grata compañía de un compostelano que viene de Buenos Aires con su señora y una hija, fina señorita que sueña con París. Mi amigo es de recia corpulencia; en uno de sus dedos ostenta un gran anillo, y toda su persona delata la satisfacción de la buena marcha de los negocios en Buenos Aires. Dentro del coche no hay más luz que el vivo fulgor del brillante del indiano. Pego los ojos a los cristales de la ventanilla. De pronto, un gran relámpago incendia el firmamento en fugaz llamarada. En el espacio iluminado descubro, en rápida visión, un bosque de torres y campanarios coronando la silueta de la solemne, grave, santa y vetusta ciudad del Apóstol.

Entre la luz de las centellas y el fulgurante dedo de mi amigo, llego al hotel, deslumbrado como un murciélago.

Después de cenar y aprovechando el escampo, salgo a la ventura.

Intérnome por la calle Preguntoiro, larga y estrecha, pavimentada de labradas piedras sillares, de manera que toda ella es una acera espléndida. El nombre de la calle que puede traducirse en “lugar de las preguntas” o “preguntadero”, evoca las confusiones multitudinosas de los peregrinajes medioevales, cuando los fieles cosmopolitas, venidos de todos los rumbos de la rosa de los vientos, perdíanse en este dédalo de rúas, parándose, al fin, en esta calle, para que los nativos les orientasen en el camino del sepulcro de Santiago.

Mientras camino por Preguntoiro, contemplando seculares edificios, revestidos por la pátina de los siglos, quiero hacerme la ilusión de que soy también un peregrino; pero al verme sin esclavina, conchas, ni bordón, cubierto por un impermeable y con un vulgar paraguas en la mano, no hay forma de que la ilusión se haga realidad en el espíritu. Recuerdo luego mi viaje por Galicia en trenes y automóviles, en vez de andar sobre míseras sandalias; me acuerdo igualmente de mis baúles, maletas, sombrerera y demás bártulos, tan distintos de las místicas alforjas; acuérdome, en fin, de mi compañero de viaje, el indiano, con quien, en vez de venir rezando con fe ardiente, sólo hemos hablado de la Caja de Conversión; y, claro, no hay manera de sentirse peregrino ni aún en el mismo centro de esta admirable calle de Preguntoiro, cuya pavimentación de granito está alisada y como pulida por las plantas de remotas multitudes de místicos y romeros.

He aquí una de las principales ciudades de la Edad Media, quizá la más famosa del orbe cristiano, después de Roma y Jerusalén. Su magnífico desarrollo se debe a la leyenda del hallazgo de los restos del apóstol Santiago, en el monte Libredon (año 813, según Huerta). El eremita Pelagio presentóse a Teodomiro, obispo de Iria Flavia, puerto próximo a Compostela, y le aseguró que en lo más espeso del bosque se veían luces y estrellas; el más brillante lucero posábase siempre sobre el roble más alto, y de toda la fronda surgían armonías inefables. Acompañado de sus canónigos y de gran séquito, Teodomiro fué al monte y pasó la noche en el castillo de un caballero pariente suyo, llamado España. Desde allí pudo observar la certeza de cuanto afirmaba el eremita. A la mañana siguiente se internó en el bosque y dió con el sepulcro del apóstol, que tenía la cabeza cortada, al lado el bordón y un letrado que decía: “Aquí

yace Santiago, hijo del Zebedeo y de Salomé, hermano de San Juan, a quien mató Herodes en Jerusalén; vino por mar con sus discípulos hasta Iria Flavia de Galicia, y llegó aquí en un carro tirado por bueyes de Lupa, señora de este campo, desde donde no quisieron pasar más adelante”. Así se cuenta el episodio en el “Libro de la Hermandad de los Caballeros Cambeadores”, institución que tenía por objeto facilitar el cambio de moneda a los peregrinos extranjeros.

Según la leyenda, después de predicar en Damasco, Santiago vino a Galicia, donde estuvo siete años; luego pasó a Aragón, Castilla y Andalucía, instruyendo en la nueva fe a los paganos. Al regresar a Jerusalén, halló la muerte, degollado por mandato de Herodes. El grato recuerdo que guardaba de Galicia le induciría a desear que su cuerpo fuese traído a esta tierra. Sus discípulos cumplieron este deseo; embarcaron los restos en Jopa; “impulsada la nave por vientos siempre favorables sobre una mar tranquila, en la que sólo resonaba el alaluya de los sacerdotes”, arribó felizmente a Iria Flavia. Condujeron los restos en un carro hasta las tierras de la señora Lupa, y, en vista de que los bueyes no quisieron pasar de allí, construyóse un hipogeo, donde quedó enterrado el apóstol. Los discípulos dispersáronse por toda España, excepto Atanasio y Teodoro, que se convirtieron en guardianes del sepulcro, siendo también enterrados en el mismo hipogeo cuando les llegó su última hora. De modo que el sepulcro del Hijo del Trueno quedó ignorado por espacio de ocho siglos, hasta que Pelagio, el eremita, guiado por la estrella que se posaba en el roble, comunicó a Teodomiro sus vehementes sospechas de que algo extraordinario se encerraba entre los chaparrales del monte Libredon “cuberto de matas é robres muito furiosas”.

En cuanto se tuvo conocimiento del hallazgo, el rey Alfonso II, el Casto, salió de Asturias, acompañado de toda su corte, en dirección al monte Libredon. Comprobó la existencia de los restos, y, después de grandes solemnidades religiosas, mandó levantar una iglesia. La noticia corrió por toda la península, y el apóstol fué convertido en patrón de España, y su nombre sirvió de grito de guerra en los duros y largos combates contra la morisma. “¡Santiago y cierra España!”

En Roma, en toda Italia, en las Galias, difundióse igualmente la buena nueva del milagroso hallazgo de las reliquias. El Papa

León III dirigióse a todos los obispos del orbe católico haciendo la historia del suceso. Las primeras líneas del histórico documento dicen así: “Sabed, dilectísimos Rectores de toda la Cristiandad, como el Cuerpo del bienaventurado Apóstol Santiago fué llevado íntegro al territorio de Galicia en España”.

Por disposición del mismo León III trasladóse a Compostela la sede de Iria Flavia. Sobre la etimología de Compostela se ha discutido mucho. Según unos, deriva de la voz latina “Campus Stellae” (campo de la estrella); según otros, procede de “Compostum”. La discrepancia, como ocurre siempre, es difícil que sea reducida a términos de avenencia. Los etimologistas y filólogos suelen ser más tenaces en su empeño que los guerreros.

Bajo la advocación de Santiago exaltóse el sentimiento cristiano que mantenía constante lucha con el mahometanismo, reducido, principalmente, a las regiones del Sur. El nuevo templo consagrado al Apóstol avivó extraordinariamente el odio religioso que latía en las mezquitas. Y “San Jacob”, capital de “Jalikijah” (la nueva ciudad de Santiago) convirtiéndose en la obsesión guerrera de Hixen II, príncipe sarraceno al frente del Califato de Córdoba. Para dominar a los cristianos, envió a Almanzor con una fuerte expedición. Logró este ejército árabe cruzar las montañas de Asturias, de las cuales, dos siglos antes, arrojara Pelayo a la morisma. La victoria acompañó a Almanzor, que en su “razzia” o “malón” destruyó la ciudad, obligando a los prisioneros cristianos a trasladar las campanas sobre sus propios hombros hasta Córdoba. Conquistada la capital del Califato por San Fernando, en 1236, los prisioneros árabes las devolvieron a Compostela, llevándolas igualmente sobre los propios hombros.

El obispo Mozonzo, autor de la Salve, la oración más bella, más literaria, del catolicismo, inició la reconstrucción de la ciudad y de la soberbia catedral. Con no menos entusiasmo le sucedió en la tarea el prelado Cresconio. Pero el que consiguió hacer de Santiago la Mecca de la cristiandad fué el gran arzobispo Gelmírez, verdadero hombre de genio, así en el pensamiento como en la acción. Ya he dicho en otra correspondencia que a este monje de Cluny, francés de nacimiento y gallego de adopción, se debe principalmente la creación de la marina de Castilla. Su influencia, como padrino y tutor del

hijo de doña Urraca de Castilla, Alfonso VII, coronado en Santiago, fué muy eficaz para el desenvolvimiento del santuario y de toda la región gallega. En las disensiones entre los reyes de Aragón y Castilla, la acción política de Gelmírez fué la que ejerció mayor preponderancia. Y dentro del orbe católico tenía la autoridad que le daba el haber contribuído de un modo decisivo a que la Iglesia española adoptase la disciplina romana y los usos impuestos en el ejercicio del culto.

Quizá fué ésta una de las causas que más decidieron a los pontífices para afirmar, con su indiscutible autoridad ante la grey católica, la existencia de las reliquias del Apóstol en Galicia. Unido ésto a la influencia de Gelmírez en las abadías de Francia, el milagro se difundió por todo el mundo, y las limosnas y donaciones llegaron de todas partes para continuar la obra de la soberbia basílica de Santiago. “Cuanto llegaban a prosternarse ante las reliquias venerandas — dice uno de los historiadores del templo — detenían el paso en las canteras y, tomando una piedra, colocábanla con sus propias manos en la gran obra”. (Lo mismo que en Luján). “En ella — agrega — trabajaron peregrinos de todos los pueblos de la tierra”.

De todo el universo acudieron en peregrinación los fieles a Santiago. El Papa Calixto II, que visitó a Galicia, siendo a la sazón arzobispo de Viena, nos ha legado una crónica de aquel movimiento de romeros que no superaría hoy el periodista más consumado. “A Santiago van de todos los climas del mundo, nacionales y extranjeros, francos, normandos, escoceses, irlandeses, los del país de Gales, teutones, iberos, gascones, los de la tierra de Bayona, navarros, vascos, godos, provenzales, los de Warsac, lotaringios, catos, anglos, bretones, los de Cornualles, flamencos, frisones, los del Delfinado y de Saboya, italianos, griegos, armenios, dacios, noruegos, rusos, los de Nubia, georgianos, partos, romanos, gálatas, eferianos, medos, toscanos, calabreses, sajones, asiáticos, del Ponto, de la Bitina, indios, cretenses, jerosolimitanos, antioquenos, galileos, sardos, clipriotas, húngaros, búlgaros, esclavones, africanos, persas, alejandrinos, egipcios, sirios, árabes, colenses, moros, etíopes, filipenses, capa docios, corintios, elamitas, de Mesopotamia, libios, cirenenses, de Panfilia, de Cilicia, de Judea, y otras innumerables gentes de todas las lenguas, tribus y naciones, que van por compañías y falanges, y con

acciones de gracias, presentan al Señor sus votos, recibiendo el premio de sus alabanzas. No puede contemplarse sin maravilloso gozo el espectáculo que ofrecen los coros de los peregrinos velando en torno del venerando altar del bienaventurado Santiago. A un lado se colocan los alemanes, a otro los francos, más allá los italianos, todos con cirios encendidos en las manos, de suerte que la iglesia toda brilla como el sol en el día más esplendente. Y allí permanecen todos en vigilia y oración. Unos cantan al sonido de las cítaras, otros al de las liras, otros al de los tímpanos, otros acompañados de flautas, otros de pífanos, otros de trompetas, otros de arpas, otros de violas, otros de ruedas británicas y gálicas, otros de salterios, otros de diversas clases de instrumentos músicos. Unos lloran sus pecados, otros leen los salmos. Allí se oyen los varios géneros de lenguas, las varias voces y cánticos de los extranjeros. Allí se celebra una no interrumpida solemnidad, una fiesta continua, y la preclara festividad no cesa ni de día ni de noche. Nunca se cierran las puertas de la Basílica: las tinieblas de la noche huyen del augusto recinto que resplandece como el mediodía con la espléndida luz de las lámparas y de los cirios. Allí van los pobres, los ricos, los esforzados caballeros, los que combaten a pie, los sátrapas, los ciegos, los mancos, los próceres, los gobernadores, los abades; unos a sus expensas, otros de limosna, unos por mortificación con cadenas; otros, como los griegos, con el signo de la cruz en las manos; muchos llevan al hombro los cerrojos y esposas, de los cuales y de las cárceles de los inicuos son librados por el Apóstol. He aquí la ciudad de Compostela, ciudad sagrada por los sufragios del bienaventurado Santiago, salud de los fieles, alcázar de los que vienen a ella. ¡Oh! ¡con cuánta reverencia debe ser honrado aquel sagrado lugar en el que tantos milagros acaecieron y donde se conserva el sacratísimo cuerpo del Apóstol, que tuvo la dicha de ver y tocar a Dios hecho carne!"

El cuadro del Papa Calixto II no puede ser más completo, y da idea del extraordinario auge que las peregrinaciones cosmopolitas dieron a Compostela en los tiempos medioevales.

A visitar el sepulcro del Apóstol acudieron los santos: San Francisco, Santo Domingo, San Bernardino, San Vicente Ferrer, Santo Toribio, Santa Isabel, Santa Brígida y otros muchos varones que la Iglesia tiene en los altares. Aquí estuvieron, a impetrar para

sus armas el favor de Santiago, los grandes campeones de la Reconquista; aquí estuvo el Cid; aquí vino el Gran Capitán. Y con igual fin arribaron los reyes nacionales y extranjeros; los Alfonsos, Ramiros, Ordoños y Fernandos; los Reyes Católicos, Felipe el Hermoso, doña Juana la Loca, Catalina de Aragón, reina de Inglaterra, Carlos V, Felipe II y Felipe III; Guillermo X, conde de Poitiers y duque de Aquitania; Luis VII, rey de Francia, a su regreso de Palestina; Eduardo I, rey de Inglaterra, que a su retorno de Santiago fué armado caballero en Burgos por Alfonso el Sabio; Teobaldo V y Felipe de Alsacia; Juan de Briena, rey de Jerusalén y emperador de Constantinopla; Raimundo XII, conde de Tolosa; Juan II, rey de Portugal; Manuel el Afortunado y la infanta Leonor; Otón de Franconia, Felipe el Atrevido de Borgoña, Maximiliano y otros muchos cuya lista sería inacabable.

Algunos de los antiguos príncipes duermen el sueño eterno en la catedral. En ella yace también el duque de Aquitania, que murió en el mismo templo. Llegó el noble tan maltrecho de su peregrinación que el pueblo gallego le enderezó estos versos que aún se repiten hoy:

“A onde irá aquel romeiro,
Meu romeiro a onde irá,
Caminho de Compostela,
Non sei síali chegará”.

Llegó el de Aquitania; pero allí se quedó, bajo las losas de la Basílica, próximos sus nobles restos a los del Apóstol que tanto enfervorizara su espíritu.

Para describir la suntuosidad de las fiestas litúrgicas que se celebran en la catedral de Santiago, hemos de recurrir nuevamente a la áurea pluma del Papa Calixto II, con la cual no podrá nunca competir la nuestra. Además, como testigo ocular, produce su estilo la sensación de una crónica actual:

“En la procesión que se celebraba este día en la Basílica de Santiago, caminaba dicho rey (Alfonso VI) vestido con las insignias reales, rodeado de la muchedumbre de caballeros y escoltado por las distintas órdenes de sus guerreros y condes, ostentando en

su mano un argentino cetro, símbolo del imperio español, adornado de flores de oro y otras diversas labores y esmaltado de piedras preciosas de todas clases. La diadema con que el potentísimo monarca, para mayor gloria del Apóstol, ornaba su cabeza, era de oro, decorada con flores de esmalte, adornos cincelados, piedras preciosas relucientes, imágenes de cuadrupedos y aves. Ante el rey era conducida una espada de dos filos, adornada de flores de oro y brillantísimas letras, con el pomo de oro y la cruz de plata.

“Iba delante el prelado de Santiago, revestido de pontifical, cubierto con blanca mitra, calzado de sandalias doradas, adornado de guantes blancos y anillo de oro, empuñando báculo de marfil y rodeado de los demás obispos. Precedíale el clero, que también ostentaba ricos ornamentos. Los setenta y dos canónigos de Santiago vestían capas de seda, adornadas con exquisito primor de piedras preciosas, de nudos de plata, de flores de oro y de magnífico fleco, que pendía todo alrededor, por delante y por detrás. Otros iban cubiertos con dalmáticas de seda, exornadas con admirable gusto de franjas bordadas de oro que pendían desde los hombros hasta abajo. Otros iban lujosamente ataviados con áureos collares, sembrados de piedras preciosas, paños también de oro, óptimas mitras, sandalias ceñidas, cíngulos de oro, estolas bordadas de oro y manípulos esmaltados de perlas. ¿Qué más? Toda cuanta clase de piedras preciosas, todo cuanto hay de rico en oro y plata ostentaban los clérigos del coro: unos llevaban candelabros, otros incensarios de plata; éstos cruces doradas; aquéllos evangelarios de oro, tachonados de piedras preciosas; estotros cajas llenas de reliquias de santos; otros filacterías y cetros cantorales de oro y de marfil con remates de ónix, berilo, záfiro, carbunco, esmeralda u otra piedra preciosa; quienes conducían en carros argentinos dos mesas de plata dorada, sobre las que se colocaban los cirios encendidos que ofrecían los fieles.

“Seguía después el pueblo devoto, a saber: los caballeros, los gobernadores, los óptimates, los nobles, los condes, los nacionales y los extranjeros, todos ataviados con trajes de gala.

“Venían, por último, los coros de respetables mujeres, que vestían sandalias doradas; pieles de marta, de gamo, de armiño o de zorro; túnicas de lana; pellizas grises y mantos, color de escarlata por fuera y varios colores por dentro, y lucían diademas de oro, co-

llares, peinetas, brazaletes, zarcillos, lazos, cadenas, anillos, joyas, espejos, cinturones de oro, bandas de seda, blondas, velos de lino, vestidos de todas clases y la cabellera entrelazada con hilos de oro”.

Perdone el remoto Papa, Calixto II, si hay irreverencia en decir que su magnífica descripción parece más propia de un cotillón que de una solemnidad litúrgica.

El P. Lerchundi, en su “Crestomatía arábigo-española” trascribe la descripción que sobre las riquezas de la catedral de Santiago hace el famoso geógrafo del siglo XII, Ax-xerit Alidrisi: “Esta iglesia, a la que van en peregrinación los habitantes de todas las provincias del Imperio Romano, es la mayor de cuantas existen, fuera de la Casa Santa (Jerusalén). Seméjase a la del Santo Sepulcro en la hermosura de la fábrica, en la extensión de su área y en la cantidad de riquezas y ofrendas piadosas. Pasan de trescientas las cruces, entre grandes y pequeñas, de oro y plata incrustadas de piedras preciosas de varias especies, de jacintos de diversos colores y de esmeraldas. Tiene doscientas imágenes fundidas de oro y plata, y la sirven cien sacerdotes con el correspondiente séquito de clérigos y otros ministros. La fábrica es de cantería y cal, muy sólida, y está ceñida de casas que habitan los sacerdotes seculares, los monjes, los diáconos, los ministros que sirven al altar y los salmistas”.

Menester es decir algo del botafumeiro. Casi está dicho todo señalando que ha sido necesario incorporar al castellano moderno esta palabra gallega para calificar el estupendo incensario. Allá está, colgado en lo alto de la nave central. Gruesas y blancas cadenas — que son de plata me dicen — van desde los muros a las asas del formidable artefacto. Pendiente de estas cadenas que podrían servir, por lo recias, para sostener el ancla de un trasatlántico, el botafumeiro, cuando llegan las grandes solemnidades religiosas, gira en bamboleo a todo lo largo del templo, esparciendo su oloroso sahumero. Juntas todas las perfumerías de París no producirían una sensualidad olfatoria semejante. Parece que en la Edad Media, en la época de las grandes peregrinaciones, la función del botafumeiro era desinfectar la catedral, aventando las miasmas cosmopolitas de peregrinos y romeros.

En 1589 las reliquias del Apóstol, tan traídas y llevadas, vuelven a extraviarse. Esta vez tienen la culpa los corsarios Drake y

Norris. Al acercarse éstos a La Coruña, el arzobispo San Clemente y su Cabildo ocultaron, muy de prisa y en secreto, los restos de Santiago. Trastocóse el lugar y nadie podía dar luego con las reliquias. Felizmente, en 1879, casi ayer, el cardenal-arzobispo, monseñor Payá y Rico, auxiliado por el arqueólogo, señor López Ferreiro, volvió a encontrar los restos. Y en 1884, León XIII, con gran solemnidad, comunicó al mundo cristiano el nuevo hallazgo. Así, pues, el cuerpo de Santiago estuvo extraviado, primero más de ocho siglos, y luego 290 años; pero la constancia tenaz que los gallegos ponen en todas sus obras venció todos los percances que hubieron de sufrir las sagradas reliquias.

La decadencia de las peregrinaciones se atribuye a múltiples causas internas y externas. La Revolución francesa y el espíritu volteriano influyeron no poco en el apagamiento de la fe. Dentro de España, los trastornos políticos, con sus dos guerras civiles y sus múltiples pronunciamientos e insurrecciones, contribuyeron igualmente a que se fuera amortiguando el fervor religioso que llevaba a Compostela las caravanas de peregrinos. Con todo, aún llegan a Santiago numerosos fieles. Según la estadística, el año 1909 concurrieron 140.000, la mayoría españoles y portugueses; el resto eran ingleses, franceses, bávaros, italianos, belgas, suizos y algunos japoneses y rusos. A pesar de la gran merma en el movimiento romero, no es Santiago una ciudad triste. El comercio es activo, y los numerosos estudiantes que acuden a su famosa Universidad y otros institutos de enseñanza dan gran animación a la ciudad, neutralizando la gravedad de su espíritu levítico.

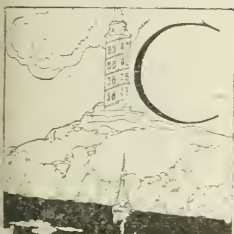
Esta hermosa catedral y los cincuenta templos más que elevan sus torres y veletas sobre el caserío, son la prueba evidente de que la fe no sólo transporta montañas, sino que también las labra, imprimiendo al granito los signos de un arte inmortal. Describir todas las bellezas de estos monumentos es tarea que escapa a los límites de un artículo.





VI

LA CORUÑA, O EL MADRID MARIZIMO



ONTEEMPLADA desde la altísima Torre de Hércules, a cuya cúspide asciendo en la grata compañía de su historiador, el ilustre escritor gallego D. Francisco Tettamancy, parece la Coruña una gran gaviota a punto de posarse en el golfo de los Artabros, un ala extendida sobre el Atlántico, y la otra sobre el mar del Orzán. Me hallo con mi querido amigo y excelente Mentor en el gran faro que corona la eminente Torre, monumento secular de remotísimo origen, “torre fabricada por Hércules Hispalo, o Brigo, reparada por César, provista de un maravilloso espejo que descubría las naves enemigas a una distancia mayor de cien leguas; erigida, según unos, en gracia a una imaginaria beldad, y, en el sentir de otros, para perpetuar la memoria de tres poderosos monarcas y servir de panteón a sus cenizas”, dice en su bella monografía el señor Tettamancy. Fenicia o romana, pues historiadores y arqueólogos discuten el punto, las primeras noticias que existen de la Torre son del siglo IV, y pertenecen a Istrio Aetchico en su antiquísima “Cosmografía”, donde la describe así: “Altísimo faro, obra memorable entre las pocas de su clase, levantándose a tal altura que puede servir de atalaya para observar a Britania”. En el siglo V, Paulo Orosio, discípulo de San Agustín, comenta al citado cosmógrafo en su “Historiarum adver-

sus paganus” admitiendo sus afirmaciones. El señor Tettamancy, gran erudito en la materia, recoge luego las opiniones de Alfonso el Sabio y de los primitivos cronistas de España, desde Florián de Ocampo en adelante, quedando el problema de la fundación en la tupida penumbra de los siglos.

Lo del espejo que refractaba las naves que a cien leguas surcaban el mar, es pura leyenda que ya deshizo en su “Descripción del reyno de Galicia” el licenciado Bartolomé Molina, diciendo que era una llama que se hacía en la torre para guiar a las embarcaciones. Esta llama se ha convertido en el gran faro moderno cuyos poderosos reflectores orientan a los navegantes en este dédalo de rías, donde el mar, el gran monstruo, en actitud de perfecta domesticidad, compete en sereno talante con la suave placidez de las praderas. Desde la Torre de Hércules, el doble panorama terrestre y marítimo es sencillamente soberbio, indescriptible. Doy vueltas en la gran urna de cristal que encierra el faro; en cualquiera de los cuatro costados que me coloque, la belleza del paisaje sorprende el ánimo, y no puedo aprisionar en conceptos la emoción que me embarga. Frente a estos cuadros maestros de la Naturaleza se comprende la razón de la impotencia de los cuadros de la pintura humana. Y es que entre la realidad y su reproducción media la distancia que existe entre el poder creador de la Providencia y el arte frágil y deleznable de los hombres. No es el arte humano, como dice Schiller “la mano derecha de la naturaleza”, pues nada puede agregar la diestra del hombre a lo que el Creador quiso que fuera completo. En Galicia la Naturaleza es ambidextra. Ni la fantasía humana, ni sus medios de ejecución pueden mejorar un cuadro en que por todas partes late el soplo divino. Si los medios de comunicación con la Europa central fuesen fáciles y breves, vendrían en romería a esta imponderable región cuantos hombres tienen el sentimiento de la belleza natural en su máxima magnificencia. Yo creo que en aquellas interminables caravanas cosmopolitas que acudían en la Edad Media a impetrar el favor de Santiago, tanto como el apóstol, influía en su espíritu la atracción del paisaje, evocador del paraíso. El ideal, el paraíso de los bienaventurados, soñaban alcanzarlo con oraciones; el real lo alcanzaban a pie, cruzando toda Europa por riscos y montes, acantilados y arrecifes, hasta que sus plantas penitentes, heridas y maltrechas,

lograban llegar a este verde tapiz de Galicia, bordado por la cenefa del mar disuelto en rías azules.

Mientras pienso en todo esto, mi excelente y culto amigo Tettamancy me va nombrando los risueños pueblos que mi vista descubre. Unos los veo por completo; de otros sólo alcanzo a ver el ejido: Santa Cruz, El Pasaje, Rutis, Cambre, San Pedro de Nos, Betanzos, Sada, Oleiro, la Graña, Pastoriza, valles y collados que ocultan otras villas, haciéndome una pequeña confusión entre los poblados que alcanza mi retina y los ocultos por la fronda. Ruego, por tanto, se disculpe la falta de precisión al nombrar lo que veo desde esta formidable atalaya que en sus cuatro rumbos me presenta tan dilatadísimos horizontes, en una sucesión infinita de paisajes de ensueño.

Encaramado en la Torre de Hércules y en presencia de estos pueblos, mi pensamiento vuela a América, y veo a los hijos de estos valles y de estas playas, dispersos desde Cuba hasta la Patagonia, afanosos y soñadores, “juntando platita” para volver a la arcadia natal. Todo tiene en la vida estrecho enlace. Y así no me parece absurda la ocurrencia que me asalta al suponer que la belleza de Galicia contribuye al progreso de América. No os sonriáis de esta relación. El gallego, bajo la presión de la morriña, anhela volver, atraído por la hermosura de su tierra. Trabaja activamente para realizar su ilusión, y esta acelerada actividad se traduce en progreso americano. Un economista, secamente técnico, no alcanzará a ver esta conexión; pero no dejará de percibirla si, además de economista, es un poco psicólogo. He ahí una nueva objeción a la interpretación materialista de la Historia mantenida por Marx.

Cae la tarde. La puesta de sol envuelve la cúspide de la torre y el faro, que empieza a despedir sus luces, confundiéndolas con los rayos, a la vez fúlgidos y moribundos, del astro. Entre las luces del orto y las del semáforo estamos envueltos en vivísima luminaria. La amplia cámara de cristales en que gira la farola señera es un fanal rutilante. Me parece hallarme circundado de llamas inocuas. Y suspendido a 108 metros de altura que tiene la torre, me figuro, con el faro por aureola y estas múltiples luces crepusculares que me rodean, ascender como los ángeles a la mansión de los bienaventurados. ¡Pobre pecador! Las luces son externas, y sólo con las internas se logra la angélica ascensión.

Descendemos y retornamos a la Coruña. Es una ciudad modernizada, con amplias calles y avenidas nuevas, que cruzan el antiguo Campo de Carballo, punto en que se ha realizado el ensanche de la población. El bulevar que sigue la línea del puerto no tiene nada que envidiar a los mejor trazados en las más adelantadas ciudades europeas. Un largo jardín público se interpone entre los malecones y la edificación. Adornan el jardín bellas palmeras y otras plantas que recuerdan un poco la vegetación tropical. Y entre los árboles, en artística colocación, se ven las estatuas de hijos ilustres de la comarca: Concepción Arenal, Linares Rivas, Pardo Bazán. En el otro extremo de la península que forma la ciudad, está la playa sobre el llamado mar del Orzán. Calles nuevas, anchas, con magníficos edificios, dan paso del puerto al balneario. No tiene Coruña gran significación monumental. El soberbio esfuerzo arquitectónico del catolicismo está en Santiago, separado de Coruña por tres o cuatro horas de automóvil-diligencia, atravesando un paisaje rural encantador. Aparte de la Torre de Hércules, sólo merecen mención, por su antigüedad, algunas iglesias y conventos: la Colegiata de Santa María del Campo, de estilo romano-bizantino; la parroquial de Santiago, bizantino puro, que tiene un magnífico altar mayor; la de San Nicolás; el convento de Santo Domingo, construído por cuenta de Felipe II; el templo románico de San Andrés y otros de menor importancia. Como se ha dicho, Coruña se asienta sobre una península. Según la leyenda, protégela contra las aguas la Virgen del Portal, que se halla en el pórtico de la Colegiata de Santa María del Campo. Y cuéntase que al predicar allí San Vicente Ferrer, orador meridional y tonante, creyendo abundaban con exceso los pecadores, exclamó con tono apocalíptico: “¡Oh, Coruña, tú serás anegada!” La Virgen del Portal agitóse de pronto en su peana y contestó al orador valenciano: “¡No será mientras yo estuviere en este sitio!” Es muy propio del espíritu gallego oponer a la autoridad de un santo la superior de la Virgen. Si San Vicente Ferrer hubiese conocido el carácter polemista de la raza, su habilidad litigante y los recursos de su penetrante ingenio, se habría abstenido de poner en peligro el crédito de sus augurios temerarios. El anatema del hijo del escribano de Valencia no se ha cumplido, felizmente, hasta la fecha, porque la Virgen del Portal,

protectora de la Coruña, evitará siempre que se la trague un maremoto.

El peligro anunciado por el santo no disminuye la alegría de la ciudad. Difícilmente habrá en una misma región tres poblaciones tan distintas, en su modalidad espiritual, como Vigo, Santiago y Coruña. Ya hemos dicho en otra correspondencia que Vigo quiere tener— y lo tiene—cierto aire británico, una fisonomía un poco férrea, cierta gravedad que no se aviene con la tauromaquia jacarandosa—no se aviene en Vigo, aunque se avenga en Pontevedra, a cuyo circo acude;—posee, además, el vuelo negociante de los ingleses y un notorio afán de progreso. Santiago, la ciudad monumental, guarda cierto aspecto levítico, correspondiente a su gran tradición religiosa. Neutraliza un poco este espíritu la algazara de la colonia estudiantil, procedente de todas las regiones españolas, que se educa en sus numerosos centros de enseñanza. No carece, sin embargo, de cierta importancia mercantil, pues debido a su situación geográfica es el centro adonde acude a surtirse el comercio rural de una vasta zona de Galicia. De estas dos ciudades, Vigo, la británica, y Santiago, la levítica, distínguese Coruña por su alegría netamente española y por una encantadora despreocupación del pasado y del futuro, atendida a la dicha del momento presente. La Coruña produce el efecto de un Madrid con puerto de mar. La frivolidad matritense y su humorismo, un poco envenenado siempre, se convierte aquí en una guasa sarcástica, que une a los timos de la corte el gracioso cazarismo de la región. Como en Madrid, es difícil saber de qué vive la gente en la Coruña; pero... vive alegre, con parvedad en la despena y un chiste ágil en los labios.

Debo confesar que en pocas partes he pasado días de mayor contento. A ello han contribuido la belleza de la ciudad, el alegre bullicio de las gentes y el cariño fácil, efusivo y espontáneo de que me he visto rodeado por numerosos amigos, y al cual es tan sensible mi espíritu. Quede en esta columna constancia de mi gratitud. Este buen humor, esta eutrapelia de los coruñeses procede, sin duda, del carácter de su playa y de su veraneo, genuinamente nacional. El cosmopolitismo exterior no ha ahogado con sus costumbres exóticas, como en otras playas, el carácter autóctono. Es un veraneo más pobre, menos brillante y lujoso, pero quizá mucho más divertido. Los

numerosos escritores, artistas y políticos de las provincias gallegas que han pasado el invierno en Madrid, veranean en Coruña y sus contornos. El tópicó de las conversaciones versa siempre sobre la vida española. La literatura, el arte, la política, son los temas constantes. Se ensalza el ingenio y la gracia de otras regiones; hay que oír a estos coruñeses; nadie les gana en sutileza de pensamiento, en mordacidad, en espíritu guasón, en el cultivo del sarcasmo y de la chanza. La Coruña es una de las ciudades españolas en que más se lee. En otras playas veréis a los jóvenes todo el día con la raqueta del "tennis" o la cachava del "golf" en la mano. Aquí, en Coruña, veréis a todo el mundo con un libro o una revista en la mano, inspirándole igual interés la producción en lengua regional que la castellana, porque en Galicia el idioma o dialecto propio — no discutamos — no es, como en otras partes, aislador, una especie de cantón lingüístico que a nadie perjudica más que a los propios acantonados. La causa de mi simpatía profunda por Galicia radica en que sabe hacer compatibles en su espíritu el amor local con el amplio amor a la nación.

Sobre la diferencia de carácter entre Santiago y Coruña existe un hecho histórico revelador. En 1520 reuniéronse en Santiago, en el Convento de San Francisco, las cortes de Castilla, con asistencia de Carlos V. El canciller Gatinara planteó el motivo de la reunión. Quería el emperador que se le prorrogasen por otros tres años los subsidios que le acordaran las cortes de Valladolid. El clero, la nobleza y el pueblo de Santiago eran adversos a esta petición. Lo eran igualmente a que se diesen cargos a los extranjeros, protegidos por el favorito Xievres. Las sesiones fueron una verdadera tempestad, y ni una sola votación fué favorable a los deseos del poderoso monarca. La atmósfera de la memorable asamblea era extraordinariamente levantisca. Los compostelanos, sin temor al poderío del emperador, mantuvieron la negativa con tesón irreductible y brava energía. La sedición estaba a punto de estallar. Ante tal actitud, el monarca se trasladó a la Coruña, donde podía embarcarse y huir si la revolución se producía. Pero su sorpresa fué tan grande como grata al ver que los coruñeses le recibían con todo género de agasajos. Trasladó las cortes de Santiago a la Coruña y obtuvo los anhelados subsidios. Muy agradecido al recibimiento, colmó de mercedes a la ciudad, de-

clarándola puerto libre para comerciar con las Islas de las Especias; libró de gabelas su mercado y autorizó la construcción de una fortaleza. Un mes después, ante la actitud de Toledo, que comulgaba con los mismos principios políticos de Santiago y se disponía a “levantar en rebelión el pendón morado”, Carlos V se embarcó apresuradamente en Coruña, dejando al cardenal Adriano (extranjero) al frente de la regencia.

Esta diferencia de actitud, que, probablemente, en circunstancias semejantes, se repetiría hoy mismo, pinta a los dos pueblos. Para Santiago, la presencia de Carlos V, con su demanda de subsidios para guerras fantásticas que agobiaban a la nación entera, constituía un grave problema político. Coruña vió en el arribo del emperador un motivo de expansiones jubilosas. Las ciudades playeras son siempre menos graves que aquellas de tierra adentro.

Gran parte de este aspecto risueño, tan grato y seductor, que la Coruña ofrece, procede de su edificación moderna, verdaderamente magnífica. No hay una sola casa sin su larga galería de miradores de cristal. Toda la ciudad produce la impresión de un espejo donde reverbera el sol. Los edificios que dan sobre el puerto o sobre el Orzan son atalayas soberbias que nos descubren los más hermosos paisajes de mar y tierra. Como en toda Galicia, el océano ramificase aquí en diversos brazos que se introducen por las concavidades y hendiduras de las montañas, formando con las colinas un armonioso entrecruzado de líneas azules y verdes, en cuyas bifurcaciones, como la araña en el centro de su tela, tenue y ligera, levántanse villas y pueblos rientes, dignos de la musa inmortal de Virgilio. Desde la cama, a través del mirador, veo cruzar los trasatlánticos rumbo a Nueva York o Buenos Aires. Acodados en la borda, distingo a los viajeros, en cuyo espíritu se interrumpe el sueño de opulencias, sustituido por el éxtasis que produce la contemplación del magnífico panorama. Veo igualmente surcado el mar de lanchas y bateles, bravo proletariado del agua, manejando con suprema habilidad sus herramientas: la red y el anzuelo. Por todas partes, en fin, en la pradera azul y en la pradera verde, una raza sana, fuerte, alegre, que vive entre pámpanos y olas, con un arraigado sentimiento local; pero, al mismo tiempo, fundamentalmente hispánico, henchido de sentimiento nacional, unitario, indivisible; una raza en cuyo corazón el rojo de

la enseña patria arde en llamarada de amor a la España grande de los grandes tiempos, a la España decadente de hoy y a la España potente de mañana.

Abandono esta tierra con nostalgia, con un poco de morriña. Llevo para siempre grabada en la retina la hermosura de su naturaleza, y en el espíritu el recuerdo perdurable de una acogida que atribuyo a la efusión bondadosa del carácter gallego y no a mis pobres merecimientos. No será la última vez que acuda a estas playas y a estas praderas, a estos pueblos de ensueño y a estas rías divinas para renovar el placer estético de la contemplación; y al contacto del alma gallega, tan saturada de poesía y noble lirismo, acrecer en mi espíritu de artista su pequeña aptitud para el vuelo...





I

UNA EXCURSION POR NAVARRA—EL BAZTAN

RECUERDOS DEL CARLISMO



QUIERIA huir del ambiente político, cada vez más confuso, y de la cuestión marroquí, tan ingrata en todos sus aspectos. Abierto el parlamento, dejo al cable la misión de transmitir las revelaciones de los representantes del país. Lo que yo pudiera agregar como ilustración a las versiones telegráficas, no sería más halagador. Y como no sé, ni quiero, aderezar con sofismas la realidad, prefiero abandonar el tema. Nunca olvido, por otra parte, que el estado espiritual de los nostálgicos y añorantes no es el más apropiado para digerir una dosis de verdad total.

Así, pues, decido ir a buscar impresiones más agradables en la Naturaleza, en los bellos paisajes de esta península hermosísima y en el seno de la población rural, en las pintorescas y laboriosas aldeas, donde, a pesar de la deplorable política central, una constante y silenciosa acción progresista está creando una España nueva y floreciente.

Y elijo la fuerte Navarra como lugar de mi excursión. Por las vertientes de los Bajos Pirineos, siguiendo las márgenes del poético Bidasoa y acompañado por el rumor sonoro de su corriente, desde su desembocadura en Fuenterrabía hasta sus puras fuentes iniciales en los montes de Otamburdi y Otsondo, me he internado en el antiguo reino, en cuyas montañas y llanuras, entre gentes de claro carácter, recia voluntad y acerado músculo, he pasado diez días que dejarán perdurable recuerdo en mí memoria.

Fuerte navarrada que moras en la Argentina: no esperes, en las correspondencias que van a seguir, una evocación total de tu tierra, con sus montañas abruptas y brumosas, de picos convivientes con los astros, y sus llanuras soleadas, plenas de luz ardiente; no esperes un análisis hondo de los dos tipos navarros, del morador de las cumbres y del habitante del llano, del que sólo habla vascuence y del que sólo español habla, tipos tan distintos y originales; no esperes la revelación puntual de un carácter tan vario, de una psicología tan opuesta, de unas costumbres tan heterogéneas. Conténtate con un breve diseño que te sirva para reconstruir la imagen de tus lares, auxiliado en la evocación por los propios recuerdos de tu niñez. Te hablaré del dulce Baztan y de sus palomeras; del puerto Velate; de Roncesvalles y su Colegiata; de Carlomagno y Roldán; de las cumbres de Ibañeta y de la Pipa de Napoleón; de las umbrías y desfilaros de Salazar, y del Irati y del Roncal y de Gayarre, al pie de cuya tumba he pasado una hora conmovido; te describiré las obras que dejó a su aldea natal aquel cantante eximio que, a la vez, tuvo de oro la garganta y el corazón; te hablaré de las grandes explotaciones de los bosques pirenaicos, iniciadas con capitales procedentes de Buenos Aires; aludiré al progreso extraordinario de las industrias eléctricas en toda la región; al adelanto de Pamplona, que acaba de derruir sus vetustas murallas, defensoras de los sitios sufridos y teatro de cien combates; te hablaré, en fin, de la creciente prosperidad del campo y de las zonas hortenses. Ordenemos las impresiones, llevándolas de la retina a la pluma. Manos a la obra.

Un fuerte automóvil me conduce. Las cuestas que ha de trepar requiere que sean muchos y bravos los caballos que botan en ex-

plosiones dentro del motor. La carretera es dura, limpia y magnífica, como todas las del país vasco; pero su trazado entre riscos y precipicios exige un "chauffeur" de buena vista y cabeza aplomada. Mis recomendaciones son incesantes, sintiendo cuán profundo es en mí el espíritu conservador. Lamentable es que uno se descalabre por el propio vértigo de la velocidad; pero lo inadmisible es ser víctima del vértigo de otro. Le hago al "chauffeur" algunas reflexiones en que le demuestro que, caso de ser víctima de su locura, bastará que me quede útil el índice, el dedo del gatillo, para acabar con su vértigo, si en el hipotético accidente saliera mejor librado que yo. Mi poca afición al automóvil dimana de la necesidad de poner estos prólogos a todas mis excursiones.

Al pasar Behovia, los primeros montículos cierran nuestra comunicación con el tráfago de la frontera irunesa. La carretera sigue, como sobre una cornisa de pedernal, las revueltas del río, que en millares de centurias, con persistencia eterna, hendió canchales y rocas para abrirse cauce. No existe en la naturaleza ningún organismo que tenga la constante vitalidad de un río. Nada más interesante que verle vencer dificultades; busca los puntos de menor resistencia, elude unos escollos, arremete contra otros; se remansa para crear fuerza y lanzarse sobre los obstáculos que no puede evitar; halaga a los fuertes con el beso de sus ondas ligeras; se lleva por delante a los débiles; brinca, se aquieta, según las circunstancias; da rodeos, marcha de frente; nada de cóleras inútiles; nada tampoco de suavidades innecesarias. El ejemplo vivo de un río nos enseña, en fin, a luchar en la vida mucho más eficazmente que el mejor texto de filosofía.

Vamos hundidos en profundos barrancos; a uno y otro lado, levántanse enhiestos cerros desnudos de vegetación; los bosques empiezan más arriba; hay en el ámbito un silencio imponente, que sólo interrumpe, de trecho en trecho, el rumor del Bidasoa al saltar por encima de algún peñasco. La excelente acústica de la bóveda pétrea repite los ecos de la corriente. Es un paisaje grave, adusto, religioso. Marchamos como colgados de una cinta; abajo, a pico, veo el hilo azul del río; arriba, peñascos inclinados sobre nosotros, que asumen formas de una estatuaria natural y formidable; colosales frailes en oración, vírgenes enormes, oradores en actitud de iluminados, algún carlista con un risco plano por boina. Un pequeño desvío del auto-

móvil y . . . ; hasta el valle de Josafat, donde, si recobramos el mismo cuerpo que nos deje el accidente, valdrá más renunciar a tan desdichada reintegración!

Pasamos por Endarlaza. Un rústico monumento recuerda los veintidós carabineros fusilados por el feroz cura Santa Cruz. Sobre una gran piedra cruciforme están inscriptos los nombres de los desdichados, testimonio histórico de la barbarie de las guerras civiles. Mi sentimiento liberal y antiborbónico, en sus dos ramas, me lleva la mano al sombrero . . .

Cruzamos por Vera, la villa fundada hace diez siglos por los hijos de Ramiro I. El Bidasoa ofrece aquí un salto que es aprovechado para producir fuerza motriz y mover los martinets de una antigua ferrería, o fábrica de hierro. Un recuerdo personal me hace contemplarla conmovido. Un obrero, emigrante francés, procedente de las fraguas de Olorón, empezó por esta ferrería a labrar hierro español. Era mi padre. Desde el automóvil veo los martinets, los hornos, el hierro rojo, las llamas y los hombres negros y sudorosos entre las chispas; y al evocar el recuerdo del emigrante bearnés en las tierras de la Navarra española, atribuyo a las virtudes de fortaleza y bondad que me transmitió aquel obrero, domador del hierro, las aptitudes de luchador para, emigrante como él a mí vez, lograr un puesto modesto, pero bien ganado, en las duras luchas por la doble conquista del pan del estómago y del pan del espíritu. Querido progenitor: por aquí pasa, transido de emoción indefinible, tu descendiente, que ha cambiado las tenazas del ferrón por la pluma del escritor, acaso no menos tirana; pasa evocando tu santa memoria; y al ver a tus colegas de martirio entre el fuego de las fraguas y el hierro caldeado y rusiente, ríndete, con lágrimas silenciosas, gratitud enternecida por el trabajo cruel y brutal que te costara sostener sus primeros pasos en la vida.

Vera está lleno de recuerdos de las guerras fratricidas. Por aquí entró, en mayo de 1872, don Carlos de Borbón, nieto de aquel otro Carlos que en la primera guerra entrara por Urdax, pueblo situado más arriba. El segundo pretendiente procedía del Oleta (frontera francesa) y llegaba por el camino del caserío de Morkotzenborda, levantando gente adicta. Después de la derrota de Oroquieta volvió a pasar, fugitivo, por Vera, para internarse en Francia.

En los recuestos y pequeños valles tiéndense las aldeas que forman Cinco Villas (Aranaz, Sumbilla, Lesaca, Echalar, Yanci). Constituían, en tiempos antiguos, una especie de republiqueta a quien el reino de Navarra, propenso siempre al régimen autonómico, concedía fueros y privilegios. Aun quedan en sus costumbres y en su organización restos de su espíritu independiente.

Y llegamos al hermosísimo valle del Baztán. Las montañas se abren aquí en un anfiteatro de bellas y florecientes praderías. Los cerros, poblados de hayas, castaños, robles, nogales, pinos, abetos, rodean el valle en cuyo fondo, junto a los regatos murmuradores, se levantan los pueblos, blancos, limpios, destacándose, aquí y allá, los "chalets" de los indianos. Se compone el valle de catorce lugares: Elizondo, (la capital), Errazu, Arizcun, Azpilcueta, Elvetea, Lecároz, Garzain, Irurita, Arrayor, Oronoz, Ciga, Aniz, Berroeta y Almandoz. Todos estos pueblos pertenecen a un solo término municipal, sin deslindes entre unos y otros, regidos como una república patriarcal. Las antiguas leyes del fuero baztanés consignaban el principio de que la tierra sólo pertenece al que la cultiva. Los hijos del Baztán son todos aristócratas; tienen derecho al uso de las armas del valle, que son un tablero de ajedrez, concedido por Sancho el Fuerte. La concesión tiene este origen: al comenzar la batalla de las Navas, los soldados baztaneses fueron sorprendidos por los moros jugando a las damas; pero, rehechos, con la agilidad propia del vasco, empuñaron las armas y derrotaron al enemigo. Y entonces Sancho VIII, el Fuerte, rey de Navarra, ennobleció a todos los baztaneses de un sólo golpe. Así, pues, cuando veais un tambo en Cañuelas, y ordeñando a un baztanés, tened en cuenta que puede poner sobre la puerta del rancho, como se ve aquí, en las casitas de la montaña, un tablero de ajedrez, testimonio de su nobleza. El baztanés nace noble por eterno mandato de don Sancho. Baztán es palabra vascuence, "bat-an", en su primitiva forma, que viene a significar "todos una calidad", nombre que tomó el valle después de la batalla de las Navas. Platón, en su República, quiere que los ricos sean todos igualmente ricos, es decir, que no haya, dentro de los ricos, unos más ricos que otros. El Baztán, en punto a distinción social, ha resuelto el problema con arreglo a los principios platónicos: todos son igualmente nobles; todos tienen su tablero de ajedrez.

UNA EXCURSION POR NAVARRA

Lope de Vega, en su "Jerusalén Conquistada" alude a esta hidalguía general, al cantar las hazañas de los baztaneses capitaneados por don Enrique de Bazán:

Cien soldados navarros le seguían
Del Valle del Baztán, hidalgos todos,
Que por derecha línea descendían
De la primera sangre de los godos;
Caballos ferocísimos rugían,
Y aunque con armas de diversos modos
Mostraban los escaques de los sayos
Que del sol de Bazán se llaman rayos...

Los escaques son las casillas cuadradas del ajedrez; de manera que ya en la conquista de Tierra Santa, los baztaneses, aun siendo soldados rasos, llevaban en sus sayos el tablero, símbolo de su nobleza colectiva. Bueno es advertir todo esto a los criollos. Así, cuando por alusión a toda bulla estrepitosa, digan: "parece una fonda de vascos" tendrán en cuenta que, si son baztaneses, se trata, no de plebe alegre y democrática, sino de una reunión de aristócratas que tienen derecho a llevar estampado en el chiripá y en el mismo tarro un tablero de ajedrez. Yo saludo en esta cuartilla, escrita en una pradera del Baztán, a la numerosa, fuerte, simpática y noble clase tamberil—noble en sus dos acepciones—que a la hora de la aurora recorre en sus pingos las calles de los pueblos pamperos, repartiendo la nutrición matinal y algún tentón furtivo a las chinas que salen a los umbrales.

Solicitan igualmente la atención el paisaje, los recuerdos de las terribles guerras carlistas y el movimiento emigratorio. Altas hileras de chopos y fresnos acotan los prados en que pacen florecientes ganados, pastoreados desde las mismas ventanas de las casas. Aquí está la mejor escuela de los futuros tamberos. Aparte los pequeños núcleos urbanos, el caserío se halla disperso por laderas, ribazos y montes. En este aislamiento, en esta soledad, se educa y fortalece el espíritu para soportar luego, sin aflicción, el alejamiento en los desiertos americanos, solo y fuerte, sirviendo de guía a la

civilización, que tal ha sido el vasco en las pampas, para aparecer, tras media centuria de lucha, morador en palacio de la avenida Alvear, con un formidable latifundio de un centenar de leguas pobladas de rebaños, fuerte y sano viejo, abuelo de hermosas nietas, a cuya belleza y estancias rinden culto ferviente los jóvenes doctores.

Se me agolpan a la mente las relaciones en presencia de este Baztán, de este almácigo de la mejor emigración pastoril a Sud América y a las regiones ganaderas de Estados Unidos, especialmente a las cabañas de California. Los baztaneses se distinguen con dos términos vascuences: en "caletarras" (puebleros) y "baserritarras" (habitantes del monte). Generalmente, el éxito en la emigración corresponde a los segundos, a los que más aislados han vivido. Los que van a County Nevada y otros puntos de los Estados Unidos, retornan pronto con pequeñas fortunas; no suelen hablar inglés, pues entre ellos, allá, en los campos de California, siguen entendiéndose en vascuence. Las fortunas mayores proceden de la Argentina y Méjico. Los ricos que retornan despiertan la ambición en todo el valle y son, con su sola presencia, los mejores agentes de emigración.

En toda la comarca se guarda memoria de los progenitores de americanos ilustres. En una ladera, aislado, me enseñan el caserío del ascendiente de don Bernardo de Irigoyen (este "de" viene del tablero de Don Sancho el Fuerte). Es un caserío vetusto; modelo de la clásica arquitectura vascongada. A corta distancia, en otra ladera, igualmente aislado, está el caserío de Errázuriz, el fundador de la brillante familia chilena de este apellido. Y pasando las alturas de Velate se halla el de Anchorena. Contemplo el de Irigoyen, y me parece que el carácter grave, la austeridad y el fuerte espíritu de don Bernardo participaban algo de este paisaje solemne, lleno de un extraño vigor religioso.

No es posible pasar por estos montes y valles sin evocar al punto las campañas carlistas. La imaginación ve por cerros y laderas las boinas blancas y las boinas rojas de los guerrilleros. He ahí Azpilcueta, al pie de la montaña Achuela; es una aldea sumida en profundo reposo. Al estrépito de las armas ha sucedido un sosiego

aplaciente. En sus calles vivaqueó José Bonaparte la última noche que pasó en España. Pepe Botellas, el rey burgués, se despidió desde esta aldea del reino que le diera el genio de su hermano. He ahí Peña Plata, baluarte del carlismo, tomado por Martínez Campos, la espada de la funesta Restauración. Los fuertes están derruidos; la yerba cubre las ruinas en que pacen tranquilas las ovejas. A mí memoria acude el canto de los auxiliares de Bilbao, la ciudad de los sitios:

“No llores que no vamos
 A Peña Plata, niña;
 No llores que no vamos
 Los auxiliares a las guerrillas.
 ¡Fuego, fuego, soldados valientes,
 Fuego, fuego, energía y valor,
 Fuego, fuego, que son los caribes,
 Defensores de la inquisición!...

Por todas partes existen huellas evocadoras de las dos guerras. La primera, sobre todo, fué terrible. He ahí los desfiladeros de Oronoz, donde Zumalacárregui, el primer genio militar español, deshizo las fuerzas del ayacucho Rodil y, poco después, las del prócer de la independencia española, Espoz y Mina. Había una gran nevada, y el general carlista le desbarató todo su ejército entre los ventisqueros de Oronoz. Espoz y Mina, hombre de energía indomable, era ya muy viejo; sufría del estómago y, para nutrirse, llevaba en su impedimenta dos burras de leche. Al ganar el hondo barranco, los carlistas pudieron hacerle prisionero; pero Zumalacárregui se opuso: “No — dijo; — causaría mal efecto capturar al caudillo de la independencia; en cambio le quitaremos las burras”. Espoz y Mina pudo llegar medio muerto de hambre a Pamplona.

La vista de Lecároz me estremece. Aquí ocurrió el episodio más cruel de la primera guerra. Llegó a este pueblo, después del desastre anteriormente narrado, Espoz y Mina, quien no podía tolerar que la comarca fuese favorable a la causa carlista, ocultando a sus guerrilleros. La indumentaria del general era muy curiosa; montaba una mula torda, aparejada a la española, con los estribos de fraile; “vestía—dice Mañé y Flaquer—capa parda, sobre una casaca

civil, y un chambergo redondo, puesto sobre un pañuelo de colores liado a la cabeza”. Salieron a recibirle los viejos del pueblo, pues todo el elemento joven estaba en las filas carlistas. Preguntóles, en vascuence, dónde se ocultaban los facciosos y las armas; los pobres viejos respondieron que no sabían. Sin más trámite, el violento general los quintó: ¡de cada cinco fusiló uno! Y en seguida, con grandes teas, quemó el pueblo, reduciéndolo a cenizas. Los carlistas, refugiados en pajares, establos y desvanes, murieron quemados; “los fusiles candentes estallaban en sus manos” — dice un historiador. Una escena horrenda. Lo mismo hizo en un pueblo de Cataluña, en Castellfullit, sobre cuyas cenizas puso este cartel: “Aquí fué Castellfullit; facciosos, tomad ejemplo”.

Espoz y Mina no podía tolerar que, siendo él navarro, no fuera liberal toda Navarra. Hoy Lecároz, resurgido de sus cenizas, es un bello y próspero pueblecillo, entregado a las faenas pastoriles; sus habitantes, biznietos de mártires, conservan a la causa carlista esa adhesión sentimental que forma tradición en las familias donde algún ascendiente sufrió duro tormento.

Antes de llegar al Baztán se halla Zugarramundi, célebre por el proceso de brujería a que fué sometido por el tribunal de la Inquisición. Es un lugar áspero y abrupto, con una vegetación de jarales, oscuros abetos y cipreses; varios torrentes circulan entre los peñascos. Allí está el monte Aquelarre, de terrible leyenda demoniaca. Aquelarre es un vocablo vascuence incorporado al castellano: “aquer” (cabrón) y “larre” (prado). Pero el verdadero y primitivo nombre de este lugar era Berroscobero. Un aire de locura se apoderó del espíritu de los habitantes en aquellos remotos tiempos. Llorente, en su “Historia de la Inquisición”, habla extensamente de las fantásticas escenas de brujería, maleficios, sortilegios y hechicerías que se realizaron en este famoso lugar. Aquellas gentes sufrieron las más absurdas alucinaciones. El sitio no puede ser más apropiado para habitáculo del diablo. Algún día describiré sus fechorías en este rincón del Pirineo. Pasemos ahora de largo, haciendo, para espantarle, la señal de la cruz.

El Pirineo, en sus dos vertientes, española y francesa, está ahora lleno de cazadores. Es la época de la pasa de las palomas tor-

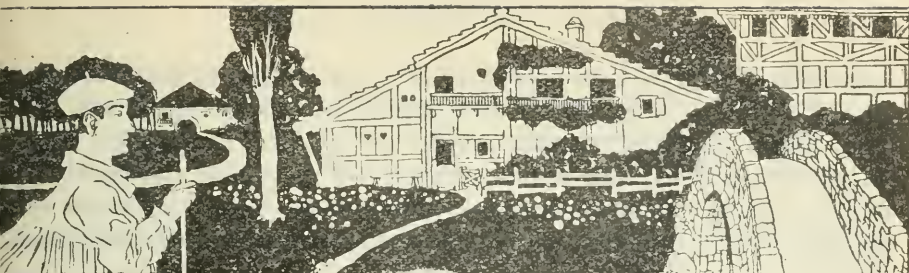
caces. De toda Europa, desde el fondo de Rusia, cruzan por estas cumbres, rumbo a Africa, a invernar en aquel clima tibio. Ellas realizan la verdadera "penetración pacífica"; se cuelan en Africa sin sentir, ni atenerse a ningún pacto internacional.

Por todas partes escuchamos tiros que nos producen la sensación de haber estallado una nueva guerra carlista. En unos puntos, como Sara y Echalar, las cazan con redes, en su paso por las gargantas de las montañas. Para salvar las cumbres, su vuelo ha tomado en las llanuras de Francia extraordinaria altitud. Cruzan en bandadas, llevadas de su sentido gregario, que es el fundamento de todas las solidaridades. Unas caen ahorcadas entre las mallas de las redes; otras, aliquebradas por el perdigón, andan por el suelo con su pasito menudo y pueril, contraste grotesco con la rauda y gallarda velocidad del vuelo perdido. Ante este drama de las alas perdidas, acaso sean insignificantes todas las tragedias de Shakespeare. Los gansos no comprenden este drama sin igual, porque una larga tradición de materialismo y servidumbre ha hecho que la raza, en su convivencia con el hombre, haya olvidado el goce inefable de reinar en el aire.

Sólo una mínima parte de las emigradoras perece en el paso. El grueso del ejército alza su vuelo en forma inasequible a los instrumentos mortíferos. Los cazadores están escalonados en las cumbres; entre las ramas de las más altas hayas construyen su choza de espera, soltando desde allí sus perdigonadas.

Cruzan por el Pirineo otras muchas especies de pájaros. Un ideal común mueve a los emigrantes alados. Es el mismo que produce los éxodos humanos: mejorar de situación. Para el pájaro, emigrar es un acto periódico y normal que le permite gozar de las mejores estaciones y nutrirse con las mejores cosechas. Para el hombre, hijo de una raza, adherido a una historia y trabado a seculares tradiciones, la emigración siempre le produce indefinible angustia. Algo se desgarrá al partir, algo que nunca se anudará.

Alcanzamos las alturas del puerto de Velate. Cubierto de nieve lo más del año, existe allí un ventorro solitario, construído sobre las ruínas de una iglesia de los antiguos templarios. Por aquí entró el mariscal Sault para bajar a Pamplona. Sigamos sus huellas, descendiendo la pina cumbre, camino de la capital de Navarra...



II

PAMPLONA

LOS DOS TIPOS NAVARROS

EL ESPIRITU INDEPENDIENTE DE LA REGION
ORIGINALIDADES DE LOS ANTIGUOS FUEROS



IN novedad alguna, orgánicamente íntegros, hemos descendido de las alturas del puerto Velate. Cerrada ya la noche, penetramos en Pamplona por Burlada, el pueblo de Eslava, cuyas pautas musicales instruyen a toda España en los secretos de la armonía.

El día ha sido espléndido, y le sucede una clara y tibia noche otoñal; en el cielo arde vasta luminaria. En el espacio, sobre la masa de la edificación urbana, distinguo airosos campanarios y chapiteles. Ciudad de santos heroicos, predicadores y mártires en las antiguas Galias, los templos pamploneses evocan perennemente su memoria.

Una cintura de montañas rodea la capital, situada en el centro de Navarra, a orillas del Arga, en una extensa cuenca, rica en frutos hortenses. En último término se destacan los cerros, unos azules,

con el tono de la pizarra; otros oscuros, con la tupida hojarasca del abetal y de los hayales; allí San Cristóbal, famoso en ambas guerras civiles; Sarasa, Irurzun, Andia, Asian, Dos Hermanas, Belascoain, Gazolaz; parecen dioses tutelares de la ciudad, concepto que nos corrige la historia, recordándonos que desde esas cumbres fue muchas veces acechada, desde Carlo-Magno hasta Zumalacárregui, en todo el curso de los siglos, la vida de la heroica capital de Navarra.

Los historiadores disienten sobre el origen de Pamplona. De su primitivo nombre, Pampelón, deducen algunos que fué fundada por Pompeyo; pero, parece averiguado que ya existía en tiempo de los romanos. Pompeyo se limitaría a darle su nombre. El príncipe de Viana, que tanta importancia tiene en la historia de los antiguos reinados, sostiene que Pamplona se llamó Santsueña y fué fundada por Wamba, que no pudo lograr se llamase Wambalona, sin duda por la ojeriza constante que los antiguos bascones tuvieron a godos y visigodos. Por último, tiene Pamplona un bello nombre vascuence, Iruña, corrupción de Irunia, (“a tres” o “de tres”), nombre que tomó al reunirse los tres burgos, la Navarrería, San Cernin y San Nicolás. En todo lo largo de la Edad Media, estos tres núcleos de la primitiva población, que tenía cada uno sus fueros propios y autoridades independientes, con atrincheramientos y fortificaciones de calle a calle, sostuvieron terribles luchas. La Navarrería estaba poblada por antiguos bascones, y San Cernin por franceses. Sancho el Fuerte y el arzobispo Aspárrogo consiguieron que hicieran un pacto; pero, al poco tiempo, se rompió, reanudándose la guerra de exterminio. Por fin, Carlos el Noble logró pacificar y unir los tres núcleos. Y de entonces parece que data el nombre de Iruña, concepto vasco-navarro significativo de unión.

La cristianización de Navarra vino de Toulouse. Sus propagadores principales fueron Honorio, Honesto y, sobre todo, San Cernin, contracción de Saturnino, a quien los bascones llamaban Jauna-Donno-Satordi. Con sus ardientes predicaciones convirtió en Navarra a cuarenta mil idólatras, entre ellos al aristócrata pamplonés Fermín, que es el santo patrón de la ciudad. San Cernin, o San Saturnino, fué, juntamente con San Dionisio Areopagita, un esforzado difusor del Evangelio en las Galias. De retorno en Toulouse sufrió

martirio, atado a la cola de un potro indómito. El navarro, San Fermín, convertida ya Navarra, siguió el ejemplo de sus maestros; recorrió Aubernia, Picardía, Normandía, Países Bajos; fundó numerosos templos en las Galias. El pretor Valerio le persiguió sañudamente. Ante la entereza del santo pamplonés, el sucesor de Valerio ordenó su decapitación. Pamplona rinde ferviente culto a estos evangelizadores, especialmente a San Fermín, santo familiar, gloria del cristianismo, cuya vida, llena de activa santidad, constituye para todos los navarros un ejemplo de virtudes. En 1597, Felipe II hizo trasladar los restos de San Fermín desde Amiens a Pamplona.

Pero abandonemos los tiempos antiguos para fijar nuestra atención en la realidad circunstante. Por todas partes observo signos de progreso. La hulla blanca, o corriente fluvial recogida en las vertientes y torrenteras de las montañas, suministra energía a numerosas industrias de Pamplona y pueblos comarcanos. En una próxima correspondencia he de ocuparme del extraordinario desarrollo de las industrias hidroeléctricas.

Ahora limitémonos a Pamplona. Ceñida hasta hace poco por un cinturón de murallas medioevales, su expansión era punto menos que imposible. El viejo caserío estaba como aprisionado por la fortaleza que le rodeaba en todo su perímetro. La ciudadela era la mayor de España. Hízola construir Felipe II sobre el modelo de la existente en Amberes. Desde hace mucho tiempo, los pamploneses gestionaban el derrumbamiento de las murallas que sólo tenían el valor de una antigualla arqueológica. Pero el Estado, cuya misión principal en España estriba en contrariar a los pueblos y entorpecer sus anhelos de progreso, no acababa de resolver el expediente: “informe éste”, “informe el otro”, “informe el de más allá”. No era necesario que informase nadie, pues todo el mundo sabía que las murallas no servían para nada. En la última guerra carlista se demostró su inutilidad; la ciudad podía dominarse desde los cerros y montículos inmediatos. Pero eran necesarios los informes, demorados, lentos, inacabables. Por fin se obtuvo la autorización, y las murallas seculares fueron derruidas en pocos días, con la celeridad de los prisioneros

en derribar las paredes de su cárcel. El movimiento de expansión se halla en este momento en todo su auge. Los solares correspondientes al lugar en que estaban las murallas se venden entre 50 y 70 pesetas el metro. Y por todas partes se levantan "chalets", casas y fábricas, se trazan calles y se emprenden obras de urbanización que han de transformar en breve plazo el aspecto de la vieja capital del histórico reino.

Gústame, cuando visito una ciudad, salir a la ventura, sin designio, ni plan determinado. Las impresiones son así más vivas, y las observaciones más espontáneas y justas, exentas de prejuicios. Enderezo por el paseo de Valencia, la principal avenida de la ciudad, en que se levantan magníficos edificios. Sigo luego por el bello parque de la Taconera (hoy de Sarasate); desde la tapia que, a manera de balcón le pone término, se descubre el vasto panorama del valle o cuenca en que se asienta la ciudad: es un campo ondulado de excelentes tierras de labrantío, que rinden, con la aplicación de los abonos químicos, pingües cosechas. En el trayecto he tropezado con el Monumento a los Fueros. La noche me excusa de referirme a su valor artístico. Sólo diré que su masa es colosal, revelándose en esta grandiosidad el amor de los navarros a sus instituciones y la tenaz resolución de su espíritu para defenderlas. Se levantó con motivo del intento de un ministro — creo que fué Gamazo — de cercenar el régimen especial que goza Navarra dentro del Estado español. La protesta de la región, en cuyo espíritu revivió el antiguo reino, fué formidable. Desde entonces, nadie se ha atrevido a tocar el problema. En estos días, el señor Cambó, autonomista catalán, ha querido restringir la autonomía que, por un concierto económico, tienen las provincias vascas, Alava, Guipúzcoa y Vizcaya. La actitud de los vascos ha sido de tal naturaleza que el ministro de Hacienda se ha apresurado a dar toda clase de explicaciones, afirmando que la autonomía no será cercenada.

Tanto los navarros como los vascos no se niegan a los aumentos en la tributación que sean justos. A lo que se niegan de una manera absoluta es a que el Estado y su burocracia intervengan en su administración. Los navarros y los vascos se administran de una manera impecable, correctísima. De la excelente inversión de sus rentas dan idea sus admirables carreteras, las mejores, sin disputa, de toda

LOS DOS TIPOS NAVARROS

Europa, a pesar de su trazado difícil, entre montañas y peñascos. Vascos y navarros creen que toda su obra administrativa sería un desastre en manos de la burocracia central, y con airadísimo gesto rechazan su intervención.

Al Estado le es muy difícil responder con razones convincentes ante el ejemplo evidente de una administración modelo. Será punto discutible si en un país unitario puede existir un régimen de excepción en dos regiones; para dilucidar este problema tendríamos que entrar en el proceso histórico de la formación del Estado español, labor que no es de este momento, ni de este lugar. Pero lo que no admite discusión es que (aparte el respeto a los pactos entre el Estado y las dos regiones) no se debe, en nombre de un principio político abstracto, sustituir una administración excelente por una detestable.

Entro en la plaza del Castillo, quizá la mayor de España. En sus porches o soportales están los principales cafés. En todas partes oigo hablar de negocios, de construcciones en el ensanche, de especulación en solares y, sobre todo, de aprovechamientos de energía hidráulica para producir fuerza eléctrica. Simultáneamente, la realidad y la historia solicitan mi atención. Esta plaza evoca en mi memoria uno de los episodios más truculentos de la primera guerra carlista. Aquí fueron asesinados por sus propias tropas el general Sársfield y el coronel Mendivil, jefes cristinos, o liberales. La sublevación se debió a las mismas causas que motivaron las de Miranda, Hernani, Vitoria y Gayangos. El ejército estaba trabajado por las luchas de los partidos políticos; el progresista y el moderado, que se disputaban los altos puestos de la jerarquía militar. Espoz y Mina pertenecía al moderado y Espartero al progresista. En aquella época la vida política estaba regida por las sociedades secretas, distinguiéndose por su espíritu subversivo y conspirador la llamada "masonería del rito escocés", a la cual se atribuyen las sublevaciones mencionadas. En Pamplona se hicieron dueños de la situación los sargentos. El general Sársfield fué arrastrado por la plaza del Castillo. El caballo, que andaba dando botes por el empedrado, fué también matado junto al general. Espartero castigó de una manera ejemplar aquellos excesos: fusiló al jefe de la brigada, al comandante y ocho sargentos; la tropa fué diezmada. Igual actitud asumió

en Miranda. Iba al frente de un gran ejército camino del Pirineo. Al observar cierto espíritu subversivo, mandó hacer alto y fusiló a un coronel y varios jefes subalternos, continuando impávido la marcha.

De los edificios de Pamplona merecen mencionarse la catedral, la basílica de San Ignacio, construída en el mismo lugar en que cayó herido Loyola; la iglesia de San Cernin y la Diputación, construcción moderna esta última, en uno de cuyos salones se ven de cuerpo entero, imponentes y solemnes, los retratos de los treinta y dos reyes de Navarra, en actitud de cumplir y hacer cumplir "los sacrosantos fueros", como aquí se dice. La catedral, comenzada por Sancho el Mayor en 1023 y terminada en 1101, se hundió y fué reconstruída por Carlos el Noble. Un hermoso pórtico corintio forma la fachada; en sus extremos y en tamaño natural están las estatuas de San Saturnino, San Fermín, San Francisco Javier y Honesto. Magnífica es la sillería del coro, de estilo Renacimiento, labrada en boj y roble de Inglaterra. Un túmulo de piedra representa a Carlos el Noble y la reina Leonor, ambos con manto real y corona; sobre los almohadones en que reposan las augustas cabezas, se lee: "Bone foy, bone foy". El rey apoya sus pies sobre un león y la reina los suyos sobre unos lebreles. Veintiocho monjes y plañideras de alabastro oran y lloran en torno. En el claustro, que es soberbio, se halla el sepulcro de Espoz y Mina, con esta leyenda en el frontispicio: "Navarra a su esclarecido hijo Espoz y Mina". Durante muchos años, la condesa de la Caridad, su esposa, por medio de una autorización especial, conservó en su casa el cadáver del héroe de la independencia. Al morir la condesa fué trasladado a la catedral. Aquí he de referir un episodio que pinta el carácter del glorioso guerrillero. En 1834, cuando mayor virulencia adquiría la guerra civil, el gobierno dió a Mina el comando del ejército de Navarra. Todo el cabildo era apasionadamente carlista. El general se presentó en Pamplona, reunió a los canónigos y les dijo: "Hace cuatro años habéis ofrecido 3.000 pesos al que os trajera la cabeza del traidor Mina; yo os la traigo; dadme el precio ofrecido y servirá para ayudar a sostener la guerra". Puede calcularse cómo se quedarían los reveren-

dos. Nunca pudieron suponer que en el propio claustro de la catedral se levantara el grandioso sepulcro del héroe.

Los dos tipos navarros, el de la montaña y el de la ribera, se diferencian profundamente; son tan distintos como la tierra y el clima en que viven. La llanura es agrícola; la montaña es pastoril; abajo se cultiva el trigo, la cebada, el lino, la viña, el olivo, la remolacha; en las cumbres, la gente vive del ganado y de la explotación de los bosques; en la montaña, el clima es húmedo, llueve con frecuencia y las nevadas son formidables; la llanura es seca, y en no pocos lugares, lo mismo que en el vecino Aragón, el agua constituye un verdadero problema. El hombre de las cumbres conserva los caracteres típicos del vasco; habla vascuence; el de la llanura sólo habla castellano, un castellano varonil, de recio acento. Los baztaneses, por ejemplo, guardan más relación con el guipuzcoano que con el ribereño. Quizá no haya en el mundo una región que en tan reducido espacio territorial ofrezca dos tipos tan diferentes en espíritu, carácter y modalidad mental; uno canta dulces zortzicos, el otro jotas enérgicas y corajudas:

A mi corazón le dieron
 Veinticinco puñaladas,
 Y se levantó diciendo:
 ¡Aquí no ha pasado nada!

El montañés, el vasco de las cumbres, sonríe con su cara afilada cuando oye al ribereño estas coplas terribles. El ribereño es valiente, haya o no necesidad de serlo; el montañés, como el águila, con la cual convive, recurre a su valor nativo cuando es necesario vencer un obstáculo o realizar una conquista. El llanero, o ribereño, tiene el espíritu como saturado de literatura clásica castellana, en la cual el valor y el honor caballeresco son las notas dominantes; el montañés caza los jabalíes y los lobos silenciosamente, sin necesidad de incitaciones de Calderón de la Barca. En la ribera, una bofetada acaba en tragedia; el honor caballeresco clama reparación trucu-

lenta; en la montaña se anda “a burruca” (luchando a trompis) sin que quede rastro alguno de honor mancillado. El ribereño es franco, de una franqueza un poco bronca; tiene un amor propio exaltado, colérico; se le sube pronto a la cabeza la lumbre del pimientito; el montañés es plácido, tranquilo como sus praderas; el ribereño tiene el ímpetu del carriquiri (toro navarro bravísimo); el montañés posee la dulce cachazudez del pensionista de tambo. No cabe mayor diferencia de genio. Los alimentos son distintos; arriba, “borona” (pan de maíz) y mucha leche; abajo, vino fuerte y picantes salazones. Diferentes son los bailes; en la montaña, el “zortzico”, el “carrica-danza” y el “ezpata-danza”, bailes sueltos y brincadores; en la ribera, la jota desafiadora y briosa. Distintos son los instrumentos; abajo, las dulzainas estridentes, los redoblantes estrepitosos y las metálicas bandurrias; arriba, el “chistu”, especie de quena, un silbo dulce, acompañado por un pequeño y sordo tamboril.

Ambos navarros son laboriosos, activos, tenaces; con tenacidad distinta, un poco arrebatada en unos, mansa en los otros. La diferencia de clima y territorio, la diversa naturaleza, los distintos alimentos y la misma desemejanza de las faenas de cada grupo, han formado estos dos caracteres. Pero, con ser tan opuestos, la armonía es absoluta y completa la mutua simpatía, fruto de una amplia comprensión recíproca.

Y en esta unidad espiritual influye sobremanera el colectivo amor a Navarra, a sus grandes tradiciones, a los fueros del antiguo reino, que ocupa tan brillantes páginas en la historia de Europa. Queda de aquellas libertades un régimen especial, por el cual se gobierna la región de una manera autonómica. Y la defensa de esta autonomía une a todos los navarros, montañeses y ribereños, en un sólo ideal político: el gobierno propio.

Todo el antiguo sistema de las leyes navarras arranca del Fuego Viejo de Sobrarbe, anterior al primer rey de Navarra, don García Jiménez, señor de Abárzuza y Améscoa, coronado en el valle de la Borunda (año 716). La nueva organización de los bascones tenía por objeto defender el país de la invasión mahometana. Bajo la

avalancha sarracena prodújose, después del Guadalete, un cambio profundo en las instituciones de toda la península. El viejo nombre de Basconia fué sustituido, bajo su primer rey, por el de Navarra, que, según algunos euskarófilos, se compone de dos voces éuskaras: “nava” (llanura rodeada de montes) y “erri” (pueblo). El culto historiador de Navarra, Hermilio de Olóriz, hace esta definición etimológica, que se ajusta a la naturaleza de la región: “pueblo de la llanura rodeada de montes”.

La mejor colección del Fuero parece ser, según los especialistas, la de Tudela, constituida, en su remoto origen, por 333 leyes. La primera reforma se hizo bajo don Sancho Ramírez, rey de Navarra y Aragón (año 1076). No hemos de seguir todas las evoluciones y reformas que en el curso de los siglos sufrió el Viejo Fuero de Sobrarbe. (Como derecho supletorio, ha regido y rige en Navarra, el de Justiniano). Sólo queremos referirnos aquí a los puntos más originales de aquellas antiquísimas leyes, puntos abolidos al compás del progreso de las costumbres. Del espíritu democrático de las primitivas leyes navarras da idea el hecho de no existir la esclavitud, tal como se conoció en los imperios romano y godo. Por lo demás, las disposiciones legislativas, en materia de procedimiento, eran duras, correspondiendo a la rudeza de la sociedad. Citemos algunos ejemplos originales. La ley permitía embargar el cadáver del deudor. No alcanzo el propósito, pues si es siempre difícil cobrarle a un vivo, no por embargar su cuerpo muerto habrá mayores probabilidades de hacer efectivo el crédito. Me parece que el mejor abogado no le sacaría un real a un difunto embargado. Es posible, sin embargo, que el embargo impresione a los difuntos. El buen sentido de don Sancho Ramírez abolió esta disposición.

El suicidio se castigaba con la confiscación de los bienes. Siendo la ruina la causa, generalmente, del suicidio, no quedaría mucho que confiscar. La falsificación, como el hurto, se penaba con la horca; garrote sufrían también los testigos falsos en causa criminal, mientras, en causa civil, se les cortaba la lengua. Para los delatores existía la pena del Talión. En punto a reconocimiento de hijos naturales existía la prueba del hierro caliente. De la obligación de respetar a los progenitores dará idea la tremenda pena impuesta al hijo que pegaba a su padre o madre: se le cortaba la mano.

En la sustanciación, o juicio de prueba, cuando había sospecha vehemente de delito, existían los juicios del hierro, del agua caliente y de las candelas; el del hierro consistía en tenerlo incandescente en la mano; el llamado del agua, en sacar de un barreño hirviente nueve piedras, y el de las candelas, en considerar vencido al litigante que primero se le apagasen. Con el fin de establecer el estado de salud de los deudores morosos, que alegaran no poder trabajar para saldar sus deudas, se les hacía acostar en camas de paja, a las que se prendía fuego; si saltaban de la cama, se les consideraba sanos y, si al llegar a ellos la paja encendida no se movían, teníanseles como positivamente enfermos.

La usura era infamante entre navarros. Sólo los moros y judíos podían ser prestamistas. Les era lícita también la poligamia, pero sólo entre ellos. Los infanzones cristianos podían repudiar a sus mujeres; también los villanos podían hacerlo, pero se les imponía, como multa, un buey. Las hijas podían rechazar a los dos primeros pretendientes señalados por sus padres, pero no al tercero. El noble perdía la nobleza casándose con villana, y si el villano seducía a una infanzona, moría por ello. Por último, los pleitos y causas habían de resolverse dentro de las tres Pascuas. Esta celeridad es desconocida en nuestros tiempos. La justicia lenta — ya lo ha dicho un agudo jurisperito — es un principio de injusticia.

En materia de buen gobierno, los fueros navarros, modernizados a compás de los tiempos, constituyen una enseñanza práctica en todos los aspectos de la vida colectiva de un pueblo. Al quedar incorporada Navarra a la corona de Castilla (Don Juan III fué el último rey navarro) fué con la condición de que serían respetados los Fueros y todo el régimen peculiar de Navarra. Se estableció un virreinato, y durante mucho tiempo vivió Navarra en una forma casi independiente, con sus Cortes propias, abolidas en 1829. Poco a poco se fueron restringiendo las libertades de la región, sufriendo su mayor cercenamiento en el año 1841, a raíz de la terminación de la primera guerra carlista. Perjudicó no poco a Navarra su adhesión a la causa del Pretendiente. Pero esto no ha de interpretarse como suelen los

comentaristas liberales, es decir, como una propensión colectiva al “obscurantismo” (palabra muy popular en el lenguaje político de hace treinta años). La verdadera causa de que Navarra se haya inclinado siempre al carlismo radica en que éste, en su programa político, prometía la restauración íntegra del régimen foral. En Navarra perdura latente el sentimiento de que, desde Fernando el Católico, la promesa de respetar sus fueros no ha sido cumplida. Pero el recuerdo más vivo es la cercenadura que, en 1841, sufrió su amplia autonomía. De esta violación del pacto se protesta siempre en Navarra.

Conserva, como derivación de su historia política, un régimen especial, quizá más autonómico que el de las otras tres provincias vascas, confederadas por medio del concierto económico. Y el fruto de este gobierno propio, de este régimen navarro, puede sintetizarse así: una administración correctísima, un empleo útil, reproductivo, de las rentas locales, y, sobre todo, unas carreteras ideales, limpias, talladas, que se enroscan a los taludes, permitiendo escalar, como sobre un salón en caracol, el eminente espinazo del Pirineo. Entre sus recios aires, ora cara a Francia, la bella y fuerte, ya cara a España, la muy querida, ha rodado “mi” automóvil...



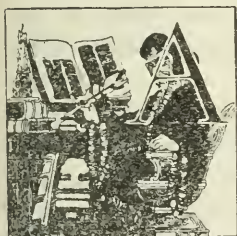


III

RONCESVALLES - LA COLEGIATA

El "Altobiskarko Cantua" y la "Chanson de Roland"

Ibañeta y la pipa de Napoleón.



LIMENTADOS los caballos con abundante pienso de gasolina, el automóvil arranca raudo, camino de Roncesvalles. Como en todos los demás puntos que llevo recorridos, la carretera es admirable y revela la diligente administración navarra. Por el estado de sus caminos se conoce la aptitud de un pueblo para el gobierno propio. Cruzamos varias villas y aldeas: Villaba, Huarte, Zubiri,

Espinal y multitud de villorios menores. Son pueblos aliñados y prósperos. La evocación de las guerras carlistas se impone aquí también. Por todas partes se ven restos de fortificaciones, torres cuadradas en que se hacían fuertes los guerrilleros. Todo recuerda escenas truculentas en estos villorios sumidos ahora en sosiego profundo.

A las pocas horas de viaje ascendemos a la región de los bosques. Las aldehuelas ocultas en la fronda dan la impresión de pequeñas arcadias... en verano, pues en invierno han de sufrir con frecuencia el bloqueo de la nieve. Llegamos a Burguete. Allí nos espera un suculento almuerzo. Ordenes impartidas por Laurenz el día anterior desde Pamplona, han previsto el recio condumio. Nada del repertorio

de los grandes hoteles ni de su cocina complicada; alimentación de hacheros; habas, un tierno lechón, dorado a fuego lento, cecina curada al humo y queso de cabra brincadora. Y agua, la más rica que he bebido en mi vida, un agua de fontanas de cumbre, trasparente, purísima. Sin contacto alguno con la vida universal, llega prístina a nuestros labios desde la roca en que brota, punto inicial y cimero de los ríos.

Burguete es el último núcleo urbano del Pirineo navarro, pues Valcarlos, pueblo español también, cae dentro de la vertiente francesa, al otro lado del gran espinazo de la cordillera. La línea divisoria no sigue la cima de las cumbres, y así hay pueblos franceses que parecen enclavados en territorio peninsular, mientras otros, como Valcarlos—que tanta y tan excelente emigración da a la Argentina—se hallan como enchufados en tierra de la República. Compónese Burguete de una sola y larga calle, formada por la carretera. Todo está aquí organizado para hacer frente al duro invierno. Enormes pilas de leña nos revelan su duración. El mejor departamento de la casa es la cocina, donde, al amor de los tizones, trascurren las largas veladas, pensando en los ausentes, fantaseando también un poco en torno de la carta que llega—cuando la nieve no lo impide—desde la Pampa, el Chubut, el Colorado o Río Negro.

Asiéntase Burguete en el centro de una vasta pradería que viene a ser, entre estos montes, lo que las abras en el Chaco. El paisaje, adusto en los cerros, tiene aquí, dentro del valle, una dulzura severa que embarga nuestro ánimo con emoción indefinible. Recuerdos vagos, sombras de penas huídas, inquietudes inconcretas, anhelos sin forma, cuitas, añoranzas, todo lo indeterminado que duerme en el lecho de las entrañas espirituales, surge a la memoria sin precisión alguna, en ese ensueño sosegado y ondulante que nos derrite en ternura el corazón. Tienen los paisajes grandiosos la virtud de abatir la soberbia individual. El obscuro tono de los hayales sirve como de cenefa, o marco, al verde cuadro de las praderas, cuyo pasturaje ondula a compás del aire. El arbolado escala las montañas, presa su raigambre en la tenaza de las duras rocas, que ofrecen a la copa del bosque firme resistencia frente al embate bronco de los vendavales. Las cimas pétreas de las cumbres aparecen desnudas; sus puntas enhiestas se pierden en el azul del firmamento; y al llegar allí las nu-

bes, como en trabajosa ascensión, deshácese en jirones el velo incorpóreo, flotando todos sus fragmentos, cual globo destrozado en brusco choque con los altísimos canchales. He ahí el gran cerro de Ibañeta, tan lleno de recuerdos épicos, levantándose sobre un grupo de eminencias menores que parece le rindieran vasallaje; he ahí Altobiscar, calvario memorable de las huestes de Carlomagno; he ahí, en fin, dominando todas las prominencias de la sierra infinita, la Pipa de Napoleón. Los navarros dan este nombre a la más alta cumbre, porque su cúspide se ve casi siempre, aún en los días más claros, envuelta en una ligera nubecilla estática, prendida a la roca final, como el nimbo o aureola de una imagen. “Ya está fumando Napoleón” —dicen los montañeses, deduciendo de la forma y calidad de la nube el tiempo futuro. La Pipa de Napoleón viene a ser el barómetro de esta zona de los Pirineos. Muy pocas veces está apagada la pipa del Caporal.

Ascendemos a Roncesvalles, envuelto en hayales seculares. La palabra Roncesvalles deriva del latín y quiere decir “valle del rocío”. La etimología se ajusta a la naturaleza. Las fuentes y regatos saltan por todas partes; un mismo manantial, brotando de una piedra, divide el hilo de sus gotas; unas inician los ríos de Francia, otras los de España. En el hueco de la mano cabe a veces la disidencia en el rumbo. Como estas fuentes se siente partido mi espíritu entre dos amores. El verdadero nombre vasco es Gayarria, o, según opinión de otros euskarófilos, Oyarria, “tierra alta”. Tanto el nombre latino como el vascuence interpretan la estructura y carácter del paisaje de Roncesvalles: altura y rocío, cuando no copiosas nevadas. Los de la ribera vienen aquí a sacudirse el paludismo, especialmente las tercianas, que se van al punto con viento fresco...

Las montañas ejercen siempre cierta sugestión religiosa. Y así la piedad guía nuestros pasos al monasterio, a la célebre Colegiata, que se considera por su importancia histórica como el cuarto santuario de la Cristiandad, después de Jerusalén, Roma y Santiago de Galicia. En todas partes, la aparición de la Virgen constituye un bello suceso, inspirador de la más pura poesía. Pero en ninguna tiene el milagro un prólogo tan hermoso como en estas montañas. El primer indicio de la existencia de la Virgen de Roncesvalles es una piedra que representa a un obispo vasco dormido y a su lado un ángel. He

contemplado, reverente, al señor obispo, que sigue dormido. La distracción de las gentes no deducía de este hecho, visible y claro, de este monseñor petrificado, la posibilidad de un hallazgo de mayor trascendencia. No tardaría, sin embargo, en insinuarse con claridad meridiana la revelación. Una noche, surge de entre los bosques un hermosísimo ciervo, que lleva en la punta de cada cuerno un relumbrante lucero. El ciervo se detiene en la piedra que representa al obispo y al ángel. Y allí se queda, con los dos asteroides en sus astas. Los montañeses contemplan atónitos el espectáculo; pero no aciertan a comprender su significación. Todo se aclara, al fin, cuando en el lugar que pisa el ciervo surgen cánticos celestiales. Se cava un poco y aparece, dulce y resplandeciente, la Virgen de Roncesvalles. Acuden los monjes de Ibañeta; llega también el arzobispo de Pamplona; por último asciende presurosa hasta estas alturas la reina de Navarra, doña Oneca, que se prosterna ante la imagen. Ello ocurría el año 835, en aquellos remotos tiempos de fe y santidad.

No exentos de fervor, penetramos en el santuario. Un amable canónigo navarro, que ha estado en Montevideo, nos guía y acompaña. Los monjes viven solitarios, aislados, como verdaderos cenobitas. Son once; nunca pueden pasar de doce; casi todos viejos pesimistas y piadosos. Como es la hora del almuerzo, temo ser intempestivo. “No tema usted—me dice sonriente el culto canónigo;—en sonando las doce, aquí no se espera a nadie; almorzarán los demás”. Yo miro a este monje que me guía; ha viajado; ha visto el mundo; ha vivido en esos pueblos americanos, optimistas, alegres, un poco sensuales. Todo lo ha dejado para meterse aquí, en esta soledad, de donde no saldrá nunca. “De aquí a la sepultura”—me dice. Poco habrá que andar; cuando un día aparezca yerto en su celda, le llevarán al patio del claustro, y allí quedará, bajo una losa, junto a otros colegas sepultados en el curso de diez siglos. Me corre cierto frío por todos los nudos de la espina dorsal. El canónigo sonrío; yo también. Hay que ser fuerte ¡canastos!...

Recorremos galerías y pasillos. Las formidables llaves y cerrojos rechinan como en un presidio. “Buenas tranqueras”, observa Laurenz, con su concepto de estanciero experto. Nadie asoma a las celdas; no despertamos la menor curiosidad en estos espíritus solitarios. Para ellos ya no existe el mundo; sólo hay ultramundo.

LA COLEGIATA

Llevaron estos santos canónigos la insignia de la antiquísima orden militar de Roncesvalles; consiste en una cruz de terciopelo verde, que empieza en báculo y acaba en espada. Según Santoval, la primitiva capilla fué fundada por Carlomagno, después de la derrota de Altbiscar. El aserto es discutido por otros historiadores. El santuario, con su aspecto de fortaleza, lo fundaron los reyes navarros don Sancho el Fuerte y doña Clemencia, que desde hace 687 años duermen el sueño eterno sepultados en el presbiterio de este templo.

Durante la Edad Media, Roncesvalles era punto de paso de los peregrinos de toda Europa que iban a Santiago de Compostela y de los españoles que se dirigían a Roma y Jerusalén. El santuario adquirió una prosperidad extraordinaria con el movimiento peregrino y las donaciones de los príncipes y magnates de toda la cristiandad. Es tradición en Navarra que se iba desde Roncesvalles hasta Roma sin salir de las propiedades de la Colegiata. Descontando lo que haya de leyenda, lo cierto es que tenía enormes rentas en Inglaterra y Francia. En Londres, dice Hilario Sarasa, poseía toda una calle, donde existía una capilla dedicada a la veneración de la Virgen de Roncesvalles. Todas estas riquezas se perdieron; en Inglaterra cuando la Reforma protestante, y en Francia al producirse la Revolución.

La Colegiata invertía sus rentas en socorrer a los peregrinos pobres o enfermos. En ocasiones prestó también ayuda a los tercios que retornaban de Flandes. En las épocas de penuria de la monarquía, la Colegiata sostuvo con sus propios recursos los ejércitos de la frontera. Amplio fué igualmente el socorro prestado a los fugitivos del Bearn cuando se introdujo en aquella región el luteranismo y comenzaron las persecuciones religiosas.

El antiguo camino que seguían las peregrinaciones pasa por el interior del edificio, como por un tunel. Después de la hora de tránsito cerrábase la puerta del paso abovedado, que era como cerrar a la circulación universal los Pirineos Occidentales.

La iglesia pertenece a la época de transición del bizantino al gótico. En el pequeño museo veo algunas antigüedades interesantes; un trozo de las famosas cadenas de las Navas, tomadas por Sancho el Fuerte; el relicario de Carlomagno, notable obra de orfebrería, en forma de ajedrez, dentro de cuyas casillas, cubiertas por cristales esmaltados, se ven las reliquias donadas por los

reyes de Francia y Navarra. Entre otros objetos, existe un rarísimo ejemplar manuscrito, en caracteres chinos, de la filosofía de Confucio, regalo de algún remoto peregrino. Allí está también el ejemplar de los Evangelios, sobre el cual juraban los reyes de Navarra a su advenimiento al trono. Por último, los dos recuerdos más imponentes: las mazas de Roldán y una babucha del célebre arzobispo Turpin, muerto también, según la clásica "Chanson de Roland", al perecer la retaguardia de las huestes de Carlomagno. ¿Son auténticas todas estas reliquias? Mi acompañante, el canónigo, sonríe; yo le imito. En Roncesvalles es difícil hallar la línea separativa entre la leyenda y la historia. Existía también, siempre según la tradición, el olifante o bocina de Roldán, "que sonaba en Roncesvalles y se oía hasta en Zaragoza". Esta formidable bocina ha desaparecido. Faltan igualmente cruces, cálices y otros objetos de mucha antigüedad y gran valor, que fueron vendidos para contribuir a sufragar los gastos de la guerra de la independencia. Entre las obras de valor artístico que aún existen, merece mencionarse una preciosa imagen de la Virgen, de Juan de Juanes.

Salimos de la Colegiata. Nos despedimos del bondadoso canónigo. Al estrechar su mano, curtida por la nieve y los aires, recuerdo los rudos trabajos de sus remotos colegas medioevales. Su misión, como la de los monjes del monte de San Bernardo, era guiar a los viajeros extraviados en las selvas y salvarlos de la congelación entre los aludes y ventisqueros.

En todo el Pirineo, el oriental, o catalán, el central, o aragonés, y el occidental, o vasco-navarro, vive de una manera latente la memoria de Roldán, mezcladas en el espíritu popular la historia y la fábula. Roldán, Roland o Rolando, que de estas tres maneras se le llama, es la figura que personifica el heroísmo sobrenatural de la sociedad cristiana de la Edad Media. Viene a ser en el Pirineo lo que Hércules en la edad pagana. Se le atribuyen el máximo valor y la fuerza máxima. Es una figura prodigiosa, "de juventud risueña", como dice la admirable "Chanson de Roland". Hay un libro, obra fantástica, que, en España, acaso supera en difusión al mismo Quijote. Es la "Historia de Carlomagno, en la cual se trata de las grandes proezas y hazañas de los Doze Pares de Francia y de como fueron rendidos por el traydor Ganalon (Galalon) y de la

cruda batalla que hubo Oliveros con Fierabrás, rey de Alejandría, hijo del almirante Balan". Tal es la retahila que le sirve de título. Todos los españoles alfabetos que frisan en los sesenta, han alimentado su espíritu infantil con las páginas fabulosas de este libro. Está inspirado en el "Espejo Historial", sacado, a su vez, de la crónica atribuída al arzobispo Turpin, así en la parte histórica como en la fabulosa, que sirvió para encender la imaginación de todos los poetas de Europa, a quienes sedujo la noble y bella figura de Roldán. Con ser el Pirineo el campo de sus finales hazañas y de su muerte, la figura de Roldán trasciende a todo el Mediodía de Europa. En el cabo de Gata (cerca de Almería) está la mesa de Roldán, un enorme peñasco plano; en Renidorm, en la misma provincia, existe una montaña hendida, que se supone partida por Durindana, la espada del héroe; la colosal hendidura se llama: "cuchillada de Roldán"; figura en el rosetón de la catedral de Chartres. En la plaza de Massanet de Cabrenys (Pirineo catalán) enseñan la barra que arrojó Roldán desde cuatro leguas, pasando por altas cumbres. Al despedirla, dicen que dijo: "Ahent aquesta barra caurá, Massanet de Cabrenys s'anomerá" (donde caiga esta barra se llamará Massanet de Cabrenys). En el Pirineo central, o aragonés, hay una montaña partida: se llama "Salto de Roldán". En Urroz, por donde he pasado ayer, hay una piedra de dos toneladas que Roldán arrojó desde los más altos montes contra las huestes mahometanas.

El desastre de la retaguardia del ejército de Carlomagno en los desfiladeros de Roncesvalles, en la garganta que forman Ibañeta y Altobiscar, constituye una de las páginas más truculentas de la historia. Reduzcámosla a breve síntesis. Hallándose Carlomagno en Paderborn, después de dominar la sublevación de los sajones, presentóse un brillante grupo de musulmanes, a cuyo frente iba el walí de Zaragoza, Ben-Alabarí. Solicitaban el auxilio de las armas del poderoso monarca contra Abderrahman, emir de Córdoba, en guerra con sus lugartenientes. El emperador aceptó. Después de asegurar las fronteras de Sajonia, reunió en Francia un gran ejército que dividió en dos cuerpos: uno que penetraría por el Pirineo

Oriental, y otro, el más brillante, a cuyo frente se puso él mismo, que invadiría por el Pirineo navarro. Cruzó sin novedad los pasos de Ibañeta; llegó a Pamplona, que estaba en manos de los árabes y, siguiendo por las poblaciones de la cuenca del Ebro, acampó ante los muros de Zaragoza. Allí, en vez de la adhesión al aliado, encontró una fuerte hostilidad. Al llegar a este punto, los historiadores sientan diversas hipótesis. La más generalizada es que Carlomagno, más que en calidad de auxiliar, entró como conquistador. Las crónicas musulmanas, compiladas por Conde en su "Historia de la dominación de los árabes en España", expresa la idea política de que Carlomagno quiso aprovechar las guerras de Abderrahman con los rebeldes para extender su imperio por la península. La sublevación de todos los walíes y alcaldes de Huesca, Lérida, Balaguer, Tortosa y demás poblaciones de las márgenes del Ebro, colocó en situación apurada al ejército imperial, que resolvió retirarse a Francia, ante una posible irrupción de las masas árabes.

Retornó por los mismos pasos de Roncesvalles; dada la angostura de las gargantas, dividió el ejército en dos secciones; al frente de la primera marchaba el emperador; en la segunda, que constituía la retaguardia, iba su sobrino, el gran Roldán, los pares y caballeros, la corte del monarca y los tesoros de la expedición. Marchaba a la deshilada, como lo exigía la naturaleza del terreno. De pronto fueron sorprendidos por los bascones. Apostados en las alturas, entre breñas y riscos, dejaron pasar las fuerzas que dirigía Carlomagno, y cuando ellas habían cruzado la cordillera y se hallaban ya en la Navarra francesa, lanzaron sobre la retaguardia dardos, flechas, piedras, troncos de árboles y toda clase de elementos arrojados. Al toque de cuerno se han reunido, en torno del Etcheko Jauna, todos los montañeses.

Metidos en el barranco, deshilados, como un rosario suelto, los francos van cayendo aplastados por las piedras que ruedan desde las alturas. Carlomagno ignora lo que ocurre, pues marcha ya por la vertiente francesa del Pirineo. La flor de la nobleza, con el bravo Roldán, perece en aquellos desfiladeros. Eginartha, yerno y biógrafo de Carlomagno, explica así el desastre: "Valióles mucho a los bascones la ligereza de las armas y la disposición del lugar en que se peleaba. Por el contrario, fatigaba mucho a los franceses, y los hizo

inferiores a sus enemigos, el peso de las armaduras y lo fragoso de la montaña". El desquite fué imposible. "Porque los enemigos — ñaña-de Eginartho —, ganada la victoria, de tal manera se esparcieron, sin quedar hombre con hombre, que ni aun se podía tener manera de donde estuviesen".

Según la tradición, Roldán, al morir, hundió su espada, su Durindana, en el suelo, para que no se apoderase de ella el enemigo. Y allí brotó una fuente, que aún sigue manando un agua pura y cristalina.

El "Altobiskarko Cantua", el canto de Altobiscar, es la poesía épica más considerable de la literatura eúskara. Es un canto guerrero rudo, de un vigor formidable. Compónese de ocho estrofas, en cuyo fiero ritmo se describe el terrible combate y se defiende con airado acento la independencia de la raza. Comienza así:

Oyhu bat aditua izan da
Euskaldunen mendieu artetic,
Eta Etcheco-Jaunac, bere ateharen aitcinean chutic
Ideki tu beharriac, eta erran du: ¿Nor da hor? ¿Cer nahi dantet?
Eta chakurra, bere nausiaren oinetan lo zagüena
Alchatu da, eta karrasiz Altabiskarren iguruac bethe ditu.

Traducción: "Ha salido un grito del centro de las montañas de los Euskaldunacs; y el Etcheco-Jauna (señor de la casa, especie de hidalgo primitivo) de pie ante su puerta, aplicó el oído y dijo: ¿qué es esto? Y el perro que dormía a los pies de su amo se levantó, y sus ladridos resonaron en todos los ámbitos de Altobiscar".

Luego dice que en las cimas de todas las montañas ha resonado el cuerno convocando a los nuestros, y que el Etcheco-Jauna afila sus flechas.

Véase el espíritu del canto V:

¿Cer nahi zuten gure mendietaric Norteco guizon horiec?
¿Certaco jin dirá gure bakearen nahastera?
Jaungoicoac mendiac in ditunean nahi izan du hec guizonec ez pasatcea.
Bainan arrokcac biribilco lica errortcen dirá, tropac leheracen dituzte.
Odola churrutan badoa, haragain pusac dardaran daude.
Oh! cembat hezurt carraskatuac! cer odolezco itsasoa!...

Versión aproximada: "¿Qué tenían que hacer en nuestras montañas estos hijos del Norte? ¿Por qué han venido a turbar nuestro

reposo? Cuando Dios hizo las montañas fué para que no las invadieran los hombres. Pero las rocas caen rodando y aplastan a los enemigos: corre la sangre en arroyos; las carnes palpitan. ¡Cuántos huesos molidos!, ¡qué mar de sangre!”

En la sexta estrofa se habla del fin de Roldán:

¡Escapa, escapa! indar eta zaldi dituzuenac,
 Escapa hadi, Karlomagno erregue, hire luma beltzekin eta hire capa gorriarekin;
 Hire iloba maitea, Errolan (Roldán) zangarra, hantchec ila dago;
 Bere zangartazuna beretaco ez tu izan.
 Eta orai, Euscaldunac, utz ditzagun arroka oriec,
 Jants ghiten fite, igor ditzagun gure dardac escapatzen direnen contra.

(¡Huid, huid! los que todavía conserváis fuerzas y un caballo. Huye, rey Carlomagno, con tus plumas negras y tu capa encarnada. Tu sobrino, tu más valiente, tu querido Roldán, yace tendido allá abajo. Su bravura no le ha servido de nada. Y ahora, Euscaldunacs, dejemos las rocas, bajemos aprisa, lanzando flechas a los fugitivos).

El canto termina diciendo:

Gabaz arranoac joain eirá haraghi pusca lehertu horien jatera,
 Eta hezur oriec oro churrítuco eirá eternitatean...

(Por la noche las águilas vendrán a comer esas carnes machacadas, y todos esos huesos blanquearán eternamente).

He tomado la versión castellana que un euskarófilo navarro dió a Mañé y Flaquer, y que el escritor catalán transcribe en su “Oasis”. Sobre el “Canto de Altobiscar”, además del romance popular, se han escrito otros poemas en castellano; merecen recordarse el de Obdulio Perea, que se ajusta bastante al texto eúskaro, y el de Gertrudis Gómez de Avellaneda, que, aparte el valor de la rima, es una fantasía caprichosa.

El “Altobiskarko Cantua” es antiquísimo, y su autor desconocido. De la ortografía parece desprenderse que es obra de algún bardo o vate vasco-francés; la ortografía, y aun la sintaxis, pertenece al vascuence suletino, o labortano. El problema se ha debatido mucho entre euskarófilos. Nada nuevo podría yo agregar a la controversia, pues no domino suficientemente el vascuence para terminar en ella.

Entre el “Altobiskarko Cantua” y la famosa “Chanson de Ro-

land” hay gran diferencia por lo que toca al fondo del suceso histórico. En la “Chanson”, el motivo esencial es la traición de Galalon y su odio y envidia a Roland. Los bascones — que yo recuerde — no figuran para nada. Los enemigos eran árabes (cuatrocientos mil caen sobre Roldán). Pero entre los vascos es axiomático que los árabes nunca llegaron a Roncesvalles. Dominaron la ribera, pero no pusieron pie en las cumbres. Esta es la creencia. En la “Chanson” se habla de una gran tormenta de granizo, coincidiendo con el combate. Tuvo éste lugar (según el epitafio del senescal Eggihar, descubierto en un manuscrito de la Biblioteca Nacional de París) el 15 de agosto. Así, pues, el autor anónimo de la bella “Chanson” quiso añadir, a la granizada de piedra, la granizada del cielo. La historia y la fábula se confunden de tal manera en el episodio del paso de Roncesvalles, que es imposible separarlas. Guizot, en la “Historia de Francia”, opina con su habitual ponderación de juicio: “Es difícil determinar la parte que corresponde a la historia en estos recuerdos de la emoción nacional; pero de seguro que las figuras de Roldán, de Oliveros y del arzobispo Turpín, y el carácter piadoso, rudo y tierno de su heroísmo, no son puras leyendas, inventadas por la fantasía de un poeta, o la credulidad de un fraile; si no se puede buscar en la “Chanson de Roland” la exactitud de un hecho histórico, es necesario reconocerle la verdad moral del retrato de un pueblo y de un siglo”.

Desde las cumbres de Altobiscar y de Ibañeta dominamos la infinita extensión de los bosques que llenan los desfiladeros navarros. Mañana entraremos en ellos, en compañía de su conquistador moderno, un hombre extraordinario, que “juntó plata” en la Argentina para retornar a ser profeta en su patria. . .





IV

LOS BOSQUES PIRENAICOS

DON DOMINGO ELIZONDO — SU OBRA

Lucha entre un hombre y un río

V

OY a contaros la vida de un hombre, digna, por su energía formidable, de ser narrada por la pluma de Plutarco.

El año 1866 salía de una insignificante aldehuela, perdida en los inmensos bosques del Irati, un muchacho navarro, fibroso y ágil, como todos los vascos nacidos en las cumbres. Pasó el Pirineo, llevando por todo equipaje el hato en la punta del palo; llegó a Bayona y acogiéndose a la proa de un bergantín que, izado el velámen, se aprestaba a la travesía del Océano. Como tantos otros jóvenes vascos y bernesés, que por aquella misma época salían de estas montañas para ser los iniciadores del progreso pastoril en los campos de Sud América, nuestro navarrillo del Irati estaba dotado de las armas del éxito: energía, juicio claro, ánimo, actividad. Tras unos cuantos meses de tumbos por el piélago crespó, llegó a la rada del estuario, descendió a un lanchón, luego a un carro anfíbio y,

por los arcos de la aduana vieja, he ahí al mocete navarro en el centro de la plaza Victoria, de Buenos Aires.

El joven emigrante no sentía inclinación hacia las faenas del pastoreo en las soledades pamperas; su espíritu era más complejo; tendía a los afanes del comercio y, sobre todo, a las complicadas actividades de la industria, donde se revelan los espíritus verdaderamente creadores.

Salió de su aldea con una idea clavada en el cerebro. Era esta: ¿por qué no se explotarán en grande escala y de una manera científica los inmensos bosques del Pirineo navarro? Los hayales centenarios del Irati, Salazar, Ibañeta y Roncesvalles no se apartaban de su memoria. Casi toda la madera para muebles y otros usos que se consumía en España procedía de Suecia, Noruega y otros países nórdicos. Para explotar los montes de la vertiente española del Pirineo faltaban vías de comunicación. Los ríos podrían servir, simultáneamente, de camino y vehículo, arrastrando en su corriente la madera, los tueros o troncos; pero era necesario canalizarlos, regularizar su curso, civilizar, en fin, sus ímpetus al deshacerse los aludes de nieve en las cumbres. El emigrante montañés, el muchacho del Irati, carecía de cultura industrial para saber cómo pudiera hacerse todo esto. Además, ¿qué podía intentar él, un pobre motil, que se veía forzado a emigrar para ganarse la vida?

Con el arbolado pirinaico en la cabeza, añorando el bosque natal, echóse a la busca de colocación en Buenos Aires. Un espíritu tan recio y varonil no podía avenirse a la vida sedentaria del mostrador, vendiendo guantes y puntillas a las damas, en la atmósfera enervante de las tiendas de lujo. Entró en el comercio de hierro. Durante varios años rodó por las ferreterías, entre rollos de alambre, clavos, tornillos, maquinaria agrícola, cerrajes, batería de cocina. Desde los puestos más humildes, a fuerza de ahincada constancia, ascendió a los primeros. Por último llegó a patrón; fundó una ferretería en el Once, que entonces debía llamarse aún plaza del Miserere. Siguiendo el progreso del país, su rápida evolución agrícola, que exigía abundante maquinaria de labranza, la ferretería del navarro del Irati alcanzó gran desarrollo, manteniendo hoy el auge que, al imitar su ejemplo laborioso, han sabido darle, en el curso de media centuria, sus sucesores, casi todos vascos y navarros.

El año 1887, el ferretero del Once, después de 21 años de trabajo asíduo, retornaba a Navarra. A su vera se habían formado otros muchachos coterráneos, ascendiendo a socios y “habilitados”. En sus manos quedaba la ferretería, comanditada por él. Las firmas se sucederían con los años. El comercio español de Buenos Aires tiene una admirable tradición; cada casa es una escuela de conquistadores, donde, en mutua competencia de actividad, se lucha por ver grabado su nombre en una imponente chapa de bronce bruñido. Esta chapa es la meta de los nuevos Pizarros, y hay que convenir en que, partiendo de la nada, y en lucha con el avispaado comercio cosmopolita, la conquista no es floja y requiere condiciones de despejo innato que suplan las ventajas que otras naciones de más poderosa organización mercantil que España ponen en manos de su emigración.

Al retornar a Navarra, ya indiano, con “plata” y cultura adquiridas en Buenos Aires, el antiguo emigrante volvió a poner sus ojos en los bosques y en los ríos del Pirineo, aprestándose a una obra gigantesca que ha transformado la economía de la vasta región. Este hombre singular se llama Domingo Elizondo, don Domingo, como se le nombra, con general afecto y respeto, en toda Navarra y buena parte del país vasco.

Tiene ahora ochenta y tantos años. Su rostro no aparenta sesenta, y sus piernas poseen el ágil vigor de los veinticinco. Ha tenido la bondad de acompañarme en la excursión. Por donde yo ando torpemente y con cierto pánico, entre árboles, traviesas, muros, diques, cauces, turbinas, dinamos, sierras, hornos y retortas químicas, él marcha con destreza y celeridad de gimnasta. A la salud corporal corresponde la plenitud de las facultades mentales. Su pensamiento abarca múltiples problemas financieros, industriales, mercantiles y de relaciones con el Estado y la provincia en el arrendamiento de los bosques; me habla de nuevos saltos de agua, de nuevos embalses, de problemas hidráulicos, de ampliaciones de la energía eléctrica, obtenida en los torrentes de las cumbres y trasladada a la llanura para alumbrar pueblos, mover el ferrocarril y dotar de fuerza motriz a las industrias. El ha dado, en la vasta obra ya realizada, las soluciones más prácticas y económicas a los ingenieros. Luego me

habla de la lucha para desalojar la madera extranjera del mercado español, y de la forma en que va intensificando el aprovechamiento de los residuos para obtener diversos productos químicos. En Alemania ha estudiado los procedimientos más modernos. Este hombre reúne las facultades del ingeniero constructor, del químico industrial y del experto comerciante. De pronto su conversación salta a la Argentina. "Va a ser una gran nación — dice —, no sólo por su naturaleza, sino por el brío vital de su población y el anhelo progresista de sus gobiernos". A pesar de hacer 24 años que se retiró de Buenos Aires, sigue con interés la vida argentina y le son familiares los problemas políticos y económicos de la actualidad.

Describamos en grandes líneas la obra de este hombre. La inició con los recursos que trajo de Buenos Aires, a los cuales agregaron algunas sumas diversos amigos establecidos en la Argentina y otros capitalistas de Pamplona. Con todo ello — cinco millones y medio de pesetas — constituyó el señor Elizondo la primitiva sociedad anónima, renunciando en favor de ella los saltos de agua que ya tenía denunciados personalmente. La empresa consistía en aprovechar estos dos elementos: el agua y el árbol. Arrendó a la provincia el valle de Salazar, y, últimamente, al Estado, las grandes selvas del Pirineo navarro. Los ríos Iratí y Arga, que cruzan los montes, especialmente el primero, serían los conductores de los árboles hasta los grandes aserraderos de Aoiz, en la ribera. El transporte se verificaría en la estación del invierno, con las crecientes provocadas por el desnieve.

Tal era el plan. El primer problema a resolver era la limpieza y canalización del río Iratí, principal vehículo de acarreo de la madera laborable. Esta vía fluvial tiene oscilaciones enormes; de cinco mil litros por segundo en verano, salta a lo incalculable en la primavera, pues nadie puede determinar la nieve que la Providencia arrojará sobre el Pirineo durante el invierno. El río sigue un curso tortuoso y abrupto, entre árboles y peñascos, vertiginosas torrenceras, grandes saltos y rápidos desniveles. Aprovechando los estiajes, el señor Elizondo comenzó a luchar con el río, a limpiarle de malezas, encauzarlo, domeñando sus bríos en unos sitios y precipitando en otros el caudal de sus remansos. Nada más interesante que el ingenio y la constancia de un hombre luchando para reducir a compás la anárquica vitalidad de un río, obligándole a colaborar, científicamente, en el

progreso industrial. El bullicioso y saltarín Irati quedó limpio, sometido, civilizado. Se construyeron esclusas, canales y embalses. Los saltos fueron aprovechados para obtener cuatro mil caballos de fuerza que suministran energía eléctrica para el alumbrado de Pamplona y diversos pueblos, para los aserraderos de Aoiz, los hornos de carbón vegetal, la fábrica de productos químicos, el ferrocarril y otras industrias y talleres de la región.

Dócilmente, durante la estación de las crecientes, en la época del desnive, de marzo a mayo, el río Irati conduce desde las cumbres los grandes árboles, apenas labrados, hasta los aserraderos de Aoiz. El río es allí manejado de una manera mecánica. Por medio de una serie de compuertas y esclusas, los enormes troncos de haya flotan en diversas direcciones hasta ser colocados al pie de las sierras que han de convertirlos en tablones, traviesas y diversas formas aptas para la elaboración de muebles y otros usos. Una legión de hacheros procedentes de todo el país vasco acude en el verano a las selvas, realizando la corta de los árboles que el Irati y sus afluentes arrastrarán durante la primavera. Los hacheros no regresan a sus casas durante los meses del estío; viven en los bosques; trabajan a destajo; pero cuando, en perjuicio de ellos, se equivocan en el trato, el señor Elizondo les exime de los términos de la obligación y les paga con largueza su trabajo. Podéis imaginar lo que significa un patrón de tal espíritu para estos hacheros, serradores, carboneros y conductores de madera. Entre estos rudos trabajadores no se conocen las huelgas, y el paso de don Domingo por los montes es algo así como la presencia del "Etchekeo-jauna" o patriarca de las selvas.

Pero no está aún contento el señor Elizondo de la conducta del Irati. En invierno y primavera es un gigante; en verano es un pigmeo que no puede con el peso de las hayas. Necesario es dar equilibrio a este organismo. Al efecto se está construyendo en Iravia, al pie de las vertientes, un formidable pantano o embalse cuya capacidad excede de doce millones de metros cúbicos. Allí se recogerán los desnieves del Pirineo, que serán como la sangre transfundida al río para darle en verano de la energía que requiere un acarreo sin interrupción. Acaba de terminarse también el nuevo salto de Oroz-Betelu, que aumentará en buena proporción la fuerza eléctrica.

Los aserraderos de Aoiz están montados con todos los adelan-

tos modernos. Cual si fueran de jabón, los árboles quedan divididos al instante en las formas que demandan las ebanisterías de toda España. En cuatro hornos o retortas, sistema alemán, se obtienen doce mil kilogramos diarios de carbón vegetal con los trozos de madera que no son utilizables para otra cosa. Y en otra sección aneja está la destilería y fábrica de productos químicos, donde se aprovechan todos los residuos, incluso el aserrín. No se pierde una sola partícula del árbol. Allí se obtienen la acetona, que sirve para la fabricación de celuloide y de otros elementos requeridos por la fotografía; para la obtención del cloroformo y del yodoformo, empleándose también en química como disolvente; el acetato de cal, de donde se obtiene el ácido acético, el acetato sódico y otras sales; de estos productos, sobre todo, del ácido acético, se sacan las preparaciones de anilinas, usadas en las tintorerías; también se obtienen éteres, vinagres y diversos productos farmacéuticos; el alcohol metílico, que se usa como desnaturalizante del etílico en la fabricación de barnices; el alquitrán, la creosota, el formol y otros productos diversos. En el laboratorio, contiguo a la destilería, un químico francés y sus ayudantes realizan todos los días nuevos experimentos. Como se ve, un árbol, de apariencia tan simple, es un organismo extraordinariamente complejo. Yo no sabía que una de estas hayas centenarias de los Pirineos pudiera desmayarme más que cayéndome encima. No hace falta tal hecatombe: se puede reducir su sustancia a unas gotas en un frasquito, aproximármelo a las narices y quedarme como si me hubieran aplastado los Pirineos.

Navarra, que cuenta con tantas y tan excelentes carreteras, se halla escasa de ferrocarriles. Aoiz, punto terminal del arrastre de la madera, está lejos de las vías férreas. Era quimérico pensar que el Estado construyese una línea de enlace con la vía general. El enérgico ferretero del Once no se amilanó. Y construyó el ferrocarril de Sangüesa, límite con Aragón, a Pamplona, pasando por Aoiz. Es un ferrocarril de 57 kilómetros, admirablemente construido; eléctrico, a alta tensión, movido por la energía obtenida del río Irati. El difícil paso de la hoz de Lumbier está salvado por los túneles y una sección en trompa sobre la roca, solución dada por el mismo Elizondo a los técnicos; tiene además seis puentes sobre el río Erro y otras obras de difícil construcción. La línea aérea, el cable, va montado, en los 57 kilómetros, sobre postes de cemento armado, de vida ilimitada y abso-

luta seguridad para que no se interrumpa el movimiento.

Los efectos económicos y sociales de esta vía que cruza buena parte de la provincia, desde su centro hasta la raya casi de Aragón, han sido asombrosos. Multitud de pueblos aislados han surgido de pronto a una intensa vida de relación. Como hay muchos navarros en la Argentina que no conocen este ferrocarril, mencionaré las ciudades y pueblos que cruza y la extensión de su influencia. Son: Pamplona, Burlada, Villaba, Huarte, Egües, Mendioroz, Oroz, Lizoain, Urroz, Aoiz, Aós, Artieda, Ripodas, Lumbier, Liédena y Sangüesa. El ferrocarril beneficia a otros muchos que, por su proximidad, lo utilizan para trasladarse a la capital y trasportar sus frutos. Tal ocurre con el valle de Egües, que se compone de diez y siete pueblos; con el valle de Lizoain (once pueblos); con el valle de Lónguida (veinticuatro pueblos); con el Urraul-alto (veintidos pueblos), y el Urraul-bajo (diez pueblos); el valle de Romanzado (diez pueblos); los nueve ayuntamientos del valle de Aezcoa (Arive, Garralde, Aria, Garayca, Abaurrea-alta, Abaurrea-baja, Villanueva, Obara y Orbaiceta); las importantes catorce villas del valle de Salazar y las siete del valle del Roncal; los ayuntamientos de Lumbier, Urroz, Rocafort, Aibar, Cáseda, Sada, Gallipienzo y Javier. La benéfica influencia de la línea alcanza también a diversos pueblos aragoneses, Tiermas, Sos, Sádaba y otros de la provincia de Zaragoza, limítrofes con la de Navarra.

El movimiento de viajeros y el tráfico de carga — cereales, harinas, maderas y materiales de construcción—aumentan anualmente en forma considerable, promoviendo la riqueza en toda la vasta comarca. El señor Elizondo quiere extender la acción de este ferrocarril, prolongándolo desde Sangüesa hasta Jaca, unos sesenta kilómetros, atrayendo así a la ribera de Navarra el tráfico y el movimiento productor y mercantil de una extensa región aragonesa. Los estudios de la nueva línea están ya hechos y los trabajos comenzarán en breve.

La explotación de los bosques no perjudica a su conservación perpetua. Según el señor Elizondo, la favorece, pues, como no se cortan más hayas que aquellas que tienen un diámetro superior a cuarenta centímetros, el monte se va renovando por sí mismo. La entresaca en la selva tupida hace más rápido el crecimiento de los renuevos o vástagos, constituyendo los montes una riqueza permanente.

El valor actual de las diversas empresas—ferrocarril, bosques,

aserraderos, carboneras, fábricas de productos químicos, energía eléctrica, alumbrado, etc.—fundadas y dirigidas desde su iniciación hasta ahora por el antiguo ferretero del Once, sube alrededor de veinte millones de pesetas. Domingo Elizondo trajo a Navarra el ímpetu de la vida americana, ese anhelo de progreso febril que late en los nuevos pueblos, el aire, la audacia, el arranque de la juventud. Luchó con todo género de trabas y rémoras, dimanadas, especialmente, del Estado, de su burocracia, lenta, pasiva, inerte; pero la misma actividad enérgica que llevó a las selvas y los ríos empleó en los ministerios para hacer andar el rodaje enmohecido del carro oficial. “¡Ah, aquellas Américas, donde todo es tan fácil para el hombre emprendedor!”, me dice.

La tesonuda actividad de este hombre singular ha tenido poder de contagio en toda la región vasco-navarra y aún en la aragonesa. Por todas partes se buscan los saltos de agua del Pirineo, para convertirlos en energía motriz trasladable a los centros fabriles. Los cables cruzan los montes y las llanuras de Navarra. He visto, en construcción, una fila de altísimos pilares de hierro y cemento, semejantes a las antenas de la telegrafía sin hilos, cruzando estos campos en dirección a Bilbao. Vienen desde las cordilleras; por el aire traerán, una vez terminada la vasta instalación, la poderosa cuádriga eléctrica que arranca de los altos torrentes.

Los viejos españoles de Buenos Aires y no pocos argentinos, contemporáneos de ellos, han de recordar al ferretero del Once que se retiró el año 1887, para emprender en su tierra natal esta obra formidable, ya soñada en su mocedad, al partir para la emigración. No es el indiano clásico que se retira a la aldea, a vivir, un poco sórdidamente, de la cédula hipotecaria, sin otro cuidado que el de leer, cuando llega a Europa el correo argentino, la reseña climatológica de los diarios: si ha llovido, si no ha llovido, asociando la oscilación de su renta a las tempestades pamperas. Suelen ser hombres, por lo general, que viven aquí aislados, sin acertar a refundirse de nuevo en el ambiente social de donde salieron. Don Domingo Elizondo es un tipo de indiano diametralmente opuesto. Al retornar, tras de veintitantos años de ausencia, la adaptación fué inmediata; se fundió al

medio; se asimiló rápidamente a las costumbres, si acaso había perdido la memoria de su tono; estudió los problemas locales y nacionales, investigó la riqueza de la región pirenaica; recorrió los centros científicos e industriales de Europa para adoptar sus mayores adelantos. Y se puso a trabajar con ahinco, tesón y audacia americana, dejando en la vasta obra, descripta ligeramente, ejemplo eterno de los milagros que puede realizar una voluntad indomable. Con un centenar de indianos como Elizondo, España se transformaría en un vuelo. Este hombre "ha hecho" sus dos Américas, la de Buenos Aires y la de Navarra. Y es que el hombre dotado de genialidad y fe tensa, en todas partes hallará su América.

No ha perdido don Domingo el suave acento argentino que contrasta con la recia modulación regional. Entre el estrépito de los torrentes, de las hachas, de las sierras, volantes, dinamos y retortas, sólo el fundador de todo ello habla quedito, reservando toda la energía para la acción. Contemplando simultáneamente al autor y su obra, experimento la impresión de que algo de la fuerte tonalidad de la vida bonaerense ha cruzado por estas montañas.

He mencionado la multitud de pueblos que han renacido bajo la influencia del ferrocarril construído por Elizondo. ¿Cuántos navarros, hijos de estos pueblos y valles, viven en la Argentina? Millares. Sepan todos ellos que unos magníficos coches eléctricos han sustituido a las antiguas diligencias. Sepan que, por virtud de la inteligente y tenaz labor de un hombre, su región se ha transformado social y económicamente. Sepan, en fin, que si, como dijo Franklin, todo promotor de progreso es digno de consideración, nadie como Domingo Elizondo la merece mayor de sus coterráneos y paisanos...





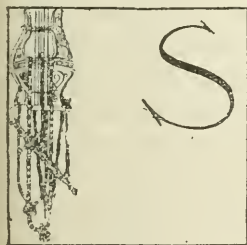
V

EL VALLE RONCAL

LOS RONCALESES Y LOS BARETONESES

Origen del tributo de las tres vacas

La Memoria del "Cantor" — El Espiritu de Gayarre



ALIMOS, camino del Roncal, por Lumbier y Navascués, pueblos florecientes que se hallan en lo que podríamos llamar punto intermedio entre la ribera y la montaña. A partir de estos pueblos, entramos en la zona más áspera y rocosa de Navarra. La cordillera, altísima, tiene aquí un color blanquecino, duro, desolado, que contrasta con el azul tierno, sedoso y suave, de

las cumbres de Roncesvalles. Cruzamos diversos cerros y profundas hondonadas, a cuyos lados, como colosales frontones, se levantan rectos los peñascos. Vamos metidos en un inmenso caracol pétreo, y sólo un pequeño retazo del firmamento alcanzan a divisar nuestros ojos. Hay parajes en que se sufre la sensación de haber descendido a los antípodas.

Siguiendo, río arriba, el curso del Ezca, penetramos en el pintoresco valle del Roncal. Se compone de siete pueblecillos; Roncal, que da nombre al valle, Isaba, Burgui, Garde, Urzainqui, Ustarroz y Vindangoz. Entre ellos se levanta la montaña de Santa Bárbara, en cuyas estribaciones se asienta el caserío. Como en todos los valles navarros, late aquí el espíritu autonómico, resto de las antiguas libertades que los convertían en una especie de pequeñas repúblicas. Esta regido por siete alcaldes, presididos por el del pueblo en el cual toque celebrarse la reunión, cuando se trata de los intereses comunes del valle. De manera que la presidencia, más que en la persona, recae en el pueblo. Una particularidad instructiva: en la reunión de alcaldes no se pueden tratar asuntos nuevos sin previa consulta a los vecindarios. No cabe un régimen más democrático.

El Roncal tiene derecho al uso de un pendón propio que lleva pintados un lebrél y la cabeza del moro Abderramán, muerto, según la leyenda, a manos de una moza roncalesa en la batalla de Olast. Don Fortuño García, tercer rey de Navarra (año 783), concedió al Roncal el uso de esta insignia. El lebrél se agregó diez siglos después, en virtud de las hazañas de los roncaleses durante la guerra de la independencia.

El pequeño valle ha producido dos grandes personalidades, bien distintas entre sí: Gayarre, el incomparable tenor, y Pedro Navarro, conde de Oliveto, conquistador de Nápoles a las órdenes del Gran Capitán. En realidad, no se llamaba Pedro Navarro, sino Pedro Bereterra. Se le considera como inventor de las minas para hacer saltar las fortificaciones; él hizo volar las de Nápoles, abriendo la brecha que dió entrada a las tropas españolas. Por sus hazañas en Berbería se le llamaba "Roncal el salteador". Hombre de gran altivez, no quiso aguantar las observaciones del cardenal Cisneros, y se fué a Francia, poniéndose a las órdenes de Francisco I, que sentía por él gran admiración. Nadie recuerda en estas cumbres al volador de murallas; en cambio, la memoria del "Cantor"—así se le llama—sigue viviendo en el corazón de los roncaleses.

Entre el valle del Roncal y el inmediato de Baretons, perteneciente al Bearn, existe una tradición curiosa. Es el tributo de las tres vacas que todos los años deben entregar los baretoneses a los roncaleses. He aquí el origen de este tributo. Las hordas cimbrias inva-

LOS RONCALESES Y LOS BARETONESES

dieron el Roncal, guiadas en los desfiladeros por los baretoneses, asolando el valle. Derrotados luego los cimbrós, los roncaleses se vengaron, acometiendo a sus vecinos, y para concertar la paz exigieron de los baretoneses un tributo anual de cuatro caballos que habían de tener las patas blancas.

Durante mucho tiempo se cumplió el convenio, hasta que cayó en desuso. Pero un día (año 1373), juntáronse en una fuente de la línea divisoria dos pastores, Pedro Carrica, roncalés, y Pierre Sansoler, de Baretons. Disputaron sobre quién abrevaría primero al ganado. Y Carrica mató a Sansoler. Vinieron los baretoneses al Roncal y mataron a la mujer de Carrica, Antonia Garde, que se hallaba en estado interesante. Abrieron su vientre, y con los intestinos de la madre colgaron de un roble al hijo en gestación. Para juzgar esta bromita de salón hay que tener en cuenta que se trata de montañeses de hace 548 años, de hombres rudos y aislados en las cumbres, a las que apenas llegaban los ecos de una civilización embrionaria. Con tal motivo, el pequeño valle del Roncal y el pequeño valle de Baretons se enzarzaron en una guerra feroz. Para lograr que cesara intervinieron Carlos el Malo, rey de Navarra, y Gastón, príncipe del Bearn. Pero no pudieron aplacar la ferocidad de los dos bandos fronterizos. No tuvo mejor fortuna la intervención de cuatro obispos, los de Jaca y Pamplona, por parte de los roncaleses, y los de Bayona y Olorón como representantes de los baretoneses. Nada consiguieron tampoco los abades de ambos valles. Por último se llegó a un armisticio y se entregó el fallo a seis jueces de Ansó, seis labriegos, autorizados por el rey de Aragón, los cuales se expidieron estableciendo que el valle de Baretons entregaría al Roncal todos los años, en vez de cuatro caballos con las patas blancas, tres vacas de igual dentaje.

Desde entonces (año 1375) se cumple el convenio. La ceremonia se celebra el 13 de julio. En Ernaz, el punto más alto de este sector del Pirineo, existe, sobre la raya fronteriza de ambos valles, y, por lo tanto, de Francia y España, la Piedra de San Martín. Allí se reúnen los alcaldes de Lanne, Issor y Arette (valle de Baretons) y los de las siete aldehuelas del Roncal. Los baretoneses colocan sobre la piedra, en forma horizontal, una lanza, con una cinta blanca. Los roncaleses colocan la suya con una cinta roja; ambas lanzas forman una cruz; la punta de la francesa en dirección a España; la de la española en di-

rección a Francia. Luego, uno de los representantes de Baretons coloca su mano sobre la cruz; encima pone la suya un roncalés, y así, sucesivamente, todos los demás alcaldes de uno y otro valle. Formada la pila de manos, los franceses juran mantener el pacto, la paz y buena armonía, exclamando tres veces: “¡Pax avant! ¡Pax avant! ¡Pax avant!” Los eruditos disienten sobre el origen de esta antigua expresión, relacionándola con el escudo de Teobaldo I. Abandonemos estas disquisiciones sobre heráldica. Los roncaleses, que tienen derecho a llevar escopetas, hacen varias salvas. En seguida, los de Baretons entregan las tres vacas. Por último, los representantes de ambos valles tratan diversos asuntos pastoriles: régimen de los pastos, aguadas, devolución de las ovejas que pasen la línea fronteriza y demás cuestiones relacionadas con la cordialidad de los pastores de ambas vertientes del Pirineo. Se levanta de todo ello el acta correspondiente. En los últimos años de su vida solía firmar Gayarre como testigo.

La principal riqueza del Roncal está constituida por unas ciento cincuenta mil cabezas de ganado lanar; la mayor parte de estas ovejas son churras, con una lana larga, inferior a la merina. Durante el invierno son llevadas a las tierras bajas de las Bárdenas, huyendo de la nieve de estas cumbres. Quedan ya pocos osos en estos parajes; pero abundan los lobos, jabalíes, zorros, buitres, gavilanes, águilas y azores, que hallan en estas ásperas y abruptas alturas el medio propicio para su acción rapiñadora.

La memoria del “Cantor” vive perenne en el espíritu de los pastores roncaleses. Nadie más adicto a su tierra que Gayarre; nadie más bueno, ni más generoso con ella. Ahí está su obra proclamándolo: las dos espléndidas escuelas, el puente sobre el Ezca, el soberbio frontón, tan grande como todo el pueblo; la carretera construida por su influencia y de la cual habla en otro lugar de este número su sobrino, el senador por Navarra, don Valentín Gayarre. No esperó el gran tenor a ser millonario para llevar su apoyo a la aldea natal. En cuanto tuvo algunos recursos se hizo presente su acción benéfica. El costo de las obras que ha dejado a su pueblo pasa de medio millón de pesetas. Y a ello hay que añadir otras generosidades que, por su índole,

no han dejado huella visible. Espíritu de una gran delicadeza — ya hablaremos de la tosquedad que, injustamente, se le atribuía — ponía el mayor cuidado en que su prosperidad y sus donaciones no hiriesen el amor propio de sus paisanos. Cuando venía al Roncal, durante el verano, se ponía alpargatas y andaba en mangas de camisa. Nunca fué aficionado a la elegancia en su vestimenta civil; el lujo lo reservaba para los trajes de teatro; en esto era de una escrupulosidad extremada, no tolerando que faltase ningún detalle para componer el verdadero carácter del personaje histórico. Pero en su pueblo era un aldeano más. Y sólo hablaba de asuntos rurales, de las ovejas, de la labranza, de las nevadas del último invierno, interesándose por la suerte de todos los vecinos. Su mayor placer era verse rodeado de pastores y labriegos que no habían visto un teatro, ni tenían idea de lo que era un tenor de ópera.

El origen de Gayarre fué humildísimo. De muchacho le dedicó su padre a pastor, la profesión de casi todos los chicos del Roncal. El pastoreo no significa aquí una vida cómoda y sedentaria, como en las Pampas, “mateando” y “churrasqueando” en torno del fogón; aquí, la vida del pastor es durísima; hay que andar de risco en risco, por breñas y matorrales, por barrancos y vericuetos, buscando las ovejas extraviadas entre la maleza, defendiéndolas del lobo, del zorro y demás alimañas. Ya célebre, cuenta Enciso, metíase en la hendidura de algún peñasco, y allí, solo, rompía a llorar silenciosamente, evocando los duros tiempos de su niñez. Era muy propenso a la misantropía, y siendo un hombre de extraordinaria voluntad, cualquier recuerdo melancólico se traducía al punto en súbita congoja. En su bello espíritu coincidían la fortaleza y la ternura. Sumamente vergonzoso, como buen vasco — nadie lo fué tan profundamente, vasco del monte, “baserritarra”, vasco verdadero — ocultaba estos accesos de emoción, estos repentinos golpes de congoja, esta ola sentimental, y de ahí que se aislase con frecuencia, ocultándose, aun para sus más íntimos amigos.

Dos grandes artistas, de reputación universal, ha tenido Navarra: Gayarre y Sarasate. Y no cabe dos caracteres más opuestos. El violinista era ligero, volteriano, descreído, frívolo, mundano, guasón. Su cabeza tenía algo de la maravillosa ligereza de sus dedos para el “pizzicato”. Sus impertinencias en el trato social se han hecho céle-

bres. El tenor, por el contrario, era un hombre grave, triste, misántropo, envuelto el espíritu en una ola de emoción recogida y profunda. La música ejercía en ambos acción espiritual distinta. Para Sarasate era un juego que dominaba en absoluto. Para Gayarre era una religión que le llevaba al arrobamiento y al éxtasis. Sarasate fué más popular en Pamplona por su carácter expansivo y chirigotero. A Gayarre, sentimental y metido en sí, le dolió un poco esta preferencia y se refugió en el Roncal, entre pastores y labriegos. Sarasate donó su violín a Pamplona. Gayarre se desprendió de gran parte de su fortuna para el progreso del valle natal. La capital de Navarra ha sido al fin justa con la memoria de ambos, poniendo el nombre del violinista a su mejor paseo y el del tenor a su principal teatro. Pero, en vida, hubo cierta incomprensión sobre el carácter del ángel blindado de herrero.

Apuntemos algunos rasgos biográficos; ellos ayudarán, mejor que nuestras reflexiones, a conocer el carácter del gran artista, del cantante que a más alto grado llevó la emoción lírica. Dejó la profesión de pastor por la de herrero. Fué a Lumbier, y allí entró de aprendiz en la herrería de Quilleri. En este pueblo he visto rejas de ventanas forjadas por él; son hierros toscos, pero, para estos aldeanos, tienen el subido mérito de haber sido hechos por el "Cantor". En la fragua, mientras tiraba del fuelle, solía el muchacho cantar algún aire roncalés, algún "zortzico". Quilleri le reprendía: "Cállate, que estás alborotando el barrio". Pasaron los años, y cuando Gayarre, después de sus triunfos en todos los grandes coliseos, iba a veranear al Roncal, pasaba por Lumbier, recogía al viejo Quilleri y se lo llevaba consigo. "Es el maestro", decía a sus paisanos. Y este título de "maestro" envanecía hasta el desmayo al anciano herrero de Lumbier.

Las penalidades de Gayarre, antes de llegar al triunfo, fueron infinitas. Debido al excesivo trabajo en la herrería de Quilleri, se le hundió una falsa costilla; ello le hacía sufrir horriblemente del estómago. Flaco y macilento, volvió al Roncal. El galeno de la aldea no daba con el remedio. Una mujer, una cūranderá, tuvo más acierto que la ciencia. El muchacho se restableció y se fué a Pamplona. El brillante, por fin, va a ser descubierto.

Gayarre entra de obrero en la gran herrería y fábrica de herramientas agrícolas de un francés, M. Pinaqui. Al poco tiempo le acometen las viruelas. Las pasa en el hospital general, con los pobres de solemnidad. Repuesto, vuelve al trabajo. La tarea es dura. Y ella le arranca una copla que sirve para que en el taller oigan por primera vez su magnífica voz:

“Retunantísimo sol;
Si tu fueras jornalero,
No saldrías tan temprano
Y te irías más ligero”.

En el taller había orfeonistas. Uno de ellos le dijo: “¿Por qué no te apuntas en el Orfeón?”

—¿Qué es eso? — preguntó Gayarre.

—Unos coros. Se enseña música de balde.

—¡Ah... vamos en seguida! Me gustaría mucho aprender música.

Presentáronse los dos obreros: “éste es tenor”, dijo el orfeonista al presidente de la sociedad, don Conrado García, almacenista de música de Pamplona. Maya, el director del Orfeón, le probó la voz. Director y presidente quedaron entusiasmados. “Serás el primer tenor del Orfeón” — le dijo don Conrado, su constante protector y consejero desde entonces. Durante aquel verano lo oyó Eslava. Y se resolvió que el herrero se trasladase a Madrid, donde ganó la beca del Conservatorio.

Dióse al estudio de la música con un empeño febril. Por la noche, después de pasar el día en el Conservatorio, iba a casa de Eslava a completar sus conocimientos. A cambio de estas lecciones complementarias, el maestro, que padecía de la vista, le obligaba a que le leyera los diarios. Eslava era ultramontano y clerical, y sólo recibía la prensa adicta a este partido. “Tanto periódico reaccionario leí al buen don Hilarión — solía decir Gayarre — que, al fin, resulté liberal”. Efectivamente, siempre fué fiel a la causa republicana, sin que influyeran para torcer su ánimo los halagos de Alfonso XII y de la reina Cristina. Su gran devoción política era Castelar. Cuando, por cualquier circunstancia, se resistía a cantar en el Real, bastaba una

carta o un telegrama del gran tribuno: “apelo a mi autoridad de jefe”... y donde quiera que estuviese, dócilmente, Gayarre tomaba el tren y se plantaba en Madrid.

Las “Memorias” de Enciso, de donde tomo buena parte de los rasgos biográficos del tenor, nos revelan su espíritu democrático y su constante adhesión a la causa republicana.

La revolución de septiembre le dejó en la calle, sin beca, ni recursos de ningún género. Afiliado al partido republicano, se hizo revolucionario; perora en las plazas, entre los obreros, y le llevan a la cárcel. Cuando salió vióse en la miseria más absoluta. Su antiguo amigo, Pepe Gaínza, otro navarro, gran pianista y compositor, le animaba sin cesar. Además de gran músico era Gaínza sumamente espiritual y ocurriente. Para poder vivir tocaba el piano en un café, esperando que las circunstancias, hasta entonces aciagas, le permitieran desarrollar su genio de compositor. No cabía caracteres más distintos: Gayarre caía fácilmente en la tristeza y la melancolía; Gaínza era soñador. Queríanse de una manera entrañable. La mayor aflicción de Gayarre era no tener dinero para comprar partituras y seguir estudiando. — “No te aflijas — decía Gaínza —; cantarás las óperas que llevo yo aquí y aquí” (señalándose la frente y el corazón). Desgraciadamente, el músico navarro, verdadera esperanza del arte lírico, murió joven, sin tiempo para llevar al pentágono la onda melódica de su gran espíritu. Toda su vida recordó Gayarre con pena a su compañero de los tiempos más duros.

Para obtener recursos, Gaínza propuso al torero Cúchares, retirado y ya muy viejo, comanditar una compañía de zarzuela para cantar por los pueblos. El resultado fué negativo. Pero un cacharrero aceptó el “brillante” negocio. La orquesta se componía de dos violines, dirigidos por Gaínza. Resultado: Gayarre y Gaínza regresaron a Madrid, furtivamente, debajo de un banco de un vagón de tercera.

Aquella propensión a la melancolía no quebrantaba la voluntad de Gayarre para la acción y el estudio. Rodó por los teatros de zarzuela como corista. Al organizar Gaztambide una compañía de este género para América, se ofreció Gayarre para ir en el coro. El maes-

tro no le admitió. ¡Buen ojo el de Gaztambide! Por último, con la ayuda de don Conrado García, pudo trasladarse a Italia.

Con una tenacidad a prueba de desengaños, emprendió todo género de estudios, aparte los musicales, que cursó con Lamberti; leyó sin cesar a los clásicos italianos, estudiando en ellos profundamente el idioma, hasta llegar a una dicción purísima. Su claro fraseo fué luego una de sus cualidades de gran cantante. Estudió igualmente la historia italiana y el ambiente de la época de los personajes que había de representar. Aprendió a tocar el piano. Sometió sus facultades físicas a un ejercicio incesante; impostación de la voz, modulaciones, aliento; todos los detalles de una fácil y clara emisión eran objeto de un estudio inteligente, paciente y constante. Pero había algo que no necesitaba estudiar el pastor roncalés: era su formidable capacidad de emoción lírica, don gracioso de la Providencia, que al ser trasmitido, como todo lo que bien se siente, conmovía a los auditorios como ningún cantante llegó a conmoverlos.

Debutó en Varesse como "altro tenore" con la parte secundaria de Arvino en "I Lombardi", de Verdi. Gustó su voz; pero la compañía fué un fracaso. A punto de disolverse, le propuso al empresario cantar "Elixir d'amore". El tenor no podía ser más barato: ciento diez liras por toda la temporada. Aceptó el empresario.

Cuando salió a cantar, el público estaba mal dispuesto contra la compañía; pero su fresca voz, su pura dicción y bella escuela de canto se impusieron en las primeras frases. Sin embargo, los aplausos fueron tibios, esperando la romanza, la "furtiva lágrima".

Llega el tercer acto. Y entonces ocurrió el episodio más triste de su vida. Preludiaba la orquesta los primeros compases cuando le entregaron un telegrama en que le comunicaban la muerte de su pobre madre, allá, en el Roncal. Gayarre rompió en un sollozo, y, en ese estado, le empujaron a escena. Comenzó a cantar, gimiendo y llorando de veras, con los ojos arrasados de lágrimas, la voz pura, el acento desesperado. El efecto en el público fué tremendo. En pie toda la sala, le envolvió en una ovación que aun recuerdan los viejos de Varesse. Gayarre, con las manos en los ojos, se retiró

del escenario. Corrió la noticia por el teatro y el público se agolpó al “camerino”. Simultáneamente le felicitaban y le daban el pésame, con esa confusión de emociones propias del caso. Fué su primer gran éxito en Italia. Por eso decía siempre: “Mi madre me dió a luz dos veces, primero a la vida, después al arte”.

En los primeros años de su carrera se llamaba Sebastián, que era su primer nombre. Cuando alcanzó reputación adoptó el segundo, Julián. Al preguntarle por la causa del cambio, contestaba: “Cuestión de estética”.

El éxito de Varesse le valió varios contratos por las provincias italianas de segundo orden. La temporada de carnaval en Parma acreció su reputación. Y el empresario Jacovaci le contrató para estrenar en Roma “Il Guarany”, del maestro brasileño Gomes. Tenor y maestro tuvieron un altercado, porque Gomes quería que cantase a plena voz en los ensayos. Se vinieron a las manos en el escenario del Apolo. Gayarre obtuvo un gran éxito y la ópera gustó también extraordinariamente. Terminada la temporada, nunca quiso volver a cantar esta ópera. En los contratos hacía poner esta cláusula: “En ningún caso estará obligado a cantar “Il Guarany”.

Conocía como nadie el alcance sonoro de su órgano. Ponchielli le eligió para estrenar la “Gioconda”. La romanza de Enzo “Cielo e mare” la escribió en dos días, a petición de Gayarre. En los ensayos, maestro y tenor, que eran muy amigos, disputaron sobre si se había de cantar desde el buque o desde las candilejas. “Empieza muy piano y no te oirán si cantas desde cubierta” — decía Ponchielli. — “Me oirán de todas partes” — afirmaba Gayarre. El tenor aparentó ceder; pero, en el estreno, cantó desde el buque. El maestro, que estaba entre bambalinas, manoteaba, indicándole que bajase. No le hizo caso. A todas partes llegó la sonoridad de su divina media voz. El éxito del compositor y del cantante fué estupendo. Y empezó a considerarse al tenor navarro como el restaurador del “bel canto”, de la tradición lírica italiana, que empezaba a perderse por influencia de otras escuelas.

En la temporada de 1875, con “La Favorita”, conquista la Scala. Se encontró, al llegar a Milán, con una atmósfera adversa, fraguada en los cafés de la famosa Galería. Siguiendo la tradición de homenaje que todo tenor nuevo debía a la orquesta, cantó a plena

voz en el ensayo. La camorra era sin duda muy vasta, pues se le recibió con un silencio sepulcral. Pero al llegar el "debut" el público milanés le saludó con una ovación al escuchar la primera romanza, "Una vergine, un angiol di Dio". Y al llegar al "Spirto gentil", las ovaciones fueron imponentes, clamorosas. Filippo Filippi, el primer crítico de la época, decía al día siguiente: "Asistimos anoche en la Scala, no al "debut" de un tenor, sino a la consagración de un genio del canto". El éxito fué de tales proporciones que tuvo repercusión universal. El público de París quiso oírle y comenzaron las primeras gestiones para llevarle. Gayarre atribuía el triunfo, no a la naturaleza de su voz, sino a su estilo, al estudio que había hecho para renovar el fino canto italiano. Este concepto revela la cultura a que había llegado en su arte, y deshace la leyenda de su tosquedad y de que sólo poseía un don natural, como un jilguero inconsciente.

Para él no había arte sino en la plenitud de este consorcio: órgano, espíritu y estudio. Y era también esencial, en el teatro, la juventud. "No puedo comprender — decía — un tenor viejo: el cantante debe ser siempre joven; no comprendo la plenitud del sol más que a las doce del día; a las doce y cuarto ya es ocaso".

Era muy valiente en los "debuts", frente a los públicos nuevos. Cuando, por primera vez, fué a Nápoles, ciudad que le gustaba mucho, dijéronle que aquel público era difícilísimo de conquistar. "Los navarros — contestó — estamos ya acostumbrados a conquistar a ustedes. Vayan a Santa María la Nueva y lo verán". En este templo está enterrado el roncalés conde de Oliveto.

En 1877 fué a Buenos Aires y cantó en el viejo Colón. A su regreso comenzó la serie de grandes triunfos en Italia, Rusia, Austria, Inglaterra y España. El gobierno italiano le elige para cantar en los funerales de Víctor Manuel, colmándole de honores. Por fin, va a París, cantando en el teatro italiano. "Le Fígaro" da en su honor una fiesta memorable. Gounod quiere que cante en su casa, acompañado por él en el piano, la romanza de "Fausto". Todo el París intelectual y artístico le envuelve en una atmósfera de simpatía. Víctor Hugo, que nunca había querido oír la música de "le roi s'amuse", va a escuchar "Rigoletto". El buen sentido de Gayarre se revela en estas líneas que por aquellos días escribe a su amigo Enciso: "Me lla-

man “le lyon du jour”, lo cual me obliga a tener mucho cuidado, pues necesito no caer en lo cursi”. La última noche de la temporada en el teatro Italiano, el público parisiense, de pie, le pedía que volviera... El tenor le decía luego a un amigo: “Ante esta manifestación, tan honrosa para mí, complaceré a los parisienses: volveré; pero será para cantar en francés en su teatro nacional, en la Grand Opera”.

Y se puso a estudiar de un modo infatigable, hasta lograr una dicción pura en francés. Cuando estuvo bien preparado cantó nueve noches “Africana” en la Grand Opera con un éxito extraordinario.

Era muy sensible a la consideración de los hombres eminentes. Cuando supo que Víctor Hugo, tan poco aficionado a la música, había ido a oírle “Rigoletto”, Gayarre se sintió profundamente conmovido. En el Covent Garden entró Gladstone a saludarle en su “camerino”. “A las mayores ovaciones — le dijo Gayarre — prefiero estrechar la mano del primer liberal de Inglaterra”. También solía decir, refiriéndose a sus almuerzos de los viernes en casa de Castelar: “Voy por aprender algo de lo mucho que él sabe, y porque, al contacto de su gran espíritu, me parece que aumenta el lirismo del mío”. ¿Dónde está la tosquedad del gran tenor? Ni aun cuando tuviera razón para ello, era brusco en sus palabras. Hallándose en San Petersburgo se presenta un ayudante del zar: “Por orden del emperador es usted esperado mañana en Palacio”.

—Acabo de sentirme indispuerto y no podré cumplir la “orden” — respondió Gayarre.

Al poco rato volvía el ayudante: “El emperador ruega a usted que vaya a palacio cuando desaparezca la dolencia”.

—Decid a Su Majestad que me he aliviado repentinamente y que tendré el honor de cantar mañana mismo en palacio, ante su augusta presencia.

Nunca fué ingrato con quien le hiciera algún favor. Su agradecimiento a don Conrado García fué eterno. Desde Rusia le escribía: “Si sus negocios no le fueran bien, espero se volverá más bien a mí que a otro cualquiera. Jámás olvidaré a quien soy deudor de mi fortuna”. Durante la guerra carlista, le repetía desde Venecia: “Me imagino que sus negocios, con la guerra, no irán bien; díga-

melo para que le sirva como merece, pues no olvido que a usted le debo lo que soy".

¿Cómo cantaba Gayarre? Mucho se ha escrito sobre este punto. Cuando murió, se le extrajo la laringe. En el sitio más delicado se halló una extraña prominencia; este fenómeno físico pudo tener influencia en el timbre; pero no en aquella emoción lírica que dimanaba de su bello espíritu. Su propio padre, el "tío Mariano", como se le llamaba en el Roncal, hizo en una frase la mejor crítica. Salió de la montaña para oír a su hijo en el Real. Se presentó con el traje habitual de los pastores roncaleses. Gayarre era feliz aquella noche. Por el agujero del telón mostraba a los compañeros el lugar que ocupaba su padre. Cundió la noticia por el teatro y todos los anteojos enfocaron al viejo pastor. Después de una gran ovación, una marquesa dijo al anciano roncalés: "¡Ay, don Mariano, si fuera usted capaz de hacer otro como ese!"

—Esas cosas no se repiten, señora — repuso el padre del tenor.

La música que mejor interpretaba era aquella que tuviese cierto espíritu religioso: el "Ave María" de Gounod, la "Salve" de Righini, el "Spirto gentil" y, sobre todo, el epílogo de "Mefistófele". Cuando ensayaba solo en el piano esta romanza que, a su inspiración musical, une los versos más profundos y bellos que se han escrito, Gayarre acababa llorando sobre el teclado, azorándose mucho al ser sorprendido. "Esta música y esta letra me llegan al alma", solía decir.

Era profundamente religioso, sin ser beato. En la sierra de Navarzano, en las montañas roncalesas, hay una ermita, oculta entre bosques, consagrada a San Sebastián. Al nacer Gayarre, la piedad de su madre le puso bajo la advocación de este santo. Durante la carrera del tenor, el altar de San Sebastián estaba lleno de coronas procedentes de todos los países. Nunca San Sebastián que, según la tradición, anduvo desnudo, se vió engalanado de una manera tan fastuosa. Todos los años iba Gayarre con numerosos roncaleses a Navarzano. Allí se celebraba una gran fiesta, previa una misa cantada por todos los curas de los pueblos del Roncal y por el mismo

tenor. Asistían hombres, mujeres y niños, y después de un gran banquete entre los árboles, entregábanse los pastores al baile, descendiendo, llegada la noche, al Roncal, cantando aires vascos y dando "irrintzis" (gritos jubilosos) por aquellos desfiladeros.

Cantante espiritualísimo, envuelta siempre su alma en la emoción lírica, era poco gestero, poco histrión. Tenía, además, un sentimiento muy fino del ridículo, en el cual caen con tanta facilidad los artistas de ópera. La revelación del espíritu de un personaje no consistía, a su juicio, en la agitación externa, sino en la expresión lírica, en el acento melódico, en la emoción revelada por medio de la voz. Esto era lo fundamental; lo demás, accesorio. Y por eso, los trajes que prefería eran los talares, aquellos que exigiesen menos movimiento, el de Fernando en el "Spirto gentil", y el de Fausto en el prólogo y epílogo de "Mefistófele".

Murió joven, a los 45 años, en pleno triunfo. Tuvo perfecto conocimiento de su fin. Mostró gran valor al llegar la hora cruel. Dió la mano a su sobrino Valentín y le dijo: "Retírate: eres muy joven para ver esto". Luego se volvió a los amigos, diciendo: "Ahora no dirán que no sé morir". Al poco rato comenzó a delirar. Sus últimas palabras fueron: "¡Fernando! ¡Fernando!..."

Cuando llegó su cuerpo a este rincón del mundo, todos los pastores roncaleses esperaban en la carretera los restos de su querido "Cantor", que tan bueno y tan generoso fué con todos ellos.

Tenía la noble preocupación de la inmortalidad. Cuenta Enciso que, hallándose ambos de excursión por las soledades del Pirineo, quedóse, de pronto, abismado y triste. "De los escritores, pintores y músicos, queda su obra — dijo —; de mí no quedará nada; sólo el recuerdo fugaz de la generación que me escuchó". Gayarre no alcanzó la invención del fonógrafo. Este anhelo de prolongar su lirismo en la conciencia estética del mundo, revela el espíritu del gran artista.

He visitado las escuelas de ambos sexos, donadas por el tenor. Son dos edificios magníficos, dignos, no de una aldea, sino de una gran ciudad. En un salón están las coronas fúnebres dedicadas por los centros artísticos de toda España, por los reyes, la nobleza, las

instituciones de cultura, los compañeros de arte de su época y multitud de admiradores. Todas las paredes de la vasta sala están cubiertas por estos postreros testimonios de simpatía al gran cantante. Las coronas son innumerables y se conservan bastante bien, a pesar de los treinta años trascurridos. En las inscripciones se agotan los adjetivos apologéticos y las frases de dolor. A la entrada está el "tilbury", un cochecito modesto que solía usar en sus excursiones por los pueblecillos del valle. Desde una ventana veo las altas montañas, los desfiladeros cubiertos de hayales, los barrancos profundos. La sensación de soledad es absoluta. Sólo recuerdan el torbellino del mundo, el estrépito de las grandes ciudades, estas coronas, ya desvaídas, últimos testimonios de la vibración espiritual y de las emociones estéticas que en los fastuosos coliseos supo provocar el pastor roncalés. "Sic transit gloria mundi" . . .

En el centro del frontón, que es enorme, está su busto, labrado en piedra de estas montañas. En su rostro se unen la energía y el aire melancólico que formaban el rasgo esencial de su carácter.

Voy al cementerio. Es muy pequeño, un camposanto de aldea, cubierto de yerba; entre ella se ven toscos palos en cruz, bajo los cuales duermen su eternidad los pastores. Allí está, ocupando casi toda la diminuta necrópolis, el soberbio monumento de Benlliure. Nuestro gran escultor ha puesto en esta obra, aparte de su consumada pericia en el modelado del bronce, un sentimiento exquisito en la concepción. Dos ángeles, trazados con sin igual vigor, sostienen el féretro en un impulso ascendente, como trasladándole al cielo. Otro angel está arrodillado sobre la cubierta de la caja, aplicando a ella el oído, como recogiendo el eco de las melodías que la muerte suspendió para siempre. Todo el monumento es un alarde de equilibrio, de composición y de belleza. En la escalinata rectangular, una mujer, de mórbido torso y hermosos brazos, de puras líneas clásicas, simboliza a la música, llorando sobre una lira rota. Aludiendo a sus años de pastor, se ven en el zócalo cráneos de corderos y cabras; en el sarcófago figuran bellos amorcillos, en relieve, de admirable gracia infantil. Una ondulante cinta les rodea, en la cual están inscriptas las óperas que mejor interpretó. Los pastores roncaleses leen aquellos nombres: "Elixir d'amore", "Africana", "Pescatore di perle", "Lohengrin", "Rigoletto", y se quedan pensativos,

sin comprender su sentido, sabiendo solamente que el "Cantor" fué por el mundo cantando aquellas cosas que ellos nunca han oído, en unos teatros que nunca verán. Ellos saben que los reyes y los príncipes de toda la tierra le llevaban a sus palacios. Para ellos Gayarre es como un cuento de hadas, en que, por arte del milagro, un pastor se torna en el más poderoso magnate, a cuyos deseos ceden todas las fuerzas del mundo. Los que ahora son mozos, nacidos después que él murió, tienen de Gayarre el concepto de las leyendas maravillosas. Los ángeles de Benlliure, tendiendo su airoso vuelo en esta soledad, entre las imponentes montañas que ciñen el cementerio, contribuyen mucho a mantener este recuerdo en el espíritu ingenuo de los pastores. Pero hay algo que les trae a la realidad: son las escuelas donde ellos aprendieron a leer y escribir; su frontón, donde juegan a la pelota, bajo la mirada del "Cantor" que parece ejercer de juez para que no hagan "tongo", para que sean varoniles y honrados como él lo fué siempre; es el puente sobre el Ezca rumoroso, bajo el cual corren las truchas en la fría aguanieve, mientras sobre el pretil se hace el amor a las mozas. Todas estas obras, toda la tradición de generosidad que ha dejado en estas montañas, les revela a todas horas la existencia real del "Cantor" como el primer roncalés, como el mejor amigo del pueblo, como el principal promotor de la cultura y del progreso. Y así, en la conciencia de todos, vive su memoria como la de un patriarca lírico, estimulando los más bellos sentimientos en el alma roncalesa. En mis paseos por estas cumbres no he oído cantar a nadie. Parece que existiese el sentimiento de que ello sería una profanación. Pero, sin duda, existe en todos los pastores el mismo sueño: poseer el don divino del "Cantor".

No acierto a separarme del monumento, compartida mi emoción entre el imponente paisaje, la obra escultórica que, como quería Sócrates, "representa con la forma las operaciones del alma", y el tumulto de sentimientos que la evocación de las interpretaciones líricas del "Cantor" levanta en mi espíritu.

Al salir del pequeño cementerio, el sol se oculta tras las cumbres, dejando sobre los bosques la estela de su último resplandor. Miro por última vez el monumento que nunca volveré a ver. Y en mi espíritu acongojado se hacen presentes aquellos estupendos versos de Boito, del filósofo, músico y poeta, que Gayarre, con unción mis-

EL ESPIRITU DE GAYARRE

tica, decía de manera insuperable. Y aunque mi espíritu los formula en silencio, me parece que el acento sale de entre los bronce de la tumba, escala las cumbres y llega a los pies del Altísimo, como la aspiración de lo único inmaculado que existe en el alma humana:

Voglio qui questo sogno
sia la santa poesia
e l'ultimo bisogno
dell'esistenza mia...



RECUERDOS INTIMOS DEL TENOR

Por intermedio de don Mariano Martín Fernández, senador por la provincia de Lugo, Grandmontagne pidió a don Valentín Gayarre, sobrino y heredero del tenor, y actualmente senador por Navarra, algunos detalles íntimos de la vida del artista. He aquí la interesante carta con que respondió a la petición:

Madrid, 31 de octubre de 1921.

Querido amigo Mariano: Si en vez de hallarse en San Sebastián, hubiera estado en Madrid el amigo Grandmontagne, conversando con él le habría referido algo que no figura en las biografías de mi tío Julián Gayarre, — la mejor hecha, se puede decir la única, es la de Julio Enciso — y él aprovecharía lo que estimase digno de figurar en su artículo; pero se me hace difícil desempeñar este cometido por escrito, porque no sé discernir bien si encontrará algo utilizable en lo que paso a exponer.

A Roncal se puede ir por dos carreteras, una que pasa por Lumbier, Navascués y Burgui, y otra, por la que habrá hecho él seguramente el viaje, que partiendo de Liedma y pasando por Tiermas, se separa en la venta de Sigiúes de la que conduce a Jaca, y atravesando Salvatierra de Aragón, va a empalmar con aquélla en Burgui, primera de las siete villas que forman el valle del Roncal. Era difícil obtener la concesión de esta segunda carretera, que sigue el curso del Ezca en toda su extensión, de unos 14 kilómetros, por ser muy costosa su construcción; mas, con tal interés la gestionó el tenor roncalés, cerca del entonces ministro de Fomento, don Carlos Navarro Rodrigo, que se la concedió éste. Muy agradecido Gayarre por este señalado favor, dijo al ministro que podía disponer de él en cualquiera ocasión que se le presentase, y poco tiempo después, recordándole este ofreci-

miento, solicitó Navarro Rodrigo su concurso para tomar parte en un concierto que a los pocos días se iba a celebrar en la casa que habitaba la marquesa de Sierra-Bullones, contigua al Banco de España, que en su testamento dejó ésta para que fuese dedicada a un asilo de niños huérfanos, y en el acto le fué concedido.

Le atribuían algunos que no le conocían bien, un carácter arisco, debido a que con gran frecuencia tenía que rehusar convites en las casas, cuyos invitantes se proponían principalmente que, al terminar de comer, cantase el tenor, y solía decir éste que los que quisieran oírle cantar que fuesen al teatro.

En los últimos años de su vida dejó de firmar los contratos, y en algunos, como en los celebrados con el conde de Michelena para cantar en el Teatro Real de Madrid, cobrando 6.000 pesetas por función, no medió más que su palabra, a la que jamás faltó.

En el último año de su vida, durante el verano de 1889, recorriendo algunas ciudades de Italia conmigo, le ofreció en Nápoles el agente y crítico musical Dormeville, un contrato para Buenos Aires, por el que hubiese cobrado por función cerca de 20.000 pesetas, precio que, si actualmente resulta exagerado, entonces parecía fabuloso. A los dos meses después de haber visitado la exposición de París, estando en Roncal, fué a verle, comisionado por otra empresa de Buenos Aires, el famoso pelotari "Chiquito de Eibar", y le ofreció otro contrato análogo, que tampoco quiso aceptar, hasta ver cómo resistía la inmediata temporada en el teatro Real. Al preguntar Gayarre al "Chiquito de Eibar" cómo era posible que pudieran ofrecerle tanto dinero por cantar en Buenos Aires, le contestó que, aparte el precio extraordinario que costarían las localidades del teatro, pues había gran deseo de oírle cantar en la capital de la República Argentina, el gobierno había prometido subvencionar con una respetable cantidad a la empresa teatral que lograrse contratarle.

El día que estuvo el "Chiquito de Eibar" en el Roncal, contendió a la pelota con Gayarre, que jugaba con cesta a remonte, y otros aficionados de dicho pueblo, y a la caída de la tarde, se sirvió en el frontón, construído a expensas del tenor, una comida seguida de un baile público; pero el frío que ya se dejaba sentir hizo presa en el cuerpo de éste y curó días después, del enfriamiento allí cogido, en los baños de Alhama de Aragón.

CARTA DE VALENTIN GAYARRE

Las obras del frontón y de las escuelas públicas para niños y niñas que hay a continuación del mismo, costaron más de 500.000 pesetas y uno y otras, los donó a sus paisanos los roncaleses.

Embalsamado su cadáver, se llevó por expresa disposición del finado al cementerio del Roncal y se guarda en el mausoleo que, encargado por sus sobrinos Fermina y Valentín, esculpió el gran artista Mariano Benlliure.

De no haberle sobrevenido la muerte, producida por la gripe que tantas víctimas causó en aquel invierno en Madrid y en el resto de España, pensaba firmar uno de los contratos que se le ofrecían para Buenos Aires, y había formado el plan de pasar dos años en América, empezando y terminando su "tourné" teatral en dicha ciudad, destinando todo el dinero que ganase en la excursión y en las funciones de despedida que a su regreso daría en los principales teatros de Europa, a construir en Madrid un hospital o un establecimiento docente.

Hombre modesto, más ambicioso de gloria que de dinero, decía que le bastaba con lo que había ganado para él y los suyos, y que había que acordarse de los humildes.

Un día, durante su temporada veraniega en el Roncal, en hora que no había fieles en la iglesia, acompañado al órgano por el secretario del ayuntamiento y organista don Matías Garzón, y rodeado de muy contados amigos, cantaba música religiosa, terminando con el prefacio de la misa "Vere dignum et justum est, aquum et salutare..." que a los que se lo escuchábamos nos producía no menor impresión que oyéndole cantar el "spirito gentile" de la "Favorita", o el epílogo del "Mefistófeles" ; Qué notas graves tan hermosas y que amplitud de "fiatto"! ; Qué impresión hubiera causado en una catedral llena de fieles, vuelto hacia el público como se canta esta parte de la misa!

Estimaba equivocados los métodos de canto que se seguían por la mayor parte de los maestros y se proponía publicar uno, después que se retirase del teatro, dando gran preferencia en él a la vocalización para que se entienda la letra de lo que se canta, y a cantar abierto, sin los cierres que enseñan los malos maestros.

El y todos sus antepasados, hasta donde alcanzan los archivos parroquiales de Garde y el Roncal, eran de estos dos pueblos del valle que lleva el nombre del último donde termina por el Este de España el territorio habitado por la raza vasca, y en ellos todavía se conserva

el vascuense, aunque no lo hablan más que las personas ancianas, siendo apenas comprendido por los jóvenes.

Gayarre no lo hablaba bien, pero lo entendía perfectamente, y algunas veces en los ensayos del teatro Real, se dirigía desde el escenario en esta lengua a los individuos de su familia que estaban en las butacas, formulando el juicio que le merecían los demás cantantes de la ópera que se ensayaba.

Parte de las mañanas del último verano de su vida, las dedicó en el Roncal a ensayar, acompañándose al piano, el "Orfeo" de Gluk, que pensaba cantar en la temporada inmediata del teatro Real de Madrid, y el último acto del "Otello" de Verdi.

Si de todo esto puede utilizar algo Grandmontagne, lo celebraré mucho y le quedaré agradecido, pues siento un verdadero culto por la memoria de mi tío Julián.

Mande, querido Mariano, así como Grandmontagne, a su buen amigo.

Valentín Gayarre.



RECUERDOS DE GAYARRE

UNA CARTA DE BENLLIURE

Al proponerse Grandmontagne escribir sobre el Roncal y Gayarre, solicitó por intermedio del Senador Mariano Martín Fernández, del eminente escultor Benlliure unas cuartillas sobre el monumento del célebre tenor. Publicamos a continuación la interesante carta de Benlliure.

Villalba, 2 de noviembre de 1921.

Señor Mariano Martín Fernández.

Querido tocayo: Aquí me tienes terminando un trabajo en barro, otro mausoleo, el de Joselito, para el cementerio de Sevilla. Ya te avisaré en cuanto lo lleve a Madrid; tendré mucho gusto en que lo veas, pues es una de esas obras difíciles de interpretar, porque, sin prescindir de la personalidad del ídolo del pueblo, no se pueden utilizar esos dos factores en que se basa la fiesta nacional: el toro y el traje de luces. En fin, ya lo verás.

He recibido tu carta, en la que solicitas de este "picapedrero", en nombre del bueno y admirado Grandmontagne, algo superior a mis fuerzas. Eso de que concibo maravillosamente en arte y describo con la pluma que es un primor... casi casi, en parte, lo primero lo aceptaría; pero la segunda afirmación de tu carta es sólo fruto de tu afecto. Ello me obliga a complacerte. Lo haré con sencillez, al correr de la pluma, como se habla a un amigo.

El estar más o menos acertado en la idea y en la interpretación de la misma, depende principalmente de haber vivido el personaje y de haber sentido por él profunda simpatía. También es un gran

factor la forma en que se hace el encargo y las atribuciones que se conceden al artista. En el caso de Gayarre, sus sobrinos, Valentín y su buenísima hermana, me concedieron amplia y completa libertad para ideas y ejecución.

Quería yo a Gayarre entrañablemente. Me tocó la triste misión de ser el primero que dió la noticia de su muerte a la prensa de Roma, donde yo residía. Pocos días antes había tenido carta de Julián, dándome cuenta, con mucha gracia, de las indisposiciones que había causado la gripe a sus compañeros del Real, y de sus deseos de terminar las funciones para trasladarse a Nápoles, para donde estaba contratado.

Gayarre me quería mucho. Era un navarro en cuerpo y alma; en su gran corazón y carácter llevaba toda la fuerza de la hermosa y bravía naturaleza de su tierra, y cuando brindaba amistad era firme como la roca. A pesar de la diferencia de edad, pues yo era entonces un muchacho, le tuteaba y conseguía de él atenciones artísticas que muchos, aun siendo de su misma edad y gran posición social, no lograban alcanzar. Nunca podré olvidarle. Me quería tanto que la primera visita que hacía, cuando llegaba a Roma, era a mi estudio, dedicándome la primera nota, pues al entrar en aquella casa de la vía Margutta, ocupada por artistas y estudiantes, me llamaba dando una nota que aun resuena en mis oídos: “¡Marianitooo!” Al oír aquella voz tan divina, todos los artistas que ocupaban aquellos estudios salían a las ventanas, llenos de alegría, exclamando: “¡ecco Gayarre!” Ni un solo día se deja de hablar en mi casa del gran artista y del amigo inolvidable. Esa nota “¡Marianitooo!” vive eternamente en mis oídos, y ella me inspiró el monumento. En cuanto murió, hice un boceto para mí, para dedicarle yo en mi estudio este recuerdo al querido amigo y al gran artista.

La idea, en síntesis, era ésta. La figura que sirve de remate es el genio, el espíritu, que recoge sobre el féretro la última nota. El féretro lo elevan dos figuras que representan la armonía, las cuales, guiadas por la figura del genio, elevan a las altas regiones el arte de la voz, el don divino, lo que ha bajado de la divinidad y vuelve a la divinidad; en la tierra queda la materia, la parte mortal, representada por el dolor de la mujer que llora sobre la lira rota. Esta es, en sustancia, la idea que inspiró el mausoleo. El carácter de la ejecución obedece

RECUERDOS DE GAYARRE

al ambiente que rodea al artista, y de cuyo contagio no se puede prescindir, sobre todo, cuando se es muy joven. Digo esto por su tendencia italiana, que no lo creo defecto, sino todo lo contrario. ¡Ojalá hubiese penetrado en mi arte el secreto de las grandes creaciones de los maestros del Renacimiento! Lo advierto porque, ya entonces, tanto en Italia como en Francia, atribuían mi estilo a influencias de la escuela italiana, al extremo de creer que yo era italiano. ¡Era el mayor elogio que se me podía hacer!

Demasiado me he extendido para no saber escribir; pero tratándose de Gayarre, de quien conservo un recuerdo imborrable, todo me parece poco. Tú, con tu talento y el cariño que me profesas, leerás entre líneas y transmitirás al amigo Grandmontagne lo que quiere decir este “picapedrero”.

Te abraza

Mariano Benlliure.

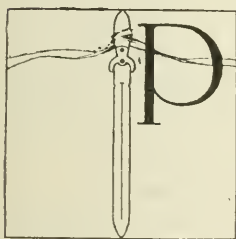




VI

LEYRE — LA TUMBA DE LOS ANTIGUOS REYES

EL PLEITO ENTRE DOS SANTOS



ARA subir al gran monasterio de Leyre, cuyos muros venerables, hoy en ruinas, encierran por espacio de centurias la historia política, militar y religiosa del antiguo reino de Navarra, o de la Baskonia, mejor dicho, hay que pasar por Javier, pequeño pueblecillo ante el cual no podemos permanecer indiferentes, pues, como su nombre lo indica, fué la cuna del apóstol de las Indias

orientales, de aquel esforzado varón que hoy se venera, con el nombre de San Francisco Javier, en los altares de todo el orbe católico.

El paisaje es áspero, escarpado, duro; pero si no es tan grato a la vista como el deleitoso Baztán y el magnífico Roncesvalles, encuentra el olfato, en cambio, sensual placer en las emanaciones de multitud de yerbas aromáticas. Parece que nos halláramos en una perfumería; no he cruzado nunca un campo más oloroso. Tanto como los pulmones, agradecen las narices este aire fragante. No es posible definir la esencia odorífera; hay de todo en la pina sierra; entre las piedras y estrías crecen el torvisco y la malva, el orégano y la genciana, el ajeno, la ruda, el malvavisco, la verbena y otras muchas plantas silvestres. El aire, ejerciendo de perfumista, unifica en

el espacio los olores, y el resultado de esta fusión escapa a nuestra facultad definidora. No importa. Tratándose de sensualidades que embriagan nuestros órganos perceptores, lo de menos es la palabra que las califique.

Pero no todo el paisaje es seductor al sentido olfatorio e ingrato a la vista. Allá, arriba, ciñendo el tono pardo de las escarpadas laderas, se levantan las azuladas cumbres que parecen tomar del cielo su color. En la visión de esta cordillera lejana, nuestros ojos encuentran una sensación aplaciente y se resarcan de la adusta y hosca aridez del resto de la serranía.

El castillo de Javier, con sus muros almenados, nos revela el origen feudal del señor de Jaso, padre del santo. Se halla el castillo como incrustado en la roca. Por una puerta de arco, de estilo ojival, se llega a un amplio patio. En uno de sus extremos existe un pozo que tenía, según la tradición, una virtud milagrosa. Era creencia generalizada en la comarca que las mujeres estériles dejarían de serlo arrojando piedras a este pozo; por cada una que echasen dentro, el santo les concedería un hijo. El anhelo de maternidad debió ser muy grande, pues el pozo se cegó pronto, llegándose hasta el extremo de arrojar un banco de piedra, un gran poyo, que había en el patio. Fué necesario poner cubierta y un candado al pozo. Ignoro si estas piedras se tradujeron en fecundidad; sólo advierto que la raza es varonil y recia, llena de brío, como creada a pedradas.

Tiene el castillo roquero una pequeña iglesia. Sobre la puerta se lee una larga tirada de versos. Transcribo los primeros:

“Deten tu paso y reflexiona atento
 Antes de penetrar estos umbrales,
 Que vas a visitar un aposento
 Que merece respetos celestiales.
 En él nació Javier, aquel portento
 Que en las Indias y playas orientales,
 Con un celo ferviente y nunca visto
 Granjeó medio mundo a Jesucristo”.

La pila en que fué bautizado Javier estaba cubierta de plata; hoy sólo es de piedra. La materia argentífera se la llevaron las

huestes de la invasión napoleónica. En esta capilla del castillo paterno se entregaba Javier a místicas meditaciones sobre los destinos humanos. El paisaje, aparte el aire embalsamado, invita al recogimiento y a la oración. El espíritu, gravemente religioso de los vascos, dimana, en buena parte, de la solemnidad imponente del paisaje pirenaico. Los que han vivido en América treinta o cuarenta años sin preocupación religiosa, absorbidos por la lucha vital, al retornar a estas montañas les vuelve a ganar el espíritu la inquietud de la otra vida. Y comienzan a frecuentar la iglesia con verdadera devoción. La regla es general, sin que apenas se puedan contar excepciones.

Francisco Javier de Jaso y Azpilcueta, el santo, es un ejemplar representativo del carácter navarro: tenacidad en el esfuerzo, valentía, rápida inteligencia. Su padre, consejero de Juan III, al ver el despejo del mozo, le envía a la Universidad de París, donde entonces se educaban todos los vástagos de la nobleza europea. A los 20 años obtiene el título de maestro en artes. En la capital de Francia conoce a otro vasco de recio espíritu, Ignacio de Loyola, que, después de una tormentosa vida militar, lleva en su cerebro organizador un vasto plan religioso. El navarro es más joven, de un carácter más abierto y espontáneo; el guipuzcoano es más adusto y está ya desengañado de las pompas y vanidades del mundo. Temeroso de que los éxitos universitarios desvanezcan a Jaso y sea atraído al campo luterano, que ya lo solicita, Loyola, el gran domador de voluntades, toma por su cuenta al joven navarro, y a pesar de su menor cultura, le inculca sus ideas y le convierte en colaborador de sus planes. Javier hizo sus votos en la iglesia de Montmartre, juntamente con Loyola y otros ocho compañeros que constituyeron la base de la Compañía de Jesús. Aprobada por el Papa, Paulo III (1540), los iniciadores de aquella institución, tan humilde en su origen y tan fuerte en los siglos futuros, se dispersan por el mundo a propagar la fe en los destinos inmortales de la iglesia católica. Javier embarca en Lisboa, en la expedición del virrey Souza, con rumbo a las Indias orientales. La travesía es penosísima: se han podrido las provisiones; la peste se propaga entre la numerosa tripulación. Javier se desvive auxiliando a todos aquellos desgraciados. La expedición de Souza se ve forzada a invernar en Mozambique, donde des-

embarcan ochocientos apestados. Allí el joven navarro da pruebas de su humanitarismo, de su verdadera santidad, arbitrando recursos para salvar la expedición portuguesa, curando enfermos y consolando a los incurables. Después predica y obra milagros en Goa y en toda la costa de Pesquería. El rey de Portugal le ha recomendado a los gobernadores; pero el origen de su éxito propagandista está en su cálida palabra y en su unción mística. Los magnates bramanes se oponen a su apostolado; pero Javier los anonada con sus argumentaciones y milagros. Pasa luego a Travancor y recorre toda la India; bautiza a los reyezuelos de Ternate, de Ceylán, de Candy y de las Molucas. Luego marcha al Japón. Por último, cuando se disponía a emprender la conquista religiosa de la China, murió en la travesía, a bordo del buque que le conducía. No he de ocuparme de sus múltiples milagros que los lectores piadosos hallarán descritos puntualmente por los hagiógrafos. Por su vida ejemplar y su gran propaganda evangélica, en 1622 se le canonizó y fué elevado a los altares.

Hagamos ahora la historia de un litigio curioso que apasionó profundamente a toda Navarra. No ha existido un pleito por bienes materiales en que se ponga tanto tesón, tanta diligencia, tanta actividad, tantas influencias y recomendaciones, en que se toquen tantos resortes de todo género para lograr un fallo favorable; ni habrán cursado tampoco los tribunales civiles otro en que los gastos hayan sido mayores. El célebre litigio de los santos navarros comenzó así. En 1622, las cortes del reino, por intermedio del general de la Compañía de Jesús, del llamado vulgarmente papa negro, pidió al Pontífice que San Francisco Javier fuese declarado patrono de Navarra. A los dos años, sin resolverse el asunto en Roma, las cortes le declaraban santo tutelar, previo juramento. Pero la capital, Pamplona, protestó, sosteniendo que el verdadero patrono de Navarra era San Fermín, por quien los "pamplonicas" sienten una mezcla de afecto al hombre y devoción al santo, que forma una adhesión que acaso no haya logrado inspirar ningún otro miembro del santoral. Se entabla en Roma el pleito entre las cortes del reino y la municipalidad de Pamplona. La curia romana se ve perpleja. Tiene la causa

de San Francisco Javier formidables valedores y padrinos: la Compañía de Jesús, de la cual es iniciador, juntamente con San Ignacio, las cortes del reino, la burguesía rural, los distritos que representan los diputados y, por último, el señor del castillo de Javier, sobrino del santo, vizconde de Zolina, de quien descienden los actuales duques de Granada. San Fermín no cuenta más que con los ediles de Pamplona y el propio prestigio de evangelizador de las Galias, a quien el pretor romano cortó la cabeza en Amiens.

La efervescencia es cada vez mayor. Ninguno de los dos bandos cede, porque es un poco difícil ceder en Navarra. Los santos, cual si estuvieran vivos y presentes, predicando a los electores y reclutando votos en favor de su elección, apasionan a los dos partidos. Toda Navarra está dividida en ferministas y javieristas. Los principales agitadores buscan adictos, valiéndose de todas las influencias que suelen ponerse en juego en las elecciones políticas. Al demandar el voto, se responde: "lo siento; estoy ya comprometido con San Francisco Javier". Y, al contrario, cuando aquel a quien se pide el voto, pertenece al otro partido: "no puedo complacerle; se lo he ofrecido ya a San Fermín". Pasan 20 años. En 1643, las cortes, por medio de un bando dirigido a todo el reino, proclaman como único patrón de Navarra a San Francisco Javier, sosteniendo que San Fermín sólo podía serlo de Pamplona. La capital protesta de nuevo y apela a Roma. Los dos partidos envían a la Ciudad Eterna numerosos comisionados para sostener ante el Vaticano sus encontradas pretensiones. Las comunidades eclesiásticas están divididas. Disiente igualmente el tribunal que en Roma había de fallar el pleito. La controversia pone en conmoción a todo el reino. Con verdadera ansiedad se esperan las noticias. Por fin, ante la duración y costo del litigio, las cortes y el Ayuntamiento pamplonés se avienen a transigir; el Papa, Gregorio XV, espíritu cordial, aprovecha la coyuntura para zanjar el largo pleito. Y se acuerda que los dos santos sean declarados patronos de Navarra; pero el Ayuntamiento de Pamplona exige, y así se acuerda, que en las procesiones vaya San Fermín el primero. Desde aquellos remotos tiempos, la paz religiosa no ha vuelto a ser alterada y ambos ilustres varones, ejemplo de virtudes y de fortaleza, comparten el afecto y la veneración de Navarra. Como las

fechas conmemorativas no coinciden, se evita el caso de que uno u otro tenga primacía en los actos religiosos.

No es hora de terciar en el debate, ni de resucitar la controversia; pero ello no impide hacer una observación de estricta justicia. San Fermín es muy anterior a San Francisco Javier. Su obra en Navarra y las Galias pertenece a los tiempos más difíciles y duros para el cristianismo. Su muerte, decapitado en Amiens, le da verdadera categoría de mártir. San Francisco Javier, luchador admirable por la causa de la Iglesia católica, no fué martirizado, aunque sus grandes trabajos y penalidades quizá quebrantasen su salud, pues, hombre fuerte y robusto, murió relativamente joven. Respecto a los resultados logrados por uno y otro, también cabe decir algo: la India y el Japón, lugares en que San Francisco Javier desarrolló su propaganda, no podemos decir que fueron ganados para nuestra fe, mientras que Navarra y las Galias, adonde San Fermín llevó sus predicaciones, siguiendo el ejemplo de San Saturnino y otros evangelizadores, son absolutamente cristianas. En una cosa son iguales los dos santos: ambos procedían de la aristocracia navarra, habiendo abandonado por su ideal todas las ventajas de una posición brillante, para entregarse a una obra que exigía los más terribles sacrificios. Yo no quisiera que estas ligeras observaciones sirviesen para atribuirme parcialidad por San Fermín, o para considerarme adicto al partido pamplonés. Y aunque el juicio de los jueces del siglo XVII, reconociendo a los dos la categoría de patronos de Navarra, pero estableciendo que San Fermín vaya el primero en las procesiones, justifica mi modesta opinión, repito que soy imparcial en el histórico pleito y reparto por igual mi veneración. Los santos, según la bella frase de Eça de Queiroz, constituyen la aristocracia del cielo. Y dentro de esta aristocracia no hay clases, como en la terrestre; no hay príncipes, duques, condes, etc. No hay más que un solo título: santo. Y así todos alcanzan igual grado de alta y pura excelitud.

Hállase el monasterio de Leyre al pie de la sierra del mismo nombre. Hoy es una vasta ruina; la mole externa del edificio se man-

tiene aún en pie, evocando la historia medioeval del reino. Entre las invasiones y las guerras civiles completaron el destrozo del secular monumento. Su restauración total requeriría sumas cuantiosas. Y no son estos tiempos de incredulidad y positivismo los más propicios para emprender una obra de tal magnitud. La total decadencia es inevitable. Gracias a los desvelos de la Comisión de Monumentos se han restaurado, aunque muy económicamente, la iglesia y la cripta que guardan las cenizas de los primitivos reyes de Navarra. Los huesos de los monarcas se hallaban esparcidos entre las ruinas. El cura de Iesa, pueblecillo inmediato, los recogió piadosamente y los conservó en su iglesia, hasta que, abierto nuevamente al culto el monasterio, fueron trasladados a la cripta.

Compónese el gran edificio de dos cuerpos de diferente época y estilo. El templo, según la monografía del arqueólogo Madrazo, es uno de los más interesantes modelos de la arquitectura benedictina del siglo XI; “pero no de la arquitectura de Cluny y de Vezelay, sino de aquella otra más severa que la precedió, sabia y clásica en la construcción y en el ornamento semibárbaro; de aquel arte que aun permanecía extraño a la exuberancia, o más bien “intemperancia” ornamental de los arquitectos cluniacenses, ajeno a las profanaciones tan severamente censuradas un siglo más tarde por San Bernardo”. La antiquísima cripta, subterránea, viene a servir de base a los pilares del templo. Junto a este edificio románico, de tres naves, existe otro de una sola y muy grande; su carácter, desprovisto de ornamentación, pertenece al sobrio románico que empleaban en sus construcciones los monjes de Cister. Contiene la portada, casi derruida, vestigios de los bajorrelieves de la escultura carlovingia, representando, a la derecha del Salvador, a las santas Nunila y Alodía, y, a la izquierda, a los santos Marciano y Viril. Los arqueólogos atribuyen al desconocido imaginero una gran fantasía en la concepción ornamental de esta portada.

Por haberse quemado los archivos en una de las muchas invasiones que sufrió Navarra, se desconoce el origen y fecha de fundación del monasterio de Leyre. Algunos eruditos en arqueología suponen que la gran obra fué comenzada por los obispos galo-romanos del siglo VIII. Creen otros que la construcción la iniciaron los godos. La hipótesis es inconsistente. Un profundo odio de raza imperó siem-

pre entre godos y bascones. Y a esta brava ojeriza se atribuye, precisamente, la causa de que se retrasara la conversión de los montañeses pirenaicos al cristianismo. Fuera de la zona de Pamplona y de las orillas del Arga, la nueva fe, el espíritu cristiano, no ganó la conciencia de la población montañesa hasta después de la irrupción de los árabes. La biblioteca del monasterio debió ser magnífica, según advierte en su "Oasis" Mañé y Flaquer. De ella habla San Eulogio en una carta dirigida a Wilesindo, obispo de Pamplona (año 851). Debió ser el santo gran bibliómano, pues advierte que se llevó consigo ediciones primitivas de "La Ciudad de Dios" de San Agustín, las "Odas" de Horacio, las "Sátiras" de Juvenal, los "Opúsculos" de Porfirio, los "Epigramas" de Adhelelmo, las "Fábulas" de Avieno y muchos himnos religiosos que servían para enardecer el espíritu cristiano frente a los infieles.

Producida la invasión árabe y sojuzgada Pamplona, las autoridades eclesiásticas, llevando consigo la veneranda imagen de Santa María la Blanca, se refugian en Leyre. Allí van también los reyes y todas las autoridades civiles. El monasterio benedictino se convierte en la sede principal del Pirineo navarro. "Desde entonces — dice Mañé y Flaquer en su bello estilo romántico —, el báculo y la espada, el altar y el trono, la religión y la patria, tuvieron en Leyre su más firme baluarte. Para los navarros y, en general, para los antiguos bascones, es su Covadonga, pues de Leyre partió la reconquista del reino contra los infieles. Los monarcas navarros y, muy especialmente, Sancho el Mayor, llevaron a su mayor auge los esplendores del monasterio".

Hasta el siglo XIII, los reyes recibían sepultura en la cripta de Leyre, viniendo a ser el Escorial de las dinastías navarras. De los 39 monarcas que tuvo Navarra, 17 yacen bajo estas ruinas venerables, desde Don García Jiménez, hasta Sancho Ramírez, que reinó a la vez en Navarra y Aragón.

Una cripta real es siempre imponente, pues en la historia de los reyes se resume la historia antigua de los pueblos. No sin cierto recogimiento me aproximo al lugar en que se hallan las cenizas venerables. Y en caravana cruzan por mi memoria, avivaída por la influencia evocadora de estas ruinas, las figuras de los primitivos monarcas del reino que tan alta significación tiene en los anales del mundo;

unos dictaron leyes de amplio espíritu democrático, como todas las originarias del fuero navarro; otros aplicaron su actividad al fomento de la riqueza rural; casi todos tuvieron que luchar incesantemente, con la habitual bravura navarra, en defensa de su reino, asediado de continuo por múltiples enemigos. Al frente de pastores aguerridos, de aquellos bascones de fiera independencia, ellos supieron mantener la dignidad de su Estado y de su patria. Y no hubo entre estos antiguos monarcas un solo déspota, un solo tirano, cruel y protervo, como los que sufrieron otros reinos. Sus reinados fueron patriarcales, como si los súbditos perteneciesen al propio hogar de los reyes. La bondad paternal era el primer atributo de la realeza navarra.

Cenizas venerables: ahí las de Don García Jiménez I, señor de Abárzuza y de Améscoa, iniciador de la dinastía. La impotencia del gobierno federativo de los bascones, frente a la unidad robusta de la invasión árabe, fué el origen, según Olóriz, del cambio de las instituciones seculares de la antigua Baskonia. Era menester elegir un jefe para unificar el esfuerzo. Reunidos montañeses y ribereños en el valle de la Borunda, eligieron rey al patriarca de Abárzuza, que levantó los primeros castillos en el Roncal y supo merecer el reinado derrotando al caudillo árabe Abdelmelic. Ahí las cenizas de su hijo y sucesor, Don Iñigo García, que reinó con el sobrenombre vasco de "Aritz" (roble) y bajo cuyo reinado tuvo lugar el desastre de Carlo-Magno en Roncesvalles; ahí Don Fortuño García, que, al frente de los roncaleses, destruye en Olast el ejército de Abderramán a su retorno de Toulouse; el caudillo moro perece a manos de una brava moza roncalesa, y desde entonces las recién casadas del Roncal llevan, los días siguientes a su matrimonio, una corona de plata, en memoria de la heroína; ahí Sancho I, vencedor de los ejércitos de Ludovico Pío, rey de Aquitania; ahí Don Jimeno Iñiguez, el Pacífico, espejo de reyes progresistas; ahí el bravo conquistador de Nájera, Iñigo II; García Jiménez II, héroe de la batalla de Clavijo; García Iñiguez, reconquistador de las tierras llanas dominadas por los árabes; Fortuño II, el Monje, espíritu místico, que abandonó el fausto del trono para encerrarse aquí, en Leyre, entre los benedictinos, donde su vida anacorética se prolongó hasta 126 años; Sancho García II, conquistador de la Gascuña, a cuyo empuje bizarro se abaten las corvas cimarras de los sarracenos; García Sánchez IV, héroe de Simancas;

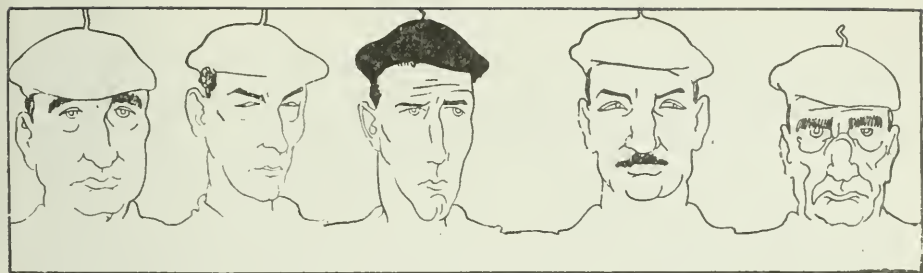
Sancho III "Abarca", apodo alusivo a su calzado, rey activo y bravísimo, que expulsa de Huesca y Zaragoza a las huestes de Almanzor, azote de la cristiandad; García V, el Tembloroso, así llamado por el temblor, no de miedo, sino de coraje, que se apoderaba de su excitable naturaleza al entrar en batalla; principal héroe en Calatañazor, donde — si no exageran los historiadores — quedaron tendidos ciento diez mil infieles; Sancho IV el Mayor, conquistador de Ribagorza, tutor del rey de Castilla y defensor de su trono frente a la invasión del rey de León; luego aviene a los dos reinos, casando al monarca castellano con la infanta leonesa hija del rey Don Bermudo; su fin fué triste: acabó asesinado a manos de los castellanos, de los hijos del conde Don Vela; García VI, el de Nájera, que en Tamara, y en unión del rey de Castilla, acabaron a lanzazos con la soberbia de Don Bermudo; Sancho V, el Noble, que, coligado con el rey de Aragón por el pacto de Leyre, venció a los castellanos en Mendavia, o Campo de la Verdad, así llamado por ser el sitio donde combatían los nobles; citemos, en fin, el último monarca enterrado en Leyre, Don Sancho Ramírez, a impulsos de cuya espada flamígera se impuso definitivamente la cruz en las mezquitas de Huesca.

Termino estas crónicas de la enérgica y fuerte Navarra, con sus llanuras hortenses, iluminadas por un cielo resplandeciente, y sus cumbres umbráticas y tenebrosos desfiladeros; con sus dos tipos humanos, el ribereño y el montañés, el que habla vascuence y el que sólo en recio castellano se expresa, tipos de psicología tan distinta y, sin embargo, tan mutuamente comprensivos y tan fuertemente unidos en la misma comunión de amor a las grandes tradiciones navarras. A los hijos de esta tierra de llanuras y montes, de huertas y serranías, que moran en las pampas, he querido evocarles, en ligeras líneas panorámicas, la visión del viejo solar, trasmitiéndoles las gratas emociones sentidas a través de las gloriosas centurias de su historia y en presencia de la sociedad actual, heredera de las virtudes varoniles de los abuelos.

Descubierto y reverente me despido de las cenizas venerables de estos monarcas patriarcales que duermen en Leyre su sueño per-

petuo. Y, al descender por estas sierras olorosas, pienso en que pronto veré, en un pueblo lejano y bien amado, presente a todas horas en mi espíritu, la elección de un rey por seis años. Y al anhelar el máximo acierto a la voluntad pública, deseo vivamente que el elegido posea, como Su Majestad Aritza, el remoto rey de los bascones, la sana y recia fortaleza del roble, que es el significado de “aritzá” en la milenaria lengua de la Euskaria . . .





EN GUIPUZCOA

LA VILLA DE LAS BOINAS

Influencia de los Carlistas en su uso universal



OLOSA, antigua capital de Guipúzcoa, dista 26 kilómetros de San Sebastián. Una carretera, limpia y brillante como un salón, tallada sobre el pizarral azul, une la vieja y la nueva capital de la bella provincia. En pocos minutos, el automóvil, deslizándose como sobre una plancha de acero — tal parece el camino — nos traslada a la villa de las boinas, donde múltiples te-

lares, en rumor incesante, lanzan a millones las airosas prendas con que en casi todos los países cubren los hijos del pueblo la parte prominente de su cuerpo, el recinto de los ensueños y las quimeras.

Recuéstase la vieja ciudad en las estribaciones del Hernio y del Izturi, enhiestos baluartes de las libertades de los antiguos bascones; la vega de Laskoain, como un tapiz de esmeralda, pone una nota tierna a la dureza abrupta del resto del paisaje; el río Oria, despeñado de los cerros y sujetado de trecho en trecho por diques,

presas y embalses, sirve de eterno impulsor a turbinas y dinamos. Toda la potencia de su corriente está sometida a producir energía industrial, hulla blanca inagotable. No bien surge en sus fuentes iniciales, ya se ve capturado en cauces y canales. Y hasta en su paso por los muros de la ciudad es bruscamente detenido, aprisionado entre las casas, para hacerle saltar dentro del casco mismo de la población, generando luz y fuerza para convertir en papel los árboles de lejanos bosques y transformar en boinas los vellones de los remotos rebaños de la Argentina y Australia. No hay mina comparable a la corriente fluvial aprovechada científicamente.

Tiene Tolosa singular importancia en la historia del país vasco. Data su fundación de los tiempos de Alfonso X. Su condición de ciudad fronteriza, la más importante del Pirineo occidental en aquella época, la convirtió en cabeza de una extensa comarca. Su desarrollo fué rápido. Alfonso IV le otorga el privilegio de que todas las mercancías de Navarra y Aragón, con destino a la exportación por los puertos de Guipúzcoa, pasaran por Tolosa. Convirtiéndose también la ciudad en almacén de pertrechos bélicos para las guerras exteriores. En Tolosa se organizó el ejército para la célebre batalla de Beotivar, ganada por los guipuzcoanos contra navarros y franceses (año 1321). Residencia foral hasta el año 1874, las libertades vascongadas tuvieron en los tolosanos sus más diligentes defensores. En 1391 se reúne la primera junta de Guipúzcoa para rechazar la exacción de cien mil maravedises que Enrique III quería imponerle contra las determinaciones del Fuero.

En 1430, los tolosanos y beaumonteses, aprovechando la guerra de Castilla con Aragón y Navarra, se apoderaron de las fortificaciones de Aleso, Leiza, Larraun, Gorriti y Lecumberri, extendiendo el dominio de Tolosa a varios puntos de Navarra.

Las luchas entre ñacinos y gambosinos, banderizos de la Edad Media, tuvieron en Tolosa su principal centro de agitación. Enrique IV intentó pacificarlos, mandando al efecto derribar la casa fuerte de Zaldívar. El mismo Ignacio de Loyola, que hoy se venera en los altares, tomó parte durante su juventud en aquellas ardientes luchas de bandería que asolaron el país vasco.

Al antiguo lustre y prosperidad de Tolosa contribuyeron sobremanera las constantes visitas de los monarcas, que hacían alto en la

ciudad fronteriza al cruzar para el extranjero, o llegaban a ella con el fin de organizar el ataque a otros pueblos o de aprestarse a la defensa contra las invasiones. En Tolosa preparó Enrique II el cerco de Bayona. Y por la vieja ciudad guipuzcoana cruzaron con distintos fines Enrique IV, Carlos V, que otorgó grandes mercedes a los tolosanos; Isabel de Valois, mujer de Felipe II, que iba a visitar a su madre, Catalina de Médicis, residente en Bayona; Felipe V, Carlos IV, Fernando VII y José I fueron igualmente augustos huéspedes de Tolosa. Por último, Carlos Alberto, rey de Cerdeña, realizó en Tolosa, el acto trascendental de la abdicación en favor de su hijo, levantando el acta el escribano tolosano Fermín de Furundarena.

Atacada la ciudad en 1512 por las tropas francesas que mandaba el duque de Borbón, los reyes católicos encargaron a Bernardino de Lazcano la defensa. Al frente de los tolosanos se puso Zaldivia, derrotando a la retaguardia francesa en su retirada.

Durante las dos guerras civiles, Tolosa estuvo en poder de los carlistas, y los dos pretendientes se albergaron con frecuencia y tuvieron su cuartel general en esta ciudad.



A las antiguas agitaciones ha sucedido una paz laboriosa. Perdura en el espíritu de la población la atmósfera moral del carlismo, el recuerdo de sus gallardías, de su ímpetu belicoso y de las hazañas de sus ágiles guerrilleros en los desfiladeros de las montañas. Tolosa y Azpeitia son las dos villas donde más firme arraigo tiene el tradicionalismo. Vienen a ser el polo opuesto de Eibar, la villa de los armeros, profundamente liberal y amante de la democracia. Pero, aunque la mayoría es ultramontana y carlista, el industrialismo ha planteado en Tolosa, como en todos los centros fabriles, el problema social. Y existe un grupo cuyo radicalismo, por natural reacción contra el medio local, excede en virulencia a los partidos más extremistas. La significación electoral de este grupo es nula; el distrito continúa la tradición, votando siempre en favor de un carlista para su representación en las cortes. El progreso fabril, la cultura general del pueblo, su misma relación constante, como villa fronteriza

con el extranjero, no logran despojar a Tolosa de su ultramontanismo tradicional, de su fe religiosa y de su adhesión a la causa carlista. Más que de una ideología política, se trata de un problema de sentimiento. La villa toda está llena de recuerdos de las guerras civiles y como saturada de carlismo. Para los tolosanos, la causa de las libertades vascongadas, los fueros, estuvo siempre unida al triunfo de don Carlos.

Una actividad de colmena reina en la villa. Las dos industrias principales son el papel y las boínas. El río Oria, aprovechados los desniveles en todo su curso, abarata el costo de producción, moviendo con su corriente, trasformada en electricidad, la múltiple maquinaria.

La industria de las boínas se halla definitivamente vinculada a Tolosa. Aquí nació su fabricación en gran escala y aquí se mantiene en todo su apogeo. Industria productiva, se ha intentado plantearla en otros puntos; pero, sea por la economía de la fuerza motriz, sea por la superior habilidad manual de los tolosanos, adquirida en un siglo de experiencia, ha sido siempre imposible competir con ellos.

Tolosa ha contribuído además a la difusión de la boína, introduciéndola en regiones que usaban otras prendas tradicionales. De manera que, a la destreza fabril, ha unido el espíritu mercantil para llevar la airosa "chapela" a todos los mercados del mundo.

He visitado la gran fábrica fundada hace más de medio siglo por don Antonio Elosegui y dirigida hoy por sus nietos. Los lavaderos de lana, cardas, telares y tintorerías ocupan dos manzanas en el centro mismo de la villa, dentro de su casco vetusto. El espectáculo es sumamente interesante. Un rumor sordo, difuso, apagado por la blandura de los vellones, que atenúa el roce estridente de la maquinaria, produce al órgano auditivo la sensación de una enorme orquesta tocada con sordina. Debajo del pavimento circula el Oria, órgano motriz de todo aquel rumor; su corriente soterrada, como la sangre en el cuerpo, fragua incesante energía. Los grandes volantes ruedan en el aire con un tenue zumbido de honda. Y de allí parten multitud de correas, palancas, ejes, émbolos, cigüeñas, cilindros que, a su vez, impulsan otros aparatos en sucesión infinita. Las máquinas de cardar, como dotadas del conocimiento de la limpieza, van desbrozando la lana, extrayendo las partículas de cardo de la Pampa

o de la Patagonia. Yo miro estas espinas, que me son tan conocidas, con cierta añoranza. Larguísimas filas de husos, movidas a la vez, van haciendo la hilatura; es como una rueca colosal, supliendo a la dulce Margarita. Los millares de ovillos van formándose ellos solos, de una manera mecánica. Siguen luego los primeros telares; la boina, en su primera forma, sale del tamaño de un paraguas; otras máquinas van después apretando los puntos hasta reducirla a su verdadero tamaño. Las últimas manipulaciones se hacen por medio de máquinas pequeñas que manejan las mujeres. Millones de agujas, movidas por el Oria, que distribuye hasta lo infinito su energía, desde la palanca monstruosa hasta el alfiler invisible, van redondeando y puliendo la clásica prenda de los vascos, adoptada ya también por otros muchos pueblos.



¿Cuál es el origen de la boina? Mucho se ha discutido sobre el punto. De los cuadros de Teniers, donde se ven figuras cubiertas con algo parecido a la boina, deducen algunos su origen flamenco. Otros creen que la usaron los primitivos caballeros escoceses. Lo indudable es que, en su forma actual, se considera como la prenda genuina del vasco. Los primeros que la adoptaron en el Pirineo fueron los roncaleses, que las hacían a mano; los hijos de la otra vertiente pirenaica, los bearneses, siguieron la moda de los pastores del Roncal, usando una boina de gran vuelo, semejante a un hongo enorme. Pero fueron los guipuzcoanos, los de Tolosa, especialmente, quienes dieron la norma justa, desechando la excesiva amplitud de la boina bearnesa y la reducción a una especie de solideo o casquete que suelen usar los vizcaínos.

Telesforo de Aranzadi, escritor muy espiritual, nos ha hablado con mucho ingenio de la prenda vasca. “La gracia de la boina—dice—está en su docilidad de acomodación, siempre que vaya sobre una cabeza de forma apropiada. Quiso un catalán la primera vez que estuvo en el país vasco, ponerse una boina; más no atinando a colocarla con gracia, y teniendo suficiente sentido estético y penetración para comprenderlo así, renunció a ello, diciendo con mucha oportunidad: “Es que son los vascos más braquicéfalos”. Efectivamente, su cabeza era larga y estrecha como un pepino”.

Pero, a juicio de Aranzadi, “la boina no cae bien ni sobre un pepino, ni sobre un queso de bola; requiere una forma intermedia, ovalada”.

Luego añade don Telesforo estas oportunas observaciones: “La gracia y el movimiento se ven expresados, como en la estatuaria griega, por la interrupción de la simetría: el rabillo reproduce en cierto modo sobre la boina el remolino de pelos sobre la coronilla, y dándole coronilla le da vida y la hace parecer parte integrante de la cabeza; la ausencia de barbuquejo le da independencia y responsabilidad propia para mantenerse en su puesto; la presencia de surcos en el lado contrario al que forma visera, expresa con claridad el movimiento, de la misma manera que los relieves musculares en los brazos o los tendones en las manos; le comunican nerviosidad e interrumpe la monotonía y lisura de plato con que equivocadamente la representan los dibujantes fotos; su variedad de conformación la hace asemejarse a las setas, con la que expresa en común lo fructífero de la descentralización (alude a la autonomía política vascongada); su resistencia a admitir los colores de naranja, amarillo y verde yerba, ni dibujos de ninguna clase, expresa la honestidad y la sencillez; y la buena inteligencia que con ella tienen los cabellos cortos del “mutill” denota la juventud y virilidad de quien bajo ella ha de cobijarse”.

La difusión de la boina entre las mujeres se ha hecho también general en el mundo. Pero, así como entre los hombres sólo la gastan las clases populares, entre las mujeres, por el contrario, es prenda de lujo y sólo la usan las señoritas, sobre todo en las playas. En la fábrica que he visitado las he visto de todos los colores, con destino a la exportación a todos los países de Europa y América. Según me dicen los señores Elósegui, el consumo es muy grande en Inglaterra y Estados Unidos.

Los escritores políticos suelen considerar la boina como prenda representativa del carlismo. Sólo a medias es verídico el aserto. Los carlistas la adoptaron en la primera guerra civil, la que terminó en 1839 con el abrazo de Vergara. Los carlistas guipuzcoanos la usaron blanca, imitándoles en esto los cívicos argentinos del 90. Enzarzada la guerra entre carlistas y liberales, surgieron varios colores y denominaciones: “Chapel-zuris”, “chapel-gorris” y “chapel-chiquis”.

Los principales generales carlistas, Zumalacárregui, Iturralde, Erasó y otros la usaron encarnada. En la segunda guerra civil, la de 1875, los batallones liberales de Guipúzcoa adoptaron también la roja. Y este mismo color tiene ahora la que lleva el cuerpo de migueletes de Guipúzcoa. De manera que la boina la han usado igualmente carlistas y liberales.

Pero es indudable que quienes más han contribuído a su difusión han sido los carlistas. La usaban todos, mientras que en los ejércitos liberales sólo la adoptaron los batallones vascos. Con la primera guerra civil coincide el desarrollo del grabado en madera. Todas las revistas y publicaciones de Europa aparecían llenas de retratos de generales carlistas, narrando sus proezas por los Pirineos. Y si la causa política era discutible, el traje de los caudillos rendía la admiración por su belleza estética. La boina comenzó a ser adoptada en Europa. En España, el ponérsela un poco ladeada, fué signo de bravo y calavera. La segunda guerra, en que las artes gráficas habían ya logrado grandes progresos, completó la difusión de la boina. En todas las regiones españolas es hoy general su uso, pues a la comodidad y la belleza une la baratura.

El vasco ha convertido la boina en prenda de la raza. Sea por las razones que da Aranzadi acerca de la contextura de la cabeza vasca, sea por otras causas, lo cierto es que un vasco con sombrero pierde carácter, le falta algo para acentuar su verdadero aire racial.

El poeta vizcaíno, Faustino D. Gaviño, ha cantado en esta bella forma la gracia de la boina:

Boina vasca, boina vasca,
 Cuán bien sientas, cuánto adornas,
 Ya blanca como el armiño,
 Ya azul, ya morada, o roja,
 Ya de lana, ya de seda,
 Ya con borla, ya sin borla,
 Llévente como te lleven,
 Póngante como te pongan!

Boina vasca, boina vasca,
 Tú ceñiste, siempre airosa,
 La frente de los honrados
 Nobles hijos de Vasconia,
 Y la del músico y bardo
 Que hizo el canto y las estrofas
 De aquel himno perdurable
 De aquel "Guernikaco Arbola"!

EN GUIPÚZCOA

Boina vasca, boina vasca,
Cuán bien las sienes coronas
Del bailaror del "aurrescu",
Danza alegre y decorosa;
Y cuán bien luces cayendo
Como lluvia de amapolas
Cuando eres roja, a las plantas
De la linda danzadora!

Boina vasca, boina vasca,
Por elegante y graciosa
En cabeza de las bellas
Te ha colocado la moda;
Contigo a tierras de Euskaria
Van las damas españolas,
Donde los guardias forales
Tienen de usarte la honra!

Te ostentan en los frontones
Los héroes de la pelota;
Pusiste miedo, en la guerra,
A las africanas hordas;
Cruzaste todos los mares,
Llegaste a todas las costas,
Y fuiste a pescar ballenas
Del mar del Norte en las ondas!

Boina vasca, boina vasca,
Si hay soñador que te toma
Por "gorro frigio", no lo eres,
Ni en el fondo ni en la forma.
El... la libertad impía
Que cien víctimas inmola,
Tú... la libertad cristiana
Que cree, que espera y que ora!

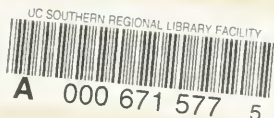
La última estrofa no es una metáfora, sino una verdad que he podido comprobar. Las boinas se fabrican en un ambiente religioso. En todas las máquinas y artefactos se ven pegadas estampas de santos y vírgenes, a las cuales las obreras y obreros tienen gran devoción.

El ahorro es general entre el laborioso personal de ambos sexos. La gran fábrica de los señores Elósegui, donde depositan sus economías, les abona por ellas un alto interés incitativo para acrecer las reservas. Y así se explica la ausencia de huelgas y el bienestar que disfruta la población obrera ocupada en la fabricación de las boinas.



INDICE

	<u>Página</u>
Advertencia	
Prólogo	
Homenaje a Grandmontagne en España	
En la fiesta de Grandmontagne	
Galicia, Paraiso de España. Vigo	17
El futuro puerto de Vigo	25
El origen de la Morriña	33
Caracter de la raza. El espíritu lírico	43
Compostela. La leyenda de Santiago	53
La Coruña, o el Madrid marítimo	63
Una excursión por Navarra. El Baztan	71
Pamplona. Los dos tipos navarros	81
Roncesvalles. La Colegiata	93
Los bosques pirenaicos. Don Domingo Elizondo	105
El valle Roncal. Los roncaleses y los baretoneses. La memoria del "Cantor"	115
Recuerdos íntimos del tenor. Carta de Valentín Gayarre ..	133
Recuerdos de Gayarre. Una carta de Benlliure	137
Leyre. La tumba de los antiguos reyes	141
En Guipúzcoa. La villa de las boinas	153



OBRAS DEL MISMO AUTOR

TEODORO FORONDA. Novela. (Dos tomos).

LA MALDONADA. Novela. (Un tomo).

VIVOS, TILINGCS Y LOCOS LINDOS. Ensayos. (Agotada).

EL ULTRAPROTECCIONISMO. (Un tomo).

CRONICAS DE MARIANELA. (Un tomo).

Está prohibida la reproducción. Hecho el depósito que prescribe la ley.

